

**EL HIJO**

DEL

**DIABLO,**

*Por M. J.*

---

**TOMO II.**

**SEVILLA.**

*Imprenta de Morales y Gomez, Venera n. 12.*

*Año de 1846.*

Los tomos encuadernados de esta interesante novela se venden en su imprenta á 4 rs



CONTINUACION DEL CAPÍTULO DÉCIMO.

## El alma de Bluthaupt.

**E**L conde se ha muerto de vejez, dijo Mira; la condesa de parto...hasta ahora no puede ir mejor....solo nos resta pensar lo que haremos del niño y de esa muchacha.

—En cuanto á la muchacha replicó Nesmer, ¿quién se va á ocupar de la desaparición de una criada?

Gertraud oía aquello medio muerta?

Ni aun hacia esfuerzos para desatar las ligaduras.

—¿Y el niño? repuso el doctor echando en las cenizas el resto del bravage de la vida, y lavando cuidadosamente el fondo del cubilete.

—El niño podia no haber nacido vivo.... indicó Fabricio Van-Praet.

Si le dejamos vivir, de qué nos servirá cuánto hemos hecho hasta ahora? repuso Nesmer.

El doctor meneó la cabeza, pero cuando iba á responder se oyó un pequeño ruido en el oratorio de la condesa.

Los tres se pusieron á temblar.

Gertraud abria los ojos cuanto podia, conteniendo su aliento porque pensaba en los tres hombres colorados que debian aparecer en el castillo de Bluthaupt, cuando ocurría alguna muerte ó algun nacimiento...

¡Había un nacimiento y dos muertes!

—Habeis oido, murmuró el administrador.

Van-Praet y Mira, hicieron en silencio un signo de afirmacion.

El crimen no les habia conmovido, pero entonces temblaban.

Zachæus que era aleman pensaba en co-

sas sobre naturales. El holandés y el doctor solo se cuidaban de las cosas de la tierra; mas no por esto era menor su terror.

El ruido habia cesado.

Si quereis hacerme caso, dijo Mira en baja voz....iremos á buscar á nuestros compañeros....Regnault es comunmente hombre de recursos de imaginacion, y en caso de peligro Yanos el madgyar es valiente.

Zachœus y Van-Praet acogieron aquel consejo con satisfaccion: inmediatamente se dirigieron los tres hácia la puerta principal.

Salieron en efecto, dejando á Gertraud, y al niño que se quejaba débilmente en su cuna.

El ruido misterioso que habian oido hácia el oratorio de la condesa fué el que suscitó sus temores: ninguno tenia corazon suficiente para permanecer solo en el lugar de tales crímenes.

A penas habian salido, cuando otra vez se sintió el mismo ruido en el oratorio.

La pobre Gertraud se estaba encomendando á Dios, creyéndose muerta en aquella noche terrible.

Al cabo de diez minutos, Zachœus, el doctor y Van-Praet, volvieron con sus tres compañeros: se oia en el corredor la voz del madgyar Yanos que hablaba de sables ensangrentados y de romper cabezas.

El primero que entró fué Zachœus, y ape-

nas lo hubo hecho cuando lanzó un grito de terror.

—Los tres hombres colorados!!! dijo guariéndose detras de sus compañeros.

Todos se retiraron asustados.

Delante de la cuna habia tres hombres con grandes mantos de color de esearlata; sus gorros de pieles encubrian enteramente sus facciones: tenian en la mano largos scœgers desenvainados, cuyas brillantes hojas reflejaban la opaca luz de las lámparas.

Era la vision de Gertraud.

Aunque el madgyar estaba el último, su alta estatura le permitia ver por encima de las cabezas de sus compañeros: aun permanecia medio embriagado.

Cuando vió los tres hombres armados, lanzó un rugido de alegría.

—Hacedme lugar, esclamó; para vosotros se queda el veneno.... para mí las espadas. Atras!

Hizose paso por entre sus silenciosos compañeros, y se lanzó en medio de la sala con el sable en la mano.

Uno de los hombres colorados abandonó la cuna y dió un paso hacia adelante: antes de empezar el combate arrojó detras de si su gorra de pieles y descubrió un rostro jóven empalidecido por la tristeza.

El madgyar, en vez de batirse se cubrió la cara con las manos á su inflamado rostro,

se quedó lívido y sus dedos encojidos nerviosamente, dejaron caer el sable sobre el entarimado: parecia que estaba bajo la influencia de una vision terrible: iba siempre retrocediendo vencido y tambaleándose.

—Ulrich! exclamó con voz apagada: es el conde de Ulrich que ha salido de su tumba!...

Al dia siguiente las gentes de Bluthaupt entraron en la alcoba de la condesa Margarita.

Algunos afirmaban que habian oido por la noche los gemidos de un niño recién nacido.

Hallaron el cuerpo del anciano conde en el entarimado: el de la condesa Margarita en la cama: su dulce rostro medio oculto, con sus hermosos y rubios cabellos, parecia sonreirse aun: su boca estaba entreabierta como si el último sueño la hubiera sorprendido murmurando una oracion.

La cuna adornada con gasas y flores, habia desaparecido asi como la jóven camarrera Gertraud.

Aquel mismo dia el page Hans se marchó de schloss para no volver jamás.

Se hizo constar legalmente que Gunther de Bluthaupt y la condesa Margarita su muger habian muerto naturalmente. El doctor José Mira prestó el auxilio de su ciencia para redactar como era necesario el proceso verbal. Zachæus Nesmer, Van-Praet, maese Blasius y los principales servidores de Bluthaupt, pusieron al pie

sus firmas.

Pero la mayor parte de los servidores de Bluthaupt estaban persuadidos de que la mano de Satanás había causado aquellas desgracias. La prueba era que no habían quedado huellas del niño. el diablo se había llevado su hijo...

Cuando vino la noche á cubrir de nuevo con su manto las góticas construcciones de laschloss, todos miraron la alta atalaya: ninguna luz brillaba ya á través de la estrella ojiva del laboratorio.

*El alma de Bluthaupt* se había extinguido el 1º. de noviembre de 1824, en la noche de Todos los Santos.

**FIN DEL PRÓLOGO.**

**INTRODUCCION.****I.****La prision de Francfort.**

**E**ra el mes de febrero de 1844. Diez años habian pasado despues de los sucesos referidos en el prólogo de esta historia.

Los barrios nuevos de Francfort y los jardines que le sirven de cerco se habian estendido y multiplicado. Sus banqueros manejaban á millones el oro y ponian la Alemania en lotería: cada vez ostentaba mas y mas su cualidad de ciudad libre, guardada por soldados de Austria y alojando sargentos prusianos en su antigua Saalhot', el palacio de las glorias Carlovingias.

De veinte años á esta parte, la antigua ciudad se habia rejuvenecido y odornado; embellecian nuevas tintas de azul y amarillo las fachadas de sus pintadas casas; los depar-

tamentos mas distantes del centro, tan opulento y *fashionable*, se habian mejorado tambien; la propiedad ganaba; las orillas flamencas del Rømer no avergonzaban las coquetas pretensiones de Wolgraben.

Solo la sombría Indengasse conservaba su pacífico aspecto. Sus casas naturalmente mas viejas, inclinaban mas todavia sus amenazadoras fachadas; nuevo fango se habia unido al antiguo arroyo, los techos, mas cercanos ahora, se abrazaban estrechamente al traves de la calle: el dia era mas oscuro y el aire mas pesado: el tiempo habia resuelto el problema de poder hacer mas fea la vejéz del barrio judío.

Se parecia á uno de aquellos mendigos llenos de achaques que resguardan sus harapos al abrigo de unas ruinas, y ponen en derrota á la misma caridad por el lujo espantoso de su miseria.

El cínico mendigo mostraba sus andrajos con una especie de orgullo: dejaba ver sin vergüenza los misterios de su desnudéz y que se tambaleaba como un viejo embriagado y que ha perdido hasta el pudor.....

En los oscuros pasadizos de la Indengasse habia siempre el mismo movimiento silencioso y activo: se hubieran podido hallar con algunos agujeros mas, las mismas capas que usaban veinte años antes: se hubieran reconocido en las cabezas de los primogénitos aque-

llos gorros de pieles que habian recibido sus padres de sus abuelos.

Solo estaban cambiados algunos nombres de las casas. Levi el prendero era principe: los hijos de Roboam, el comerciante de clavos viejos, estaban casados con duquesas; otros no se sabe donde paraban. Decíase solamente que el usurero Moses Geld tenia en Paris ó en Londres un establecimiento millonario.

En la puerta de la casita que habitaba en otro tiempo, habia siempre un par de bota viejo, un gran antejo de pergamino, y un solo morillo de chimenea: su sucesor seguia sus huellas y trepaba poco á poco por aquella misteriosa escalera de Jacob, cuyos primeros escalones eran de madera medio podrida, pero los últimos de oro mazizo..

Desde la honda Indengasse se oian las campanas á todo vuelo en la catedral de Saint-Leouhard y de nuestra Señora: el sonido de aquellas campanas despertaban algunos recuerdos en el barrio judio y hacia hablar entre si á varios ancianos mercaderes compañeros del usurero Geld: aquellas campanas sonaban en efecto en honor del patricio Zachœus Nesmer, unos de los mas ricos banqueros de la ciudad, que habia muerto hacia un año de una estocada de Schlœger en el pecho.

Se solemnizaba en las iglesias de Francfort el aniversario de aquella muerte.

La fortuna de Zachœus Nesmer habia sido

muy rápida, y más de un antiguo mercader recordaba haberle visto ir á casa del usure-ro Mosses Geld en un coche nada mas que mediano.

En aquel tiempo solian ir á la miserable casa de Moses Geld cuatro ó cinco personajes, que segun la voz pública, eran sujetos de importancia en otros países.

Recordaban á un jóven frances, llamado Regnault, á Van-Praet, el holandés y á José Mira, el antiguo médico en propiedad de la casa de Bluthaupt.

Lo único que sí se notaba era que todas aquellas personas se habian hecho ricas poco mas ó menos al mismo tiempo, y que Moses Geld solo, habia comprado los inmensos bienes del conde de Gunther en el Wurzburg.

Los murmuradores de la Indengasse se hacian con este motivo infinidad de preguntas. Lo que era cierto, es que de las seis personas que tan de repente se enriquecieron, cinco se habian marchado sucesivamente de Alemania: muchas cosas se decian sobre este particular: hablábase de que despues de la muerte del último conde de Bluthaupt, sostenia una guerra misteriosa y atroz. La mayor parte de ellos en diferentes acasiones, habian estado próximos á perder la vida, y su alejamiento era una verdadera fuga.

Conociáanse vagamente como sus adversarios los tres bastardos de Bluthaupt, quienes

no habian recibido ni un solo ducado de la inmensa herencia de la familia.

En la apariencia aquellos enemigos eran poco temibles: hacia ya muchos años que estaban proscritos por los gobiernos de la confederacion germánica y que no podian presentarse en público.

Aquella proscripcion se mantenía en toda su fuerza, gracias al crédito de Zachæus Nesmer y sus consocios.

Pero los tres bastardos habian sabido eludir muchas veces el ostracismo que pesaba sobre ellos: estaban con mas frecuencia en Alemania que en ninguna otra parte: en ningún punto de su tránsito faltaba una puerta hospitalaria que se abriese para darles asilo y ocultarlos á los ojos de la policia. Eran tres hombres resueltos y fuertes: sus enemigos, ricos y poderosos habian conocido la insuficiencia de las protecciones legales. Solo Zachæus Nesmer se habia obstinado en permanecer en Alemania, y una mañana se le encontró herido de una estocada en las orillas del Mein á cincuenta pasos del cuerpo de guardia austriaco.

Entre las raras circunstancias de aquella lucha, y que habia dado por resultado la muerte de un personage tan notable como el patricio Nesmer se advertia la siguiente; los tres bastardos habian sabido ponerse siempre fuera del alcance de sus adversarios: ningun-

no de estos los conocia personalmente: aun se llegó á asegurar que el patricio Zachæus habia dado su confianza al primogénito de los bastardos, quien bajo un nombre supuesto, estuvo encargado mucho tiempo del empleo principal de su casa de comercio, y se hallaba iniciado en sus mas intimos secretos.

Como quiera que sea, aquella muerte no quedó por mucho tiempo impune: á pesar de su consumada habilidad, los hijos del Ulrich cayeron en un lazo de la policia que ya los habia encerrado en la cárcel de Francfort. Como no habia pruebas positivas contra ellos los jueces retardaban mas y mas el juzgarlos y la opinion general era que su prision preventiva se prolongaria indefinivamente.

Todo el mundo sentia el triste fin del patricio Nesmer; pero tenian cierto misterioso interes por los tres desheredados que eran tan valientes, y de que no habia uno que no supiese una parte de su desgraciada historia.

Tal vez en todo Francfort no habria quien les hubiera visto cara á cara: pues desde sus primeros años se habian visto obligados á rodearse de infinitas precauciones y á huir de las miradas de todos: pero se les habia oido hablar: y sabian sobre su vida raros acontecimientos: se conocia la larga serie de desgracias que habia pesado sobre su infancia: el conde Ulrich, su padre, habia sido victima

de un asesinato impune; su hermana Margarita, muerta hacia veinte años, llena de porvenir y de hermosura: ellos mismos en fin pobres y sin nombre, despues de haber esperado la fortuna y los titulos paternos...

Los antiguos vasallos de Rothe hablaban de ellos con entusiasmo. Los de Bluthaupt mezclaban el conocimiento que tenian de ellos con las mil creencias supersticiosas que habia sobre la schloss.

La mayor parte de los servidores de Gunther se dispersaron cuando el castillo de Bluthaupt cambi6 de se~or: algunos se habian establecido en Francfort haciendo cundir los rumores de la montaa, y al rededor de las antiguas murallas de Bluthaupt.

Hablaron de aquella noche terrible en que el alma de Gunther se estinguio en la atalaya: hablaron del pacto hecho con Satanás y del prometido heredero: hasta hubo quien afirm6 que el infierno habia cumplido su palabra y que algun dia se veria en Alemania al nijo que el diablo comprara á precio de la eterna salvacion del viejo Gunther.

Aquellas cosas agradaban en extremo á las imaginaciones alemanas. Los tres bastardos que se parecian, segun decian, de rostro y de corazon, eran para ellos mismos heroes romanos: pero estaban intimamente unidos á las tenebrosas historias que cada uno contaba de la antigua schloos y sus últimos mo-

radores: esto les elevaba al grado de héroes de leyenda.

Los hermanos gustaban de esto hasta el extremo: la opinion general era que Nesmer habia sucumbido á sus golpes: sin que esto fuera razon para considerarlos positivamente como á sus asesinos.

Algunos aseguraban que habia alli un combate singular: otros pronunciaban las palabras de legitima venganza: las mugeres decian que buenos caballeros, como eran, podian recuperar sus bienes en donde estaban y no era dificil encontrar aldeanas, confesando buenamente que si aquello dependiera de su excelente corazon, no permanecerian mas tiempo bajo los cerrojos de la Dieta...

La noche envolvía á la ciudad, oscura y fria: muy pocos ciudadanos cubiertos con las capas hasta los ojos, pasaban apresuradamente al lado de las grises murallas de la prision de Francfort: centinelas prusianos velaban en las puertas del antiguo edificio.

Aun se oian en la ciudad los sonidos de las campanas de la catedral de Saint-Leonhard que celebraban el aniversario de la muerte del antiguo administrador de Bluthaupt.

Los prisioneros habian entrado hacia ya mucho tiempo en sus respectivos calabozos, y solo interrumpian el silencio interior los lentos pasos de los llaveros que guardaban los gran-

des corredores.

Los bastardos estaban en tres prisiones contiguas, cuyas ventanas, guardadas por fuertes barrotes de hierro, daban á un patio separado de la calle solo por la pared que le servia de cerco.

En el patio habia un centinela, y maese Blassius, alcaide en jefe de la cárcel de Francfort, creia que las barras de hierro y la grande altura de la pared del recinto hacian completamente inútiles los paseos del centinela austriaco: solo le tenian alli en atencion al proverbio: mas vale un por si acaso, que cien quien pensára!

Los bastardos tenian una reputacion tal de habilidad y de astucia, que hubiera sido bastante para atemorizar á un alcaide comun. En veinte años que hacia que estaban proscritos por causas politicas, habian sido cogidos multitud de veces, y otras tantas habian conseguido escaparse, por cuanto su reputacion escedia á la del baron de Trench, tan famoso en los romances: no obstante esto, maese Blaussius dormia siempre prevenido, era exacto, cuidadoso, formal, y tenia la mas alta idea de su propia capacidad: el servicio que él habia establecido en la cárcel se hacia puntualmente: las rondas á la hora marcada: el personal de la prision funcionaba á sus órdenes como una máquina de la fuerza de veinte ó treinta carceleros.

Pero además de la seguridad que le daban las precauciones que tomaba y del juicio que había hecho de su superior inteligencia, tenía casi la certeza de que los hijos del conde de Ulrich no querían perjudicar evadiéndose á un antiguo servidor de su familia.

Los trataba muy bien, y hacia cuanto estaba á su alcance para mitigar las penalidades de su aprisionamiento: tenían permiso de reunirse durante el día: cuando llegaba la hora en que el reglamento de la cárcel exigía se retirase cada uno á su prision particular; maese Blassius en fuerza de su buen alma, bebía algunos vasos de vino del Rhin, y estaba en conversacion fumando con cada uno de sus tres cautivos, según su turno: y á pesar de que su antiguo señor, el conde de Gunther no había consentido nunca en reconocer á los hijos de Ulrich como sobrinos suyos, Blassius los consideraba como de la familia, y los trataba muy cordialmente.

Tan seco y grave como era con los demás prisioneros, se manifestaba amable y cariñoso con Otto, Alberto y Goetz: había comido tanto tiempo el pan de Bluthaupt!

Otto era esta noche el afortunado: maese Blassius le favorecía con su compañía.

Alberto y Goetz habían apagado sus lámparas y dormían sin duda: por el contrario Otto cuya prision seguía iluminada: maese Blassius y él estaban sentados al lado de una

mesa en donde habia un cantarito de barro, dos vasos y una baraja.

Maese Blassius fumaba como un aleman, es decir, mejor que un turco: echaba el humo en cuatro veces y revolvia las cenizas en el ancho hornillo de su pipa con una dignidad de emperador.

Ya era anciano: conservaba aun su robusto aspecto, pero sus cabellos estaban canos, y su magnifica gravedad de otro tiempo tenia ahora algo de apatia: con todo bebia como siempre: estaba envuelto en una bata de lana, y parecia saborear aquella noche mas que de costumbre su halagueña posicion.

La prision tenia el aspecto de una gran comodidad: en cuanto á esto son admirables las cárceles de Alemania; alli se contentan con encerrar á los prisioneros bajo llave, pero no se les ahoga como aqui en calabozos mal sanos.

El bastardo tenia una buena cama con cortinas, una mesa para escribir y cómodas butacas.

Estaba vestido con elegancia caprichosa; pero dominaba como siempre en sus vestidos, el color de escarlata: se hubiera podido creer que despues de haber sacrificado sus derechos á llevar el nombre de su padre, experimentaba un placer secreto en adornarle con los queridos colores de Bluthaupt....

Tenia un vestido de lana escarlata ceñido

al rededor de la cintura por un cordon negro: no llevaba nada en la cabeza y sus cabellos caian por sus mejillas en largos bucles como en otro tiempo.

Parecia que los años se habian deslizado por su frente pura y tersa como el mármol sin dejar la menor huella: sus negros ojos llenos de fuego espresaban una profunda y varonil inteligencia: estaba mejor aun que en aquel tiempo en que le hemos visto con la espada en la mano dirigirse con intrapidez contra la turba de asesinos de su padre.

En este momento, su fisonomia denotaba el reposo, y sus facciones un reflejo de fiera indolencia: pero bajo su pasagera pereza se descubria un vigor indomable é irresistible.

Era el desidioso leon acostado en la blanda yerba abandonado lejos de todo enemigo el poderoso resorte de sus músculos, el leon que al menor ruido hostil va á levantarse rugiendo, á sacudir sus robustos flancos y á lanzarse....

Maese Blassius barajaba con cuidado y lentitud despues de haber disputado hábilmente una partida de *imperial*.

—Cortad Otto, dijo: me toca la vez...no me gustan mucho las cosas de Francia pero este diablo de juego es una escepcion...estoy tonto!... paso y marco un punto.

Otto cogió las doce cartas y las colocó

entre sus dedos: estaba inmóvil su rostro: y otros mas perspicaces que maese Blassius, le hubieran creído enteramente dedicado al juego, sin embargo se le notaba alguna señal de vaga preocupación, tenia momentos de olvido durante los cuales se fijaban sus ojos en el vacío: inclinaba su cuello por momentos y su cabeza parecia como que hacia traicion á su atento oído.

Cuando maese Blassius no decia nada, que era bastante raro, y cuando se dejaba de oír el paso del llavero que se alejaba por el lejano corredor se oía un ruido casi imperceptible en la prision inmediata: hubiera sido difícil conocer la naturaleza de aquel ruido que cesaba por intervalos para empezar de nuevo, pero tan ligero.

Ese ruido era la causa de la preocupacion del bastardo.

## II.

En cuanto á maese Blassius no percibia aquel sonido que tan fuertemente preocupa-

ba á Otto: no pensaba mas que en su partida de *imperial*.

=Cinco cartas, dijo despues de haber consultado todos los recursos de su juego: cuarenta y siete al punto: vale?

=Sí, replicó Otto.

El alcaide pasó de derecha á izquierda un tanto de marfil y bebió un gran vaso de vino del Rhin.

Con un as mas tenia dos *imperiales*, murmuró combinando su ataque: no es por alabaros, señor Otto, pero prefiero hacer la partida con voz á hacerla con Goetz ó Alberto: Goetz no sabe jugar sin beber uno ó dos vasos de mas, comprendéis!... Alberto no bebe pero en cambio adolece de otro defecto: nunca le faltan cinco ó seis docenas de historias que giran sobre aventuras de mugeres ú otras cosas fútiles....mientras que vos!.... á fe mia, si algun defecto teneis es el de ser demasiado discreto...cuando pienso en que ni una sola palabra me habeis dicho sobre esas preciosas cartitas que recibis de Francia.

Otto se sonrió con melancolía.

—Que delicado escrito! prosiguió marce Blasius, y que delicadeza se trasluce en la mano que la ha trazado.... Sabeis que ya hace un mes largo que no la habeis respondido?

Otto bajó los ojos medio sonriéndose.

=Por ejemplo, prosiguió el alcaide, anunciando una carta de su juego, su nombre no

es tan encantador como lo demas: hé aqui como yo conozco el nombre, veo vuestras cartas ó al menos el sobre.... asi como las tuyas ¡á la verdad me admira que una jóven bonita se llame Mlle. Batailleur.

Otto callaba siempre.

—Vamos! repuso aun maese Blassius; es evidente que esta conversacion os incomoda: meinher Otto, tengo bastos y juego.

El bastardo trató de buscar la carta que le convenia jugar: el ruido misterioso habrá cesado?...Otto estaba muy ageno á la partida.

=Lo que me gusta en vuestro juego, continuó el alcaide, es que pensais los golpes... otro que vos, hubiera jugado acto continuo aquel diez de bastos...pero vos al contrario, vos lo habeis pensado....bastos. aun.

Aquella vez tardó tanto Otto en buscar su carta, que maese Blassius no pudo menos de volver á llenar su vacio vaso.

El paso del llavero se iba confundiendo á causa de la distancia, y dejando percibir al mismo tiempo un leve ruido parecido al que producirian dos hierros que se rozáran entre sí.

Otto movió su silla y tosió estrepitosamente.

—Estais constipado, dijo Blassius; cuando no se bebe estas noches de invierno: son tan nocivas para el pechol...Si quereis, barajad ó

cortad...yo he jugado bastos.

Otto dirigió una mirada como sospechando que sus palabras hubieran podido tener dos sentidos....

Pero el alcaide en jefe de Francfort hablaba siempre con naturalidad.

Otto se repuso, y volvió al juego: despues de cortar, la solemne fisonomia de maese Blassius espresaba una satisfaccion inequivoca; marcó una imperial y dos tantos.

Entonces se frotó las manos, mientras que Otto barajaba: este último se olvidó de cortar

—Permitid, exclamó Blassius escandalizado ¿en qué diablos pensais, meinher Otto? esto solo bastaria para cambiar la suerte.

Otto, renegando de su distraccion, se escusó procurando sonreirse: maese Blassius le disimuló, y volvió á empezar.

—Soy bastante observador, repuso bajando la vista, y creo que conozco á mi gente bastante bien; y á no ser por esas cartitas tan monas que recibís de París, no os creeria enamorado, y me faltaria poco para pensar, Dios me perdone, que proyectais alguna escapada.

—Paso y marco, interrumpió Otto.

—;En buena hora!...pero como hay aquellas cartitas...y ademas creo haberos juzgado bastante bien y á vuestros dos hermanos para abrigar la menor inquietud.... Goetz, buen

vividor, ama demasiado sus comodidades para abandonar su prision, y entrar despues en un calabozo... Alberto es demasiado aturdido para guardar un secreto... y vos mismo, meinher Otto, teneis bastante conocimiento para no esponer vuestra cabeza escalando murallas... ¿no es cierto?

—Seguramente, maese Blassius.

—Tengo imperial en oros... hoy está por mí la suerte... así es que no ganareis ni una partida: brindemos si quereis, meinher Otto.

El bastardo le presentó el vaso, maese Blassius le tocó con el suyo alegremente.

—A nuestro juego, dijo este último despues de haber bebido.

Despues añadió, golpeando sus cartas:

—Aqui tengo yo con qué haceros entrar en verada.

Otto prorumpió en carcajadas de repente como si su compañero hubiese dicho un gran chiste; este acceso de alegría se prolongó hasta cerca de un minuto, á pesar de que maese Blassius estuvo indeciso antes de tomar parte en aquella repentina alegría.

Mientras que así reian los dos, el ruido del departamento próximo, cambió de naturaleza: ahora eran sordos y repetidos sacudimientos; se hubiera podido decir que una mano fuerte é impaciente atacaba á los hierros medio cortados ya.

En realidad, la bilaridad de Otto, habia sido

muy oportuna; sin ella, maese Blassius no hubiera podido menos de prestar atención.

Cuando ambos se calmaron, el silencio volvió á reinar en el cuarto vecino.

—En conciencia, dijo Blassius, sois un compañero muy alegre *meinher Otto!*... no se por qué me he reído, pero ha sido de todo corazón: os ruego que marqueis vuestro punto... *juégo oros.*

El bastardo hizo aquella jugada con precisión y sangre fría: contraresto las sábias maniobras de maese Blassius, é hizo la partida igual á pesar de la inferioridad de su juego.

No necesitaba el alcaide mas que dos tantos; pero el golpe siguiente no le fué favorable y Otto marcó á su vez dos imperiales.

Maese Blassius estaba estupefacto con aquel golpe de fatalidad: y á través de sus blancos mechones de pelo que le cubrian su frente se le vió sonrojarse: cada vez se animaba mas y mas y para distraerle en aquel momento de su gran atención hubiera sido necesario una cosa muy grave.

No oyó la caída de dos cuerpos uno detras de otro en el patio: ni la voz del centinela que se cortó en medio de un *¿quién vive!* Otto oyó todo aquello: sus ojos estaban bajos, su frente pálida y las cartas se meneaban por el temblor de sus manos.

Jamas habia temblado Otto á vista de un peligro que amenazára su propia cabeza...

Maese Blassius tenia un juego muy pequeño: su partida tan gloriosamente empezada iba ya decayendo: su adversario tenia en la mano cuanto necesitaba para combatirle de todos modos.

Pero el destino de una batalla, depende siempre de la cabeza del general: casi siempre ha sido vencida la fuerza brutal por la inteligencia: Otto echaba sus cartas como al azar; gruesas gotas de sudor caian por los bucles de su bella cabellera; á cada instante cambiaban de color sus mejillas y parecia estar dominado por la influencia de una turbacion extraordinaria.

Maese Blassius absorto en sus trabajosas combinaciones no se apercibia de nada: se aprovechaba hábilmente de todos los descuidos de su contrario y peleaba como si su porvenir dependiese de aquella partida.

Cuando hizo su última jugada maese Blassius, cruzó sus brazos sobre el pecho y miró á Otto.

—Solo por vuestra culpa habeis perdido, exclamó. ¡Ah! ¡meinher Otto! ¡meinher Otto! es necesario que esteis muy enamorado!

Nada respondió el bastardo: sus ojos estaban fijos, estendido su cuello, sus cejas fruncidas violentamente.

Ya finalmente el carcelero Blassius no pudo menos de parar la atencion en aquellos extraños sintomas.

—¿Qué teneis? le dijo.

Otto no respondió aun: escuchaba; no parecía sino que su alma toda dependia de la facultad del oido.

En el momento en que maese Blassius abrió la boca para repetir su pregunta, se oyeron dos gritos lejanos y modulados de una manera particular, mediando entre uno y otro el intervalo de un segundo; la fisonomía de Otto se serenó en el acto.

—¿Qué es eso? exclamó Blassius levantándose.

—Nada, murmuró el bastardo: sino que habeis ganado mas soberanos de oro que tantos tenia vuestro juego... queréis asegurarnos mi buen amigo! nuestra partida se ha acabado, pero tenemos que hablar aun. Otto puso familiarmente sus manos sobre los hombros del antiguo mayordomo, y le obligó á volverse á sentar: despues llenó los vasos hasta el borde, y llevó el suyo á los labios.

—A vuestra salud, dijo, sin saberlo acabais de ganar cinco mil florines en un juego de cartas!

El alcaide abrió los ojos cuanto pudo, y le miró como aturdido.

—Estará loco? se dijo á si mismo.

Otto en vez de volverse á sentar se dirigió hácia un rincon que habia detrás de su cama y que le servia de cuarto de tocador: sacó un vestido completo que no habia llevado des-

de su arresto, una levita de viage, un manto que ya habia prestado muchos servicios, pero que aun servia para la lluvia, y botas de montar con espuelas.

Blassius miraba lo que hacia como estupefacto; movia su pipa, y esclatava no sin un gran dolor.

—El pobre muchacho no solamente está enamorado... sino que está loco! y loco desatado!... qué desgracia!

Otto sin embargo, cambiaba sus chancas por las botas de montar: metió el oro en los bolsillos de su chaleco, se puso la levita, y colocó su manto doblado en el brazo.

—Vamos, dijo: ahora solo me falta vuestra bata y os la pago en 5,000 florines.

Maese Blassius pensaba que soñaba.

—Creedme, meinher Otto, acostaos; y puede ser que una noche de tranquilo sueño pueda calmar este trasporte.

Otto hizo rodar una butaca hasta que estuvo cerca de la del carcelero, y se sentó.

—Hablemos en razon, dijo con voz firme; pero hablemos pronto, porque no tengo tiempo que perder.

Blassius no pudo menos de reir.

—Sois un hombre honrado, repuso Otto, y la gúeta os ha encargado que guardéis á tres prisioneros acusados de asesinato... dos de estos prisioneros se han evadido.

Blassius dió un salto en su butaca, y qui-

so lanzarse fuera, pero la mano de hierro del bastardo le retuvo clavado en su asiento.

—No griteis! prosiguió Otto, os arrepentiriais, el mal seria irreparable.

—Pero me estais enganando! esciámó el desgraciado carcelero: nadie se ha fugado...las murallas son altas...he hecho poner barrotes nuevos en las ventanas de las prisiones de de vuestros hermanos:...mis rondas se hacen bien...mis centinelas velan en sus puestos.. dejadme que me asegure por mí mismo!...

—En seguida, continuó Otto, pero antes es necesario que nos entendamos....os digo que Alberto y Goetz galopan en este momento con direccion á Francia...,vos podreis averignar el hecho en un instante....démosle por probado de antemano....La huida de estos dos prisioneros basta á haceros perder vuestro puesto....y ya vais siendo viejo, maese Blassius!

El ex-mayordomo lanzó un gran suspiro.

Caras pagaba las delicias de su última partida de imperial tan victoriosamente ganada!

—Os propongo, repuso Otto, una suma, que os ponga al abrigo de la necesidad, en caso que os destituyeran.

El anciano prestó toda su atencion.

—Sois prudente, dijo Otto. Sabeis bastante para cometer la tonteria de poner en inteligencia á la gente de la prision....id á ver las prisiones de mis hermanos á fin de que podamos convenir en algo con entero conoci-

miento de causa.

Otto soltó el brazo del alcaide y se lanzó al corredor con la agilidad de un joven: se oyeron abrir las cerraduras de los calabozos vecinos y grandes suspiros.

Poco despues el desolado Blassius volvió al cuarto de Otto: este señaló con un gesto la poltrona vacia, y el alcaide se sentó sollozando.

—Se han fugado los ingratos... Se han fugado los dos!

—Y á mi vez es menester que yo tambien me marche, dijo Otto.

—Blassius se encogió de hombros y no quiso contestar.

—Es necesario que yo parta, repuso el bastardo con tono grave, y en este momento.... y vos sois el que me va á facilitar los medios,

Blassius le miraba indignado.

—Os voy á encerrar en un calabozo; replicó, hélo aqui todo.

Otto se puso á reir.

—Esto no os restituirá vuestros dos cautivos, dijo.. al paso que si quereis oir la razon, vuestros dos cautivos os serán restituidos...os hablo formalmente Blassius: y bien sabeis que nunca mintió un hijo de Bluthaupt.

—Lo sé, murmuró el antiguo administrador, pero qué golpe, Dios mio! como podia esperarme yo esto!

—Mis hermanos y yo, repuso Otto, cuya voz tomaba á cada palabra un tono mas triste... tenemos que desempeñar en este mundo una mision muy importante... en mucho tiempo hemos sido pobres y siempre es débil la guerra que se hace sin oro... ahora que somos ricos... algunos dias bastarán á cumplir la obra que en tanto tiempo no hemos podido conseguir... Blassius, si os hago un juramento... me creereis?

El alcaide levantó la vista hácia Otto, y permaneció un instante indeciso.

—Si, respondió por fin, pues la sangre que corre en vuestras venas es la sangre de Bluthaupt.

—Pues bien, prosiguió el bastardo, os juro por el nombre de mi padre, que Alberto, Goetz y yo estaremos aquí dentro de un mes, á contar desde hoy.

Nada respondió el anciano:

—Si me rehusais vuestra ayuda, siguió aun Otto, quedaré aprisionado, pues ya estais prevenido y he dejado todos los medios de evasion á mis dos hermanos, pero ni Alberto ni Goetz volverán y sereis castigado...

Blassius permaneció con su frente entre las manos, y consultó con un cantarito de vino del Rhin.

—Bien sé que no podeis ser perjuro, meinher Otto, dijo al fin... bien sé que en un caso desesperado se puede jugar el todo por el todo

pero ¿y si viniesen á preguntar por vos los magistrados?....

=Un año hace que estamos presos, respondió Otto y los jueces no han hallado motivo para condenarnos; así es que nuestra vez no llegará jamás.

Blassius creia en su interior lo mismo. La evasión del tercer prisionero no cambiaba en nada su posición y le dejaba al menos la esperanza... además había bebido algunos vasos de vino del Rhin para que no acogiera un medio romancesco.

Aun dudaba sin embargo.

Otto le dijo al oído.

—Vos erais un fiel servidor de Bluthaupt en otro tiempo, maese Blassius, y hubiérais dado toda vuestra sangre por restablecer la raza de vuestros señores!

—Y aun lo harian, replicó el alcaide.

=Hacedlo pues! dijo Otto en voz baja pero vibrante; existe un hijo de vuestro antiguo señor... que sufre y que no conoce el nombre de sus abuelos...

—Bien lo creia yo! bien lo creia yo! exclamó el antiguo mayordomo, llenos de animación los ojos y juntando las manos, pero ¿estais seguro de que lo encontrareis, meinher Otto?

=Os he dicho que teniamos que llenar una misión, repuso el bastardo... este niño es el hijo de nuestra hermana Margarita á quien

amamos mas que á nosotros mismos...y es nuestro hijo tambien, pues que nos interpusimos entre él y la muerte que le amenazaba en la cuna!

El anciano espresó la mas viva curiosidad.

—¿Estabais en la schloss la noche de todos los Santos? murmuró.

—Nosotros fuimos allí, repuso Otto y...pero esta historia seria muy larga y mis hermanos me esperan.

—Una sola palabra, exclamó Blassius; fuisteis vosotros los que llevasteis el niño con la criada Gertraud?

—Gertraud, nos siguió: el page Hans fué á unirse con nosotros; y ellos fueron los que criaron al niño.... los dos vivieron mucho tiempo á orillas del Rhin al otro lado del castillo de Rothe... dos buenos corazanes eran, maese Blassius... cariñosos... adictos y fieles!.. yo sé donde encontraré al page, y antes de un mes si Dios quiere el hijo de mi hermana Margarita, el conde de Bluthaupt y de Rothe, volverá á tomar posesion de los dominios de sus antepasados.

El alcaide se levantó y queria coger el gran cántaro para llenar los dos vasos... pero le temblaban las manos...

—Luego aun no se ha vendido las schloss! dijo: vivré lo suficiente aun para volver á ver á Bluthaupt en sus dominios... en nombre de Dios... por ver semejante fiesta arriesgo gus-

tos o el pan de mis últimos días!...

Diciendo esto se quitó precipitadamente la bata de lana.

—No estoy beodo meinher Otto repuso alzando la cana cabeza... bien sé que podeis engañarme, pero he comido durante cuarenta años el pan de Bluthaupt... tomad mis vestidos y que Dios os proteja!

El mismo ayudó al bastardo á ponerse la bata por encima de sus vestidos de viage, y ocultar sus facciones con su hancho capuchon.

Otto le apretó la mano.

—Esperadnos, dijo; mañana recibireis cinco mil florines... si no hemos vuelto dentro de un mes, es que habremos muerto.

Salió de su prision y pasó por el corredor imitando el paso lento y grave del alcaide en jefe de la prision de Francfort.

Los llaveros se pusieron en hilera para dejarle paso y le saludaron respetuosamente.

Maese Blassius habia vuelto á caer en la poltrona con la cabeza entre las manos.

—El hijo del Diablo! murmuró; los malos servidores de Bluthaupt le llamaban asi... el hijo de un ángel puro, pues que la condesa Margarita era su madre!...

Se detuvo y volvió á sumergirse en un silencio que interrumpió al cabo de unos momentos.

—Diez y nueve años han pasado desde es-

to! ahora ya debe ser un hombre... los bastardos son valientes y hacen cuanto quieren..... que Dios los asista y que yo viva bastante para ver al jóven conde en su noble castillo!





Parte primera.

## EL DOMINGO DE CARNAVAL.

### CAPITULO I.

#### La esquina de una calle.

Paris rebosaba de alegría. El tropel heteróclito que sale á la luz cinco ó seis veces al año, sin saber de donde, huyendo del silen-

cio y del encierro, ávido de máscaras, apasionada de las cucañas, entusiasta de los fuegos artificiales, llevando por los barrios turbas de muchachos feos, y de perros medio esquilados, se estendia en bulliciosas oleadas desde el arco del Triunfo de la Estrella, hasta la barrera del Trono.

Era uno de esos dias en que los seis pisos de las casas del Marais se desocupan á la vez desenvocando en las calles públicas; en que el barrio de Saint-Marcel arroja á la admirada ciudad las tribus salvages que pulula entre la Salpetrière y el Pantheon; en que los estudiantes abandonan las pocas frecuentadas cercanías de la Chauniere; en que el Gros-Caillou atraviesa el puente de Luis XV y desaloja á las vacantes fruterías para que fraternicen con los conserjes vestidos de domingo del arrabal de Saint-Martin.

Podria decirse que la *faschonable* ciudad era conquistada en aquellos dias de expansion popular: los jóvenes hermosos y elegantes que adornan el barrio del Teatro italiano, desaparecen en tales ocasiones, entregándose privadamente á sus costumbres frugales, y no se ve una sola bota charolada en el café de París: en vano busca Tortoris estupefacto entre aquellas turbas continuamente renovadas uno solo de aquellos señores de los puntos del norte de Saint-Quintin, cuyo aspecto aturde y fascina como una promesa de accion

con cincuenta escudos de prima.

Era el domingo de carnaval y hacia muy buen tiempo. Desde medio dia el flujo iba y venia por toda la estension del arrabal de Saint-Antoine, por los dos lados del Baluarte y de la grande avenida de los campos Eliseos. Nadie hubiera podido decir dónde iba á parar aquella inmensa multitud, con su movimiento lento y continuo, gozosa con un placer que ella sola comprende y busca.

Feliz con empujarse, con oprimirse, con hundir los pies en el cieno: feliz al ver ondular las cabezas hasta perderse de vista; feliz aun con oír el murmullo confuso que queda en sus recuerdos como un dia de fiesta.

Algunos enmascarados repugnantes, locos con una costumbre que decae por momentos, pasaban como podian por entre *los fiacres* y los carruages elegantes. Lanzaban á los transeuntes una provocacion fastidiosa, ó un chiste de que nadie reia. Los chicos le miraban chillando, y l'oraban tambien por tener pingajos encarnados y pelucas podridas. Las madres gruñian y alzaban sus vestidos con todo el cinismo de la economía. Los perros ahullaban, medio revolcándose en el fango, Los papás comparaban gravemente el azulado vino de Ramponneau, y el vino morado de la Courtilla. Algunas grisetas hablaban de las seducciones orientales del salon de Mars, con uno que otro hortera, velando con apa-

riencias de ingenuo candor, las pretensiones mas desenvueltas.

El aire se condensaba con el espeso humo de los buñuelos: el eco repetia el sonido nasal de las trompetas, la promulgacion del almanaque picaresco y el orden y la marcha de los muchachos de los carniceros.

Otros hablaban del buey gordo del año anterior, á quien alababan en perjuicio del Apis de 1844.

Aqui y allá, un caballero con anteojos, cuyo frac de poco gusto encubria mal al oficial de la guardia civil, llevando por la mano un muchacho de muy mal aspecto, vestido de artillero, quien molestaba desapiadadamente á muchos de los concurrentes.

Mas allá, un grupo aristócrata, despreciando las fiestas populares, y mezclándose entre las turbas con la espresa intencion de insultar su alegría. Esa mezcla tambien del hidalgo y del artista, el uno con melenas, el otro con el pelo cortado como un raton, ambos insulsos insignificantes, ociosos, formaba particular contraste entre la bulla. Estaban allí, como en todas partes, bostezando, embaraçando el paso y admirándose de verse envueltos entre aquellas pobres gentes.

Iban del brazo: el hidalgo con el tiempo seria marques; en el dia era el conde de Mirelune hombre alegre, lleno de verbosidad, dueño de un caballo, amante de la actriz que es-

taba en voga el año anterior se hacia vestir en Londres, y ahora se daba cierto aire de figura francesa.

Por otra parte era encantador y muy notable entre nuestra brillante juventud; cincuenta años y medio, cabellos rubios y vistosos, vientre disforme, los brazos cortos, pies rechonchos, hablando con las camareras y diciendo 17 palabras del inglés mas puro.

Todos conocen á este noble.

En cuanto al artista es mas célebre aun: ni mas ni menos que el amable Ficelle, autor de la Botella de Champagne y otras cien composiciones muy divertidas. Antes como ahora, Ficelle tenia la cara amarillenta y chata, coronada por dos docenas de cabellos, ojos adormecidos, nariz grave y un aire melancólico. Atravesaba la calle buscando tristemente calembourgs, y desdeñando á los propietarios.

Ambos iban contentos con su superioridad. No dejaba de mirarles la turba. Las muchachas de las tiendas decian: qué bien vestidos! Sus pañuelos infestados de agua de colonia, despedian un olor muy grato para ellas.

Quando pasaban cerca de algun republicano, fruncia este las cejas y les señalaba á su muger, con el dedo, pronunciando palabras feroces....

Por otra parte se disputaba bastante bien el paso por los arrabales y las gentes vivas

le daban recíprocamente algunas puñadas, y los municipales con su grave autoridad, se llevaban de vez en cuando á algun mal sujeto, borracho como un padre de familia.

Finalmente, todas aquellas buenas gentes deberian sufrir desmesuradamente; pero esta es su manera de divertirse.

El tropel solo se dividió en las embocaduras de las calles: unos bajaban á la ciudad, mientras otros continuaban su paseo.

Hay en París ciertos sitios privilegiados que se llaman jabardos: cuando en alguno de ellos se aprietan un poco las gentes, en breve quedan estrujadas. De todos el mas á propósito es la encrucijada que forma el arrabal del temple la calle del mismo nombre y los arrabales. Allí hay diez teatros, veinte restaurans, y un cuerpo de guardia: cuanto se necesita para formar una confusion inmensa.

Poco faltaba para las cuatro de la tarde, todos los estómagos aligerados desde por la mañana con el proyecto de una comida, de extraordinario, se aproximaban al agradable olor de las cocinas inmediatas: el paso estaba verdaderamente obstruido: los que venian de la Madelaine tropezaban con los que llegaban de la Bastille; los abreros que bajaban del arrabal se encontraban cara á cara con los tenderos que subiendo desde el centro de la ciudad vieja se presentaban á tomar parte en la fiesta.

El corto número de máscaras que no ha mucho esparcida en toda la estension de los baluartes, parecia que se habian citado allí, impedia la circulacion de los coches; y los municipales á caballo aumentaban el desorden, golpeando á uno y otro para no permanecer ociosos.

Entre la infinita hilera de coches que el embarazo de las travesias detenia desde el Chateau d'Eau hasta la puerta de Saint-Martin, estaba un fiacre, cuya portezuela abierta dejaba ver la cabeza de un hombre que miraba á cada instante hacia la encrucijada y parecia mitigar la impaciencia de su cochero.

Al cabo de algunos minutos de espera, el hombre bajó; pagó el coche, y se confundió entre la muchedumbre. Estaba envuelto en una capa de viage que solo dejaba ver un poco de sus botas con espuelas: el cuello de la capa ocultaba una parte de su rostro: lo que se veia de él era noble y hermoso: tenia la frente grande, pura y altiva, rodeada de cabellos negros que caian en ligeros bucles, la mirada escudriñadora al mismo tiempo que inteligente, con todo el vigor de una voluntad varonil.

Parecia no obstante, cansado y los empolvados pliegues de su capa indicaban una llegada reciente y muchas horas de viage.

Era jóven todavía: á través de su capa revelaba un talle suelto y lleno de gracia.

A medida que se aproximaba hácia la en-

crucijada del Chateau d' Eau, la multitud era mas compacta é impenetrable; pero nuestro viagero tenia muy buenos codos y una firme voluntad de llegar á su destino. Atravesó, pues, aquella baraunda: la murmuradora turba rechazada á derecha é izquierda de un modo irresistible, le abria paso aunque no de muy buena voluntad: no se le lanzaron pocas maldiciones, y no faltó un belicoso paraguas que se alzase detras de él amenazando á su cabeza; pero tenia un exterior grave que infundia respeto á la multitud: los paraguas se bajaban sin herir, se ahogaban las maldiciones, y cuando nuestro viagero dió la vuelta á la calle del Temple, de todo aquel clamor solo quedaron dos ó tres voces de muger, declarando que era muy buen mozo y que se parecia á Melingue el del ambigú.

Desde el barrio Bonne-Nouvelle hasta la calle de Popincourt Molingue, el del ambigú, era el tipo de la belleza humana.

Cuando nuestro viagero estuvo en la calle del Temple, ya no trabajó tanto para abrirse un camino: aun habia gente, pero podia poner su pié en el empedrado con mas desahogo.

Se dirigió con rapidéz hácia el mercado del Temple.

En frente del mercado, la bataola se hacia mayor, orque la calle estaba obstruida con toda clase de puestos ambulantes.

Aunque era domingo, y el dia estaba pró-

ximo á concluir; todos los almacenes se hallaban abiertos: infinidad de tontos cercaban los vidrios de las tiendas para admirar los terciopelos de color de rosa ó azul, y mas que todo aquellas estampas que tanto gustan al pueblo parisien, en que se representa á los bailarines de la cachucha, con sus trages correspondientes.

Aun no estaba cerrado el mismo mercado del Temple; veíase un ejército de compradores, ajitándose en los pasadizos que dividen en cuatro partes iguales el gran bazar de la prendería parisiense.

Todos se apresuraban á vender y comprar porque bien pronto la campana daría la señal de la suspension del mercado.

El Temple se cierra á la misma hora que la bolsa, sin que sea este el único punto de semejanza que hay entre estos dos mercados.

Nuestro viagero habia pasado ya la iglesia de Santa Isabel y buscaba un sitio conveniente para atravesar la Calzada. Los coches se sucedian sin la menor interrupcion, y los puestos de los vendedores eran un obstáculo permanente. El extranjero seguia lentamente la calle, esperando una ocasion.

De este modo llegó hasta el ángulo de la callejuela de Fontaines, y como no habia medio de llegar mas allá sin pasar el Temple, se detuvo.

A corta distancia de él y en el esquinazo de

la calle de Fontaines estaban dos hombres recostados, platicando entre sí: seguramente no componian parte de aquella turba que les rodeaba: eran dos caballeros: su presencia en tal barrio y en semejante dia podia pasar por una anomalia.

Uno de ellos era jóven; de unos veinte y ocho á treinta años: tenia grandes bigotes retorcidos: su trage era negro, su levita abotonada de arriba abajo, hubiera podido pasar por elegante en el barrio latino; aun conservaba entre sus dedos una punta de cigarro, que á pesar de dejarle arder, no aproximaba á sus lábios por deferencia hácia su compañero.

El otro interlocutor volvia las espaldas hácia la calle del Temple: tenia un paletó blanco de forma inglesa, abierto y que dejaba ver una magnifica levita azul con botones de oro cincelado: llevaba una preciosa camisa de chorra: y de un ojal de su chaleco de raso negro bordado pendia una cadena, por cada uno de cuyos eslabones se podrian dar 50 francos.

Magnificas sortijas adornaban sus dedos; difícil hubiera sido determinar su edad á punto fijo, guiándose por solo la que representaba.

Sus megillas conservaban cierta lozanía: sus cejas eran negras como el ébano y debajo de su sombrero salian abundantes cabellos admirablemente rizados.

A pesar de estos brillantes accesorios se comprende que ya habia pasado los cuarenta años: su corta estatura casi degeneraba en obesidad, y numerosas arrugas acompañaban á su sonrisa.

Nuestro estrangero les miró distraido: no conocia absolutamente al mas jóven, ni podia ver la cara del segundo.

No tenia ningun motivo para cuidarse de ellos, así es que su vista vagaba por la calle que cada vez se obstruia mas con coches y fiacres.

Aquel espectáculo era animado y vario, y no hubiera dejado de inspirar interés á un observador que tuviese tiempo para ello: la mayor parte de los que iban á pié llegando de los baluartes y de las calles, se lanzaban tumultuosamente al mercado con el objeto de hacer sus provisiones de bagatelas: aquella noche hay en Paris quinientos bailes de máscaras, y en el Temple trapos suficientes para disfrazar un millon de locos.

Entre tanto comprador como se lanzaba así al bazar, la mayor parte pertenecia á la mas baja clase de la sociedad: pero tambien habia algunos *dandis* hambrientos, en busca de botas charoladas de lance: algunas rozagantes *mozuelas*, que conocen la ventaja de los guantes de cabretilla limpios; y hasta las señoras, verdaderamente grandes señoras, mugeres de banqueros ó de marqueses, condu-

cidas allí por el loable espíritu de parsimonia que tan frecuentemente se halla mezclado en medio del esplendor de la vida.

Los engages del temple son muy bonitos, y rara vez adornan los hombros de las bailarinas: así es que no hay razón para privarse de una economía de ciento por ciento.

Pero las grandes señoras que van al Temple, lo hacen con cierto pudor: se podría decir que las halaga la fortuna, sin equivocarse en muchas ocasiones: sus coches la esperan en alguna esquina, y ocultan sus aristocráticos talles con una modesta pelliza.

Estas pellizas son para ciertas señoras, lo mismo que las capas de color gris que llevaban los hombres de muy buena fortuna en tiempo de D. Juan.

Y en efecto, si bajára del coche en el mismo mercado, si se presentase *de Toilett* en el pabellon de Fore ó en el barrio de las *Fribolidades*, los mercaderes pedirían precios enormes.

Esto es lo que se tiene que evitar, además que las pellizas y los camalls de merino sirven para más de una cosa....

Precisamente en el momento en que hablamos, había en la calle de Thulippeaux un elegante coupé y un coche de Leputer que esperaba en la plaza de la Rotonde.

El coche de alquiler hacia que estaba ya un cuarto de hora: había conducido á una

jóven cubierta con un velo, y que se internó en los callejones del mercado.

El coupé acababa de llegar: no tenia armas que le distinguieran de los coches, cuyos dueños se llaman Falous del Coquardo de Pruneau: las percieñas estaban corridas, y su cochero vestido con una librea de color oscuro, gobernaba dos no muy buenos caballos.

Tal vez era un coche de aventura.

Acababa de salir de él una bella señora que llevaba una pelliza como las que acabamos de descubrir: marchaba frente de aquel inmenso gentio con la agilidad de un gato: parecia que sus delicados pies no habian tocado en el fangoso pavimento y no llevaba ninguna señal del espeso cieno que llenaba la calzada.

Un velo negro lleno de bordados cubria su sombrero, á través del cual se percibia sin embargo su brillante mirada.

Iba aprisa y como si no quisiera ser reconocida; sus vivos ojos dirigian escudriñadoras miradas entre aquella turba.

Cuando llegó al extremo de la calle de Fontaines divisó á nuestro extranjero: al verle se detuvo un momento y abrió su lente: se levantó el velo y quiso ver mejor.

Era una muger bonita en extremo, cuyas facciones aguileñas y delicadas parecian un tipo judío: su mirada mandaba y suplicaba al mismo tiempo; su frente un poco estrecha es-

taba rodeada de lindisimos cabellos negros: sus delgados lábios eran pálidos: su talle indolentemente gracioso.

Cuando quiso mirar con el lente, la turba hizo un movimiento: infinidad de coches y de gente se interpusieron entre ella y nuestro desconocido, en vano le buscó durante algunos segundos.

Entonces cerró su lente y se cubrió con el velo permaneciendo algunos instantes indecisa; despues volvió á seguir su rápida marcha hácia el sitio que los habitantes del Temple llaman *el Palacio Real*.

==Me habré equivocado, murmuró; no sé que no puede estar en Paris?

En el *Palacio Real*, en que tanto se estrechaban los compradores de ambos sexos, habia una tienda rica y la mejor provista de todas, cuyo dueño era una muger muy gruesa, llamada Mad. Batailleur á ella se dirijia la señora del modesto velo; alli estaba la jóven del coche de alquiler que esperaba en la plaza de la Rotonda.

Mad. Batailleur vendia y compraba todo: su tienda estaba llena de gente, la jóven esperaba un momento favorable para hablarla.

Se habia levantado el velo y se veia una figura de una belleza regular y perfecta, realzada con la espresion pura y noble de una virgen.

Por último, Mad. Batailleur la vió y abando-

nó en el acto sus quehaceres.

==Aun nada, mi querida señorita, la dijo en voz baja, el cartero ha venido y no hay cartas!

==Volveré mañana, repuso la jóven suspirando.

==Si quisierais, la dijo la señora de la tienda, yo misma os llevaría la carta á la fonda.....

—No, no!... repuso la jóven, volveré...

Miró hacia la calle del Temple, y cubrió con el velo su preciosa cara que se habia quedado pálida de repente. Acababa de ver á la señora del coupé que atravesaba rápidamente la calle.

==Mi hermana! dijo con espanto, os ruego señora que no me descubrais!

—Fiaros de mí! exclamó Mad. Batailleur, saludándola con una amable sonrisa, mientras que se perdía entre la confusion... Soy la discrecion personificada, mi querida señorita!...

Con la misma sonrisa acogió á la otra señora, señalando con dedo pérfido á la pobre jóven que se alejaba.

—Muy bien, dijo la señora del coche, mordiéndose los labios.

==Es lo mismo de todos los dias.... exclamó la dueña de la tienda.

Entre tanto nuestro viagero permanecía siempre en el mismo punto: muchas veces por casualidad los coches dejaron paso, del cual hubiera podido aprovecharse sin duda, pues

habia algo en aquel momento que le retenia en la esquina de la calle de Fontaines: aproximado todo lo posible á la pared ponía su atencion en aquel momento en otro objeto: estaba sorprendido por algunas palabras que habia oido entre el jóven y el hombre del paletó blanco, que estaban delante de él.

—Sois un excelente jóven, Verdier, decia el del paletó blanco.... tranquilizáos.... me encargo de dirigiros en el buen camino del comercio.

—Es que ya me habeis dicho esto tres ó cuatro veces.... caballero, y sabe Dios la fortuna que he hecho!

El hombre del paletó blanco tomó un tono verdaderamente paternal.

—Malas costumbres, ¡Verdier hijo mio! es menester que seamos justos, al presente podeis vivir medianamente... pero no hace mucho.... os hablo de un m s escaso, era otra cosa.

—Si me colocáran bien, me cortaría los bigotes y me lanzaría al mundo.

El caballero registró el bolsillo de su chaleco de terciopelo, y sonó negligentemente algunas monedas de oro.

—Una buena colocacion, repuso, es lo de menos, pero no estais en edad de desempeñar comisiones... yo preferiria otra cosa: nuestra casa tiene entre manos una empresa.....

—Es que yo estoy muy mal.... replicó Ver-

dier.... no tengo tiempo de esperar, y si queris que os diga la verdad prefiero cien luises de oro mano á mano, á todo eso....

—Los tendreis, amigo mio: los tendreis .. acaso puedo negaros algo? pero decidme, estais bien seguro de vuestra mano?....

Verdier levantó su baston é hizo varias evoluciones.

==Siempre voy á la clase dos ó tres veces por semana: ademas de que aquel jóven no sabe ni aun tener una espada en la mano.

En este momento se aproximó nuestro desconocido: habia algo en aquel diálogo que excitaba de una manera estrema su interés. No comprendia del todo lo que decian, pero tenia una curiosidad irresistible por saber de lo que hablaban....

Desde su rincon dirigió una mirada oblicua hácia los dos interlocutores: el hombre del paletó blanco seguia siempre volviendo las espaldas; el otro se sonreia con cierta apariencia de calma en su fisonomia.

En lugar de la franqueza que antes expresaba, su rostro tenia ahora algo de vil y avaro: estaba recostado contra la pared y seguia haciendo movimientos de espada con su baston: este juego revelaba, por decirlo asi, el pensamiento que entonces le dominase y que le daba el aspecto de un espadachin de mal género.

==Pero como habeis pedido comprometer-

le á un duelo, sino sabe batirse? preguntaba el caballero.

Verdier se encogió de hombros...

—Es tan simple! murmuró: se hace uno insultar...y luego....

—Ah! dijo el caballero, el jovencillo os ha insultado!...

—Si, si, respondió Verdier, cuyas megillas se sonrojaron...en el café de Piron...en el barrio latino...aquel pillastre juega de un modo admirable...le acusé de tramposo...y en honor de la verdad me contestó arrojándome un vaso de cerveza á la cara.

El caballero se echó á reir.

—Habládme de estol exclamó, he aquí un negocio bien dirigido... tendreis vuestros cien luises amigo mio... y si concluye como es menester.... os reservo una sorpresa... os aseguro que estareis contento de mi!

El caballero sacó de su bolsillo un reloj de oro ancho y plano como un escudo de seis libras.

—Bien pronto serán las cuatro: repuso despues de haberle mirado... ya deberá estar en casa de la condesa.... y por lo tanto quisiera saber algunos pormenores ¿vais á batiros á espada?

—A espada, respondió Verdier.

—¿Y en qué sitio?

El ruido de los coches, que fué mayor en aquel momento, impidió á nuestro descono-

cido que oyese la respuesta: el hombre del paletó blanco estaba en el mismo caso, pues repitió su pregunta.

El extranjero prestó toda su atención.

Pero todavía aquella vez fué en vano.

En el momento en que Verdier iba á responder, la voz de un muchacho vibrante y sonora, salió del centro de la calle, y distrajo á nuestro desconocido.

Un fiacre iba al paso delante de la calle de Fontaines: una cabeza de niño viva y encantadora salía por la ventanilla; era delicada y fina, estaba rodeada de cabellos rubios tan bonitos y suaves como podemos figurárnoslos en la frente de una virgen: en aquella fisonomía casi femenil brillaban dos ojos vivaces y atrevidos, cuyo azul estaba medio velado por pestañas de seda: su sonrosada boca se presentaba adornada de una sonrisa franca, sus mejillas tenían una tinta pálida, fruto de algunas fatigas ó de algunas noches de placer.

Al ver por la ventanilla aquel lindo rostro, se hubiera supuesto un bello tallo de muger oculto, á no ser por un ligero vigote rubio que revelaba el sexo masculino; sin embargo, esta señal podía ser faláz en días de carnaval.

Era un precioso muchacho: todo lo mas tendría diez y ocho años; su gracia casi femenina dejaba entrever un reflejo de varonil hermosura.

La voz de que hablamos, era con el objeto de llamar al cochero, para que se detuviese en aquel

sitio; pero el cochero no oía á causa del ruido.

=Deteos aqui! decia apresuradamente: deteneos aqui!

El caballero y su compañero estaban demasiado ocupados para que hubieran hecho alto en aquel incidente: y aun nuestro mismo desconocido volvía la cabeza á efecto solo de la casualidad.

Pero desde el momento en que distinguió al encantador jóven de que hablamos..... se alteró su fisonomía y sus miradas se turbaron, un sonrosado súbito coloreó sus mejillas pálidas, é hizo un movimiento involuntario para lanzarse hácia él.

Cualquiera que fuese la causa de aquel interes inexplicable, el extranjero se contuvo en el primer momento, y volvió á tomar su fria inmovilidad: pero la conversacion del hombre del paletó blanco y de Vertier se deslizaba en sus oídos como un ligero murmullo.

Por último se detuvo el fiacre á algunos pasos delante de él; el jóven saltó sin la ayuda del cochero y ganó el lado opuesto de la calle: llevaba debajo del brazo un bulto voluminoso.

El extranjero miró á los dos interlocutores de la calle de Fontaines, cuya sorprendente conversacion le habia escitado tan viva curiosidad: un instinto secreto parecia que le detenía cerca de ellos; pero un instinto mas fuerte aun le arrastraba en direccion opuesta.

Se lanzó, pues, detras del jóven que ya iba desapareciendo en el tropel.

Este último daba la vuelta al ángulo de las casas, limite de la calle del Temple, en el momento en que el extranjero pasaba la línea de coches y atravesaba la calzada.

El extranjero llegó á su vez á la esquina de la calle del Temple: en aquel instante solo faltaban dos segundos para alcanzarle.

El jóven llevaba el paquete en las dos manos, y entraba en el pasadizo que corta la gran calle en toda su longitud.

La señora del velo salia en aquel momento de la tienda de Mad. Batailleur por el *Palacio Real*: el camino que tenia que seguir para volver á tomar su carruage, la conducia sucesivamente donde estaban el jóven y nuestro extranjero.

Desde que vió al primero que se habia detenido á mirarla con toda la indiscrecion de un muchacho, hizo un brusco movimiento y apresuró el paso.

Este movimiento no fué bastante para disminuir la atencion del jóven, quien estuvo á punto de cambiar de camino y de correr precipitadamente en su seguimiento; pero al ver el paquete que conducia, dió otro giro á sus ideas.

—Es bien parecida! pensó: pero hay tantas que se le parecen: ademas, añadió sonriéndose, las mujeres como ella no vienen al Temple á hacer su compras!.....

Completamente satisfecho de este argumento, volvió á seguir su camino.

La señora del velo y el desconocido iban á cruzarse.

Los grandes ojos negros de la señora tenían aquella sutileza que les hace ver á través de los mayores obstáculos.

Tal vez el alto cuello de la capa de nuestro viajero ocultaba casi enteramente su rostro: y por esta ó cualquiera otra causa se paró delante.

Al verla, quiso dar la vuelta y pasar por otro lado; pero le detuvo por el brazo con su mano fuerte, aunque delicada.

—No puedo equivocarme dos veces seguidas, murmuró mirándole siempre fijamente. ¿Señor baron de Rodach?....

El viajero disimuló su sorpresa, y se inclinó en señal de afirmación.

La señora levantó su velo.

—¿No me conocéis? dijo.

El viajero recorrió con la vista el hermoso rostro que há poco hemos descrito: sin duda era la primera vez que le veía.

Sin embargo no respondió en el acto.

La señora dió una patada con impaciencia.

—¿Y qué? dijo frunciendo las cejas.

El baron de Rodach dejó de seguir aparentando la misma ignorancia, y cogió la mano de la señora, estrechándola entre las suyas.

La señora se sonrió con dulzura.

—No es á propósito el sitio para una esplicacion, repuso, y quiero saber el motivo de vuestro largo silencio....Desde las dos hasta las cuatro, Mr. Laurens está en la Bolsa.

Al nombre de Laurens, no se inmutó la fisonomía del viagero, pero su corazón latió violentamente.

La señora bajó su velo.

—Venid á esta ahora ó á otra cualquiera: mi marido no es celoso.

El acento con que pronunció estas últimas palabras era extraño: se podían adivinar largas y penosas luchas....la pérfida victoria de la muger....y la profunda desgracia de un hombre....

Hizo una ligera indicacion con la cabeza y se alejó diciendo, hasta mañana.

El baron la siguió un instante con los ojos, los cuales mientras que se desviaba entre la multitud brillaron extraordinariamente.

Mr. de Laurens!...la hija mayor de Moses Geld!....

## CAPITULO II.

### Las cuatro galerías.

**E**l viejo dandy del paletó blanco y su com-

pañero parecían muy distantes de sus respectivos centros, en las cercanías del Temple. Verdier no podía habitar evidentemente mas que cerca del Palacio Real. Su patria era uno de los famosos jabardos de aquella *brillante morada*: su domicilio menos suntuoso, debía ser alguna boardilla de la calle Traversiere ó de la de Pierre Pescot.

El caballero tenía un carácter muy pronunciado de la Chaussee d'Antin y de la Bolsa.

Sin embargo, se habían encontrado allí del modo mas natural del mundo: el pobre Verdier tenía todos sus proveedores en el Temple: el caballero tampoco dejaba de tener intereses que le llevaban desde el baluarte de Gand á la calle de Bretagne, pasando por el Temple.

El caballero iba muy frecuentemente á la calle de Bretagne: aqui se dirigió cuando se separó de Verdier, quien por su parte iba á hacer de las suyas.

El caballero se detuvo delante de una vieja fonda que formaba el ángulo de las calles de Saintonge y de Bretagne, y preguntó por la señora vizcondesa d'Andemer.....

Ya conocemos los nombres de la señora, del velo y de nuestro extranjero, el de la primera Mad. de Laurens, el del otro baron de Rodach nada mas sabemos de este último.

Pronto volveremos á ver, sin duda, al jóven del coche de alquiler.

En cuanto á Mad. Laurens pertenecía á lo mas escogido de la aristocracía financiera, tenia por marido al agente de cambio Leon de Laurens, hombre muy rico, y cuya conocida probidad desafiaba á los proverbiales rumores que corren sobre los que cultivan tal profesion: el padre de Mad. Laurens era el anciano Mr. de Geldberg: de la casa de Geldberg, Reinhold y compania:

En todo el banco parisiense no se hubiera encontrado un circulo mas justamente honrado: la casa de comercio rayaba en puritanismo de esos que hechan á perder á fuerza de honradéz los negocios, y que no ganan mas que el 25 por 100 en los cambios.

Semejante conducta obligaba á que se encogiesen de hombros los banqueros, custodios de las buenas tradiciones de la profesion.

El anciano Geldberg era un buen sugeto, un verdadero patriarca, tímido, modesto, á pesar de sus millones, y cuyo placer se cifraba en el amor de sus hijos: en cuanto á esto la Providencia le habia favorecido admirablemente. Abel de Geldberg su hijo era un caballero brillante, esperto y decidido por los negocios. Sara, su hija mayor, se habia casado con M. de Laurens. Esther quedó viuda á la edad de veinte y cinco años, de un par de Francia. Lia la mas jóven, era dul-

ce y hermosa como un ángel.

El caballero Reinhold, socio principal de la casa, tenia gran reputacion de filantropia y de conocimientos industriales: dirigia los negocios con Abel de Geldberg: ya hacia algunos años que el anciano Moisés descansaba con su auxilio de los afanes de su laboriosa carrera.

Pero la casa parecia marchar siempre en la linea marcada por él: en la plaza de Paris, Geldberg era el sinónimo de honor comercial y de lealtad: en el mundo opulento que frecuentaban Moises Geldberg y su familia gozaban ciertas consideraciones que rayaban en respeto; citábanse la delicadeza y virtud de Mad. de Laurens, y la amabilidad de la bella Esther, viuda del general conde de Lampion, par de Francia.

Aun cuando Lia era todavia muy niña, duques y marqueses de buenas estirpes, no del imperio, le habian pedido ya en matrimonio.

En cuanto al jóven Mr. de Gelberg, no le faltaba mas que un título para ser el jóven mas brillante de la capital: entre las ricas herederas de los tres barrios, era el orgullo del padre anciano y la gloria del antiguo comerciante.

Bajo este supuesto, el lector interpretará como quiera la conducta de Mad. Lanrens; solo debemos decir, que á la menor suposicion malévola, manifestada á las claras en

ciertos salones, respecto á su digna persona, se hubieran desenvainado cien espadas financieras.

Los jóvenes encargados de la casa de Geldberg eran en efecto caballeros de cierto tono, que sabian montar á caballo, y frecuentaban los tiros de pistola, á la hora en que acabadas las tareas, dejaban lugar á los tenedores de libros para vivir como hidalgos.

Mientras que Mad. de Laurens volvía á tomar el coupé que seguía esperando, en la esquina de la calle de Thelippaux el baron de Rodach permanecía siempre en el mismo sitio.

Tal vez pensaba en las causas que habrian podido motivar el enojo de la linda dama: de todos modos su meditacion no fué muy larga: de repente se acordó de los sucesos que tuvieron lugar antes de su encuentro, y dirigió inmediatamente la vista hácia donde paró aquel interesante joven que habia seguido antes: pero prosiguió este su camino, y Rodach no vió en la entrada del pasage mas que caras desconocidas: apenas pasaron dos minutos desde que el joven salió del fiacre: no podia estar muy distante: Rodach volvió á emprender su camino entrando á su vez en el Temple.

Su alta estatura le dejaba ver por encima todas las cabezas de la muchedumbre, compuesta en su mayor parte de mugeres: no obstante, fueron inútiles cuantos esfuerzos hizo

para volver á hallar al jóven.

Ya se notaba en el mercado la caída de la tarde: los interiores de las tiendas eran cada vez mas oscuros: y solo se percibian á través de la oscuridad cada vez mas creciente, los movimientos confusos de los compradores, comprimiéndose, gritando, injuriándose y cuyas mil voces distintas agrias y roncadas, formaban un odioso concierto.

Nada de este mundo, ni la misma sala de la Bolsa en dias de adjudicacion, podrian dar una idea exacta de la ávida actividad que hay en el Temple en momentos privilegiados. Cosa es única en su género y para nuestro objeto muy notable en la ciudad. El Temple, esa inmensa barraca, es la companera simétrica de la Bolsa. Uno de estos dos bazares es de piedra de sillería, el otro es de tabloncillos carcomidos. En el primero se cuenta por billetes de banco, en el segundo los cuartos son la moneda corriente: pero en los dos se hace oro: y quizá los harapos del mercado popular valgan mas que las falaces ilusiones que componen la opulenta tienda de la calle Vivienne.

Solo falta para una completa semejanza, el que la antigua justicia del Temple condenase á los ladrones, espulsándolos y persiguiéndolos: fuera de esto todo es semejante: El Temple tiene sus corredores que arreglan los negocios segun su conveniencia, y despo-

jan á sus compañeros mas indigentes, por medio de la alza y de la baja. En vez de jugar sobre acciones, la codicia mas desenfadada ejerce allí su influencia sobre pingajos: poco puede echarse en cara en el fondo.

El Temple tiene su dialecto particular: ¿quién no conoce el de la bolsa? puede asegurarse que la jerga de los mercaderes y los corredores de ropas viejas, no vale menos que la lengua especial de los corredores de cambio.

El Temple tiene su estrado compuesto de patronos, algunos de alto copete: tiene sus corredores en el Carreau y en el campo de la Louppe, y tambien su *Tortoni* en la plaza de la Rotlonde, con la famosa muestra del elefante.

Los dos bazares son hermanos, y hermanos gemelos. Han recibido en el seno de su madre la industria aventurera, todo lo que constituye al traficante, al atrevido usurero y al celoso tundidor.

Toda la diferencia entre ellos consiste en el zapato enlodado y la bota de charol: todo está reducido á un poco mas ó menos de fango: y en cuanto á lodo, si el Temple tiene la balanza cuando se hable sin metáfora, la bolsa en el estilo figurado no se violenta mucho para tomar la revancha.

Aun tienen otro punto mas de semejanza.

La Bolsa y el Temple hacen algunas veces cambios fraternales: mas de un señor, cuya

pesada cartera está repleta de transacciones de fines del mes corriente, ha visto amanecer en las podridas cabañas del Pou-Volant o de la Foret-Noire; y mas de uno dedicado al presente al ingrato comercio de zapatos viejos, se acuerda limpiando unas botas viejas del tilbury que le esperaba en otro tiempo en el peristilo de un palacio de plata.

Esto nada tiene de raro: con cierta clase de osadía y en casos dados, es tan facil subir desde una tienda portátil á un elegante coche, como ir desde un palacio á un chiribitil.

Despues de estas infinitas comparaciones entre el Tèmple y la Bolsa quedanos aun una que hacer: en el Tèmple no se conocen las bancarrotas: no se negocia mas que al contado: el especulador que no puede pagar su puesto es hechado á la calle, y va á morir de hambre á otra parte.

Seria un estudio curioso el visitar en el mismo dia la Bolsa y el Tèmple, el edificio millonario y el pobre mercado: allí se verian bajo dos aspectos mas sorprendentes la fuerte calentura de tráfico que aqueja á nuestro siglo. La comerciante fisonomía de Paris que se oculta detras de tantas nobles mentiras apareceria completa y sin velo: se veria cuánto dista de la ciudad frivola, de la capital de elegantes frivolidades: se la veria avara como un usurero de cien años, ávida y ansiosa de ganancias, como uno de esos vagabundos de

nuestras calles, infatigable, atareado, cuidadoso, y sin temer condenarse por un poco de oro....

El Temple se compone de cuatro galerías principales, adornadas con nombres pintorescos y cortados por innumerables pasillos, que dan entrada á los concurrentes: el conjunto de estos departamentos contiene cerca de mil novecientos puestos ó locales, que se alquilan á razon de un franco y sesenta y cinco céntimos por semana.

Entre estas tiendecillas las hay buenas y malas. Las que miran á la calle del Temple son nichos de fortuna; las que están en la calle del Petit-Thouars, tienen su mérito: no se desdeña del todo las que sirven de límite á la calle Percée, y la misma plaza de la Rotonda ofrece sus ventajas.

Pero el interior de las galerías ofrece menos variedad: el transeunte se confunde antes de entrar en aquellos pasillos estrechos, cuyos dos lados están guardados por mugeres jóvenes ó viejas feas ó bonitas, pero de muy buena lengua todas, y haciendo uso para vengarse de los desdeños del regateador, del vocabulario mejor provisto de invectivas.

En cuanto á esto hay ciertas reformas bastante buenas: La policia del Temple se hace mejor de algunos años á esta parte, y los encargados de ellas suelen dar de vez en cuando á las sirenas que tienen demasiada voz;

severas lecciones de urbanidad.

Pero es necesario no fiarse mucho de estas nuevas garantías.

Las costumbres son algo descompuestas, y esa cortesía que se las impone, no es un freno seguro.

Las dos galerías de la derecha del pasaje del centro, forman la *serie encarnada* y las de la izquierda, la *serie negra*; además cada una de las otras galerías tienen su denominación especial.

La primera, la mejor, la que frecuentan los *dandies* de sexto orden, los loretas y los barones económicos, ha recibido por analogía el nombre de Palais-Royal; las comerciantas de este departamento están casi civilizadas; designan sus mercancías con el lindo dictado de *frivolidades*: estas consisten en modas, en guantes limpios, en cages de todos precios, alhajas, cintas y oropeles de teatro.

Estaba en esta galería Mad. Batailleur, la dueña de la tienda en que hemos visto entrar sucesivamente á la joven del coche de alquiler, y la hermosa señora del velo.

La galería de la bandera ó pabellon de flores es un lugar ya secundario: la plebe al lado de la nobleza; mercado de lienzo, sábanas, cortinas, indianas y ropas de niños.

La tercera galería ocupa en la escala social del Temple el lugar del pueblo. No es ni elegante ni rico. El título que tiene prueba la

indiferencia feliz de sus costumbres. Se llama el *Pou-volant*, sin que este nombre sea una calumnia: es un inmenso almacén de trapos y hierros viejos: receptáculo, siempre lleno, donde van á vaciarse incesantemente los bolsillos de los revendedores, y los sacos de los mercaderes ambulantes.

Ademas del pueblo reúne otra cosa que no tiene aun nombre señalado por los escritores de economía política, pero que Odry llama francamente *la canalla*: cerca del *Pou-Volant* está la *Forec-Noire*.

Salvo una estrecha hilera de tiendas ambulantes que limita la calle de Petit-Thouars, la Foses se compone absolutamente de zapatos viejos. El mundo entero podria proveerse allí de ellos, y es necesario ver aquel inconcebible depósito para formarse una idea del número de suelas que se gastan en el empedrado de Paris.

Los zapateros de viejo de la Fores Noire se intitulan *Fahoteurs*, esto entre amigos; su título oficial es comerciantes de *botines*: su industria no consiste solamente en componer calzados viejos, sino que se estiende á disimular los agujeros con carton y betun, esto se llama, *unir el botin*.

Mas allá del Foire Noire y del Pou-Valent está el edificio del Temple que sirve de Bolsa á los mercaderes de vestidos viejos, designados con los nombres técnicos de *rou-*

*lans ó chinrsue* (1).

Mas allá de este edificio hay una gran casa rodeada de un nada bello peristilo. Esta rotonda del Temple, construida en otro tiempo para detener allí á los deudores insolventes, está ahora habitada por prenderos de todas clases, por vendedores de hierros principalmente, por reformadores y comerciantes de uniformes, y *niolleurs* que prestan á los sombreros defondados el mismo servicio que los zapateros de viejo á los zapatos fuera de uso. Presenta á su ascenso unos doce escalones, y contiene mas de mil habitantes.

El Temple propiamente dicho, concluye allí; pero es inútil decir que todos los barrios vecinos participan de las mismas costumbres y de la misma industria: las casas que cercan la plaza de la Rotonde y sobre todo la calle de Petit-Thouars, son consideradas como parte integrante del mercado.

Al entrar en aquella calle lo mismo que en cualquiera de los pasadizos interiores del Temple, queda uno hecho propiedad de las *rалеuses* seres oliosos, hasta no poder mas; las *rалеuses* son mugeres que llaman al transeunte en voz alta é inteligible, que saben audular y no ignoran ninguna injuria, ellas antes de veros, descubren el estado de vuestro paletó,

(1) *Rou'lans ó chineurs*, equivalen á corredores.

lo usado de vuestro pantalon, las faltas de vuestro peinado: antes de haber pasado por su tienda sois un caballero, un parroquiano, un buen sujeto, tres pasos mas allá, no sois gran cosa y ro teneis tres francos en vuestro bolsillo para comprar un sombrero compuesto.

Se burlan ágricamente de la fealdad y de la hermosura: llaman á los contrahechos esbeltos, á los patizambos bien formados, y á los vizcos linees. Tienen un gran repuesto de pullas de mal género, aprendido en la *Gaité* en las *Folies Dramatiques*, y en las queridas *Funambules*, su implacable verboria ofrece visos de riqueza caida, luchando con la experiencia, y no desdenándose de ajar la miseria.

A las horas del mercado, que tiene lugar delante de la *Rotonde*, las raleuses desempeñan el papel de corredoras de negocios, de los que las viene su título oficial. Sin embargo, la mayor parte son muchachas de las tiendas del *Temple* mismo, donde á pesar de una policía muy severa, hallan medio de ejercer su temible elocuencia.

Otro dia y á otra hora, hubiera sido ciertamente detenido nuestro jóven, á causa de su paquete. En efecto las gentes del *Temple* tienen tanta afición á comprar como á vender: pues saben muy bien que su pequeño *lazar* no carece jamás de compradores.

Mas aquella tarde las cosas no seguian su

curso ordinario: ya iba siendo noche y la venta llevaba un paso de bendición: los mercaderes que no sabían á quien atender, no tenían tiempo bastante para comprar.

En todas partes se entablaban animadas discusiones: se oían ofertas rechazadas que se admitirían un instante despues: sábias depreciaciones opuestas á la poética elocuencia de los elogios: todo era en fin luchas de palabras agridulces, en que se mezclaban abundantemente segun las circunstancias, los temerarios dichos de carnaval.

Se compraba, sin intermision y parecia que el Temple iba á mudar de aspecto y á deshacerse de una vez de todos sus harapos.

Solo holgaban las revendedoras de sábanas y las compradoras de hierro viejo: los otros industriales hacían grandes negocios. El Palais-Royal sobre todo, se hacia de oro, y sus frivolidades subían á una alza exorbitante.

El lacayo de una buena casa necesitaba un vestido negro, pues sus miradas habían inflamado el corazón de una tendera: á un lechuguinillo no le falta mas que una buena camisa para quedar admirablemente vestido: un obrero, queria tener un chaleco de gusto: este honrado Auvergnat, sábio en medio de la ignorante muchedumbre, buscaba el mejor recomendado *botin*.

Gorros de titis, plumages de volatineros, viejos trages de lentejuelas, botas baqueteadas,

caretas, clavos desechados por los teatros, horribles trapajos, para completar el glorioso traje de chicard, cascos romanos, anteojos, pelucas de estopa, cabezas de oso, pieles de salvaje y el sombrero de Napoleon!

De todo, de todo, de todo!...

Nuestro jóven habia ya pasado dos galerias, dirigiéndose sin ningun éxito á mas de veinte comerciantes: tan faltos de tiempo que ni aun se habian dignado ver lo que contenia su paquete.

Cuando atravesó la encrucijada, en cuyo centro está la barraca del inspector, nuestro hermoso jóven pudo apercibirse de lo rápidamente que venia la noche: la sencilla expresion de su fisonomía, tenia cierta tinta de despecho.

—¿Cómo haré? murmuró sacudiendo su rubia cabeza, solo tengo cinco francos y quiero pasar una noche de gran señor!...

Antes de entrar en la galeria inmediata, dudó algunos segundos: su despecho se convirtió en melancolia, y sus pensamientos que cada vez eran mas tristes, parecia como que velaban la viva elegria de sus facciones.

—Creo firmemente que esta será mi última noche, repuso: al menos quiero hacerla brillante y feliz!... Dionisia me ama, es menester que me lo diga esta noche. Y la otra que me vuelve loco! ¡oh! es menester que yo la vea aun... aun una vez.

Las oleadas de compradores pasaban á su

lado, empujándole por la derecha y por la izquierda, sin que en nada parase su atención en aquel momento. Casi se había olvidado del objeto de su venida. Animábanse sus grandes ojos azules y su viva fisonomía revelaba ahora una profunda sensibilidad.

Otra vez salió de su boca la palabra Dionisia: y humedecíanse sus ojos ¡lloraba!....

Entre toda la muchedumbre que se reunía en aquel sitio, no había vestido de hombre que pudiese disputar en elegancia y finura con el de nuestro joven.

Pero entre tanto tal vez no habría un bolsillo que estuviese tan desocupado.

Se llamaba Franz, no tenía padres, é iba á cumplir los diez y nueve años.

Poco mas ó menos era cuanto él mismo sabía de su historia.

Su distinguida persona y su elegancia no eran recomendacion para los que le rodeaban: cuantos pasaban á su lado le decían alguna cosa mas ó menos hostil, siendo las mugeres solo las que le miraban amistosamente, gracias á su hermosura.

=Vamos Moderno, paso! decía empujándole á un lado sin ningun escrúpulo, un saboyano que iba en busca de un par de zapatos viejos: algun atrevidillo con su blusa, conector á fondo de la noble lengua del Temple, decía con una sonrisa muy fina....

=¡Ni una blanca!

Un pilla de Paris en el pleno ejercicio de su cargo, es decir, impidiendo el paso y vagando como un perro perdido, anadia con su chillona voz.

=;Sin dinero!

Hoy no hay medio de vender el fino pantalón y la levita, con esto de que la venta está cerrada por todas partes.

=Hé aquí lo que es la suerte!

El de Auvernia, el obtero y el pilluelo, pasaban: detrás de ellos venian otros; y siempre lo mismo.

Un empujon mas fuerte que los anteriores sacó á Franz de su meditacion: dirigió una mirada á su alrededor y rugió de cólera como un niño, al verse objeto de todas aquellas miradas burlonas: frunciéronse sus delicadas cejas y cerro su blanca y delicada mano como si hubiera querido emprender un combate á punetazos.

Este movimiento escitó en la turba un momento de risa, y Franz que se habia puesto colorado hasta las orejas, volvió la espalda dirigiéndose á la calle Petit-Thouars.

El baron de Rodach, que segia buscándole, llegó á la barraca del inspector segundos despues: pero Franz estaba ya lejos y cada vez iba oscureciendo mas. El baron se aproximó á una tienda, en que la dueña parecia menos acupada, preguntándola:

=;Podriais decirme donde está la puerta de

Mad. Batailleur?

=No sé: dijo el ama de la tienda, solo por celos de oficio.

=¿Y el mercader de vestidos Hans Dorn?

=No sé.

El baron volvió á escudriñar con sus miradas á aquella turba: creyó ver un rostro muy semejante al de Franz y continuó sus investigaciones, reservando las preguntas para otra ocasion...

Si Franz al bajar del coche se hubiera en seguida dirigido á la calle de Petit-Thouars, tal vez hallase lo que buscaba; pero habia perdido su tiempo con los mercaderes del Palais-Royal y del pabellon de Fore: cuando llegó al verdadero centro de la prenderia, sonó la primera campanada de aviso para cerrar el mercado: las tiendas ambulantes corrian sus puertas.

Sin embargo, fué de puerta en puerta desalentado y lleno de vergüenza, ofreciendo por todas partes sus vestidos en venta, y en todas le decian que volviese, pues la oscuridad no les permitia examinarlos.

Finalmente, llegó á la última bartaca esquina á la palza de la Rotonde.

Tan animadas y llenas de compradores habian estado las otras tiendas, como esta se presentaba triste y silenciosa: por toda mercaderia tenia cuatro ó cinco pedazos de harapos, en el interior no habia mas que media do-

zenas de trastos que en otro tiempo sin duda desempeñarían el papel de muebles.

En un rincón, una muger abrumada y cargada de vejez, estaba sentada é inmóvil; cerca de ella otra muger que parecía de treinta y cinco á cuarenta años, y aun conservaba un buen talle á pesar de sus malos vestidos: tenía la cabeza entre sus manos.

En medio de la tienda un muchacho de unos quince años, escuálido, feucho, y apenas cubierto con un pedazo de tela lleno de girones, estaba á caballo sobre un banco y cantaba con monótona voz.

—¿Quereis comprarme unos vestidos? dijo Franz, deteniéndose en la puerta de la tienda.

La muger anciana permaneció inmóvil, pero le dirigió una mirada en que se marcaba la desesperacion.

La otra muger levantó prontamente la cabeza: su rostro que conservaba las señales de una grande hermosura, estaba surcado de lágrimas.

El muchacho montando á caballo en el banco, prorrumpió en risas bestiales é idiotas...

## CAPITULO III.

## La tienda.

**F**ranz entró involuntariamente en aquella triste y desocupada tienda, que tan singular contraste formaba con las inmediatas, llenas de movimiento y ruido. Era la última, y había querido hacer el postrer esfuerzo: pero entre tanto permanecía allí sin atreverse á marcharse ni á repetir su pregunta: era jóven y recibía todas las impresiones con una sensibilidad fogosa, llevando al extremo tanto la osadía como la timidez. Las dos mugeres seguían mirándole sin responderle, y el muchacho continuaba su risa.

El corazón de Franz se oprimía.

—Oh!... oh!... dijo finalmente el muchacho, río demasiado.... demasiado! pero es para preguntar si quiere comprar algo á la ma-

dre Regnault... vamos pues... si la madre de Regnault tuviera dinero... daria pan á Gesnolet... y Gesnolet tiene mucha hambre: al decir esto cesó de reir, y su acento tomó un tono lastimero: la mas joven de las dos mugeres le miraba con una espresion de profunda desesperacion.

—Juan volverá, pobre hijo mio, y tendrás que comer.

La vieja, cruzadas sus arrugadas manos, pronunciaba entre dientes palabras casi ininteligibles.

—Aun hoy le he visto otra vez.... mucho ha cambiado, pero con todo mi corazon le conocia... con el dinero que gasté en un dia, estos pobres hijos serian felices un año... oh! al fin iré á verle... ¡es indispensable.... indispensable!

La anciana se llamaba Mad. de Regnault. y pasaba por decana del Temple por su antigüedad: la otra muger, nuera suya, se llamaba Victoria, y era la madre del idiota José, á quien los pilluelos del mercado habian puesto por sobrenombre Gesnolet, espresando á la vez su aspecto mezquino y su voz quejumbrosa.

José Regnault ó Gesnolet era imbécil de nacimiento.

Entre tanto Franz permanecia de pié, sonrojado y con la boca entreabierta.

—Caballero, le dijo Victoria, la campana

suena para que se cierre el Temple, no podemos comprar nada en este momento.

—¡Oh! exclamó el idiota, poniéndose á reir; no es por la campana.... mamá Regnault no tiene dinero, y por eso.... nib.... nib... nib!....

—José, José, murmuró Victoria con acento de tierno enfado.

El idiota pegaba palmadas en el banco como si estuviese á caballo.

—Arre, decia, arre borrico! y se puso á cantar de repente una tonadilla por él mismo compuesta.

«Mañana es lunes, y mamá Regnault no tiene treinta sueldos para pagar su tienda, y nos van á echar á la calle, en nuestro martes de carnaval: á la calle, á la calle, á la buena ventura, qué gusto!» Solo calló, para golpear el banco, y gritar; ¡arre! ¡borrico!

Su madre habia olvidado á Franz: le miraba y sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Iré, repetia la vieja, Dios mio! cómo hubiera podido pensar yo, que le queria tanto, que me asustaria de tal modo el verle!...tal vez me rechaze, y entonces Dios le condenará!....

Cuando decia esto, temblaban sus arrugosas manos.

—Y yo tendré la culpa! exclamaba sol'ozando.

—Mad. Regnault! dijo una voz que salia de la tienda inmediata ce rrad ó tendreis que pagar la multa.

La pobre anciana se levantó.

=Hace mas de treinta años que estoy aquí, y este tal vez sea mi último dia.... pero es necesario que cumpla con mi deber; entonces se levantó y cogió entre sus débiles brazos un pesado postigo que servia para cerrar: Victoria fué á ayudarla, pero el imbecil no se movió; continuamente golpeaba al banco y decia por intérvalos: cuánta hambre tengo!

Franz sufría al ver aquella miseria: ya habia metido sus dedos en el bolsillo de su chaleco y tenia en la mano su único escudo de cinco francos, pero no sabia como darlos.

=Caballero, dijo Victoria, que le vió en aquel momento: os repito que no podemos tratar de negocios esta noche: si teneis precision id á aquella casa que veis en la plaza de la Botande, y preguntad por Hans Dorn el mercader de vestidos.... os ruego que os separeis para que pueda cerrar la puerta.

Franz seguia inmóvil y fijo como una roca: se separó para obedecer las últimas palabras de Victoria, pero en lugar de retirarse, entró precipitadamente en lo anterior de la tienda, y puso sus cinco francos en el banco donde estaba Gesnolet: cuando hubo hecho esto, se retiró.

Gesnolet soltó un grito de alegría y se puso á hacer rodar la pieza de cinco francos por el suelo, siguiéndola y arrastrándose con

piés y manos.

Franz estaba ya delante de la casa de Hans Dorn.

Era un edificio estrecho, pero de muchos pisos, que tenia en su pobre fachada cinco ó seis muestras pertenecientes todas á la misma industria.

Se podría decir que el comercio de vestidos viejos se vivificaba por la concurrencia. En la plaza de la Rotonde todo el mundo es prendero de París y la provincia: todos viven, o poco menos.

Las tiendas que daban á la plaza estaban ya cerradas. Franz entró en un pasillo largo y oscuro que conducia á un patio interior.

Aquel pasadizo estaba completamente oscuro, y Franz no veia ninguna señal que le die-  
ra á conocer que allí vivia gente.

Podia escoger entre una escalera que conducia á los pisos superiores, y una puerta que guiaba al patio: tomó esta última. En una de las puertas del patio estaba una muchacha de aire complaciente y alegre, hablando con un hombre que llevaba un organillo colgado de los hombros.

Era un muchacho de poca mas edad que Franz. Su tímida fisonomía tenia cierto aire de dulzura y de franqueza: sobre todo una melancolía que contrastaba con las insignias de su oficio: el ordinario terciopelo de sus pantalones y de su chaqueta redonda dejaba

entrever una constitucion débil y contornos delicados; parecia que estaba muy cansado y como agoviado por el peso del organillo.

Por el contrario la muchacha era fuerte, sonrosada, vivaracha y alegre: su sencilla sonrisa parecia revelar su feliz juventud: respiraba placer, vida y salud.

En el momento en que Franz entraba en el patio, el muchacho del organillo tenia entre sus manos la de la jóven, al ruido se separó precipitadamente, poniéndose colorado como la grana: la misma jóven se puso tambien un poco colorada y sustituyó su alegre sonrisa por un aire serio.

—Vive aqui Hans Dorn el mercader de vestidos viejos? preguntó Franz.

—Aqui es, respondió la jóven.

—Hasta otra vez, señorita Gertraud, murmuró el del organillo, quitándose su gorra.

—Buenas noches, Juan Regnault, respondió la jóven, devolviéndole el saludo con amable sonrisa.

El pobre chico del organillo se marchaba entre contento y celoso, pues Franz era buen mozo y Gertraud se quedaba sola con él....

Pronto se dejó oír el lastimero sonido del instrumento en el oscuro pasillo, produciendo una música que queria ser la polka, ya en poder de los organillos de Berbería.

Ay! la polka es ya muy antigua, y ha vivido mucho! los soldados del centro, y los co-

misionados de novedades insultan su antigüedad.

Franz contemplaba la alegre fisonomía de la jóven Gertraud; y el sentimiento de tristeza que se apoderaba de su alma en la pobre tienda del Temple, se disipaba poco á poco: porque en él las impresiones nacían tan pronto como se extinguían: no tardó mucho en recobrar su carácter vivo y alegre, miró á la jóven como para dirigirle una galantería.

Gertraud era á no dudarlo la mejor criatura de todo Paris: decía siempre lo que pensaba y en su sonrisa retrataba su alma: en su amable carácter no había el rechazar una palabra aduladora ni enfadarse porque un caballero la dirigiera algún cumplido: estaba persuadida de la rectitud de su conciencia: como se juzgaba pura y fuerte, no temía á nada de este mundo: pero en aquel momento experimentaba una emoción estraña. Su natural contento estaba como eclipsado á causa de que aun sentía la influencia de la melancolía del otro.

Acababa de hablar con el pobre Juan Regnault que la amaba y sufría; y como también le amaba Gertraud, tenía una especie de remordimiento viéndose alegre.

—Hans Dorn es mi padre, dijo y en su casa vais á encontrarle.

Franz tenía una de las fisonomías que escusan y hasta hacen agradables todas las locu-

ras de un amor aturdido. Era el niño encantador, hijo de la joven á quien vemos reir y y suspirar sucesivamente en la comedia de Beaumarchais, y para el que ningun valor tiene la palabra fatuidad ni mucho menos la de inconstancia.

Comunmente la adolescencia, y en nuestro tiempo sobre todo, se educa pedante y triste, ó rabiando de un modo terriblemente desconcertado. La imaginacion mas apagada no se enojaria de esos interesantes muchachos, tan pocos al presente, cuya risueña juventud revolotea al rededor de la hermosura, como una mariposa al rededor de la luz.

Completamente ignorantes, escuchan indecisos y admirados las primeras palabras que les dice su corazon. Van apresurados adonde les conduce el amor. Arrostran con valor el incentivo que otros temen, acojiéndose á él con las dos manos. ¿No veis, por otra parte una lágrima pronta á brotar de sus ojos y amargar su cándida sonrisa, y que pronto llegará la hora en que el juego se convertirá en pasion.

Son felices. ¿Pero no les llegará la hora de sufrir?

Ay! dos años mas y el placer de que están henchidos, cesará en cuanto el niño sea hombre. Será necesario que cambie, so pena de pasar al estado de seductor comun y de *D. Juan*; plaga asi de nuestros solones como de

nuestras tiendas.

Dejadle su amor sucesivamente tímido ó atrevido, y cuyas mismas temeridades nada tienen de ofensivos.

Dejadles sus locas esperanzas, sus sueños de page y sus risueños combates, cuyo precio es un beso: no les reprendais á los pobres: mañana sabrán algo mas; mañana la muger será para ellos un ser de mucha trascendencia, á quien servirán como esclavos ó dominarán como verdugos: esperad á mañana.

Franz, en medio de aquel miserable patio, con su gran paquete debajo del brazo, pronto á improvisar un ingenioso ataque, estaba muy cerca del ridículo. El mismo Lovelace en semejante caso hubiera sido atrocemente burlesco, pero Franz no tenía aun veinte años, y una ingénua franqueza brillaba en sus grandes ojos azules; Franz era encantador.

La sencilla Gertraud que lo creía así, se puso un poco mas colorada: adivinó su intención y fué prudente; una vez en su vida huyó ante el enemigo.

El pobre Juan Regnault acababa de llegar á la tienda vacía que su abuela y madre habían cerrado. Era hijo de Victoria, hermano mayor del idiota: cuando entró puso religiosamente en manos de la anciana, sus ganancias del día; siempre hacia lo mismo, pero no era bastante para sostener una familia:

Juan trabajaba cuanto podia, y á pesar de esto era muy desgraciado: Si en aquel momento hubiera visto la conducta de Gertraud, de que estaba celoso como todos los que sufren, su pena se hubiera mitigado algo.

La muchacha, en efecto, habia hecho una retirada heroica: atravesó precipitadamente el patio, subió por una escalera cuyos escalones temblaban bajo sus plantas, y entró sin tomar aliento en el cuarto de su padre, que vivia en el primer piso.

Franz la seguia á corta distancia, marchando sobre la punta de los pies.

—Papá; aqui hay un caballero que quiere hablarte.

Hans Dorn, el mercader de vestidos, estaba sentado al lado de una mesita en que ardía una delgada vela de sebo: hacia las cuentas del dia: á su lado y en la mesa habia algunas monedas de cinco francos, un poco de plata y grandes pilas de cuartos.

Cada vez era mas oscura la noche: la alcoba de Hans iluminada por la pequeña vela, mostraba entre las sombras sus negruzcos muebles, y su cama con cortinas de sarga. No se podia decir que aquello era cómodo, pero al menos no era miserable. Todo estaba limpio y hasta hubiera tenido bastante buen aspecto, sin la larga ilera de vestidos viejos que pendian de las paredes.

Gertraud se sentó al lado de su padre:

fortificada en aquel puesto, fijaba sus brillantes y serenas miradas en nuestro hermoso joven, que por su parte se sonreía sin ningún rencor: era en efecto una linda muchacha, y su vestido de griseta parisiense, era muy propio para arrebatarle.

Los que habian conocido á su madre aseguraban que se la parecia en cada una de sus facciones...y su madre era aquella otra Gertraud que hemos visto jóven tambien, fresca é ingénua en la alcoba de la agonizante condesa Margarita, en el viejo schloos de Bluthaupt. Algunas veces, cuando el mercader de vestidos abrazaba á su querida hija por la noche, única felicidad suya en la tierra, sus ojos se llenaban de lágrimas. Esto consistia en que su mujer habia muerto muy jóven, y las dulces miradas de su hija traian á su memoria crueles recuerdos.

Hans Dorn era ahora un hombre de 40 años, fuerte y que conservaba aun el vigor de la juventud: su fisonomia como en otro tiempo era franca y leal, y sus abundantes y rizosos cabellos empezaban á encanecer: única huella que los pasados años dejaban en su persona: sin embargo, se conocia que habia sufrido: pero aun guardaba la antigua alegría de su fisonomia, y podia conservar su puesto muy bien en una reunion de alegres compañeros.

Franz desarrolló el paquete, y empezó á

poner sobre la mesa los objetos que contenia:

Hans miró los vestidos, pero sin hacer alto en el jóven: allí habia una capa, un traje negro completo, y muchos chalecos y corbatas.

Hans desplegó la capa, y la sacudió; examinó los puños y el cuello del frac, cumpliendo así los deberes del ropavegero que conoce su obligacion; miró por encima á los chalecos y corbatas para tenerlos presentes, y despues pronunció las palabras sacramentales.

—¿Cuánto quereis por esto?

—Doscientos cincuenta francos, respondió Franz.

Hans rechazó todo, y volvió á coger su pluma.

—Os daré la mitad, dijo.

—¿La mitad! esclamo el jóven indignado; todo está nuevo, y me ha costado 1.000 francos.

—Eso prueba que los sastres son unos piratas atroces, replicó Hans; os he dicho lo último.

—Ciento veinticinco francos, dijo en tono de desolacion.

En los dulces ojos de la linda Gertraud se retrataba la lástima.

—Yo no puedo daros mas, repuso el merceder de ropas; pero si quereis tentar otro lado, id á la Retonde... la tienda del viejo Araby, puede ser que aun no esté cerrada... quizás

os de tres luises por todos vuestros trapos.... pero tendreis derecho para volverlos á comprar por 500 francos si el corazon os dice.... hasta otra vez.

Franz dobló su capa, despues su buen fraque negro, despues su flamante chaleco: mientras esto hacia Hans Dorn seguia embebido en sus cuentas sin dignarse mirar al suplicante.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró Franz, no tengo mas que esto.... qué hago yo con 125 francos? mirad, buen caballero, añadió queriendo poner en juego su elocuencia, volved á examinarlo.... estoy casi seguro de que no lo habeis visto bien!

—Si tal, dijo Hans, y os aseguro que no os daré ni un franco mas.

El jóven cruzó su mano sobre el pecho y lanzó un fuerte suspiro; Gertraud estaba muy enternecida.

El mismo Hans levantó involuntariamente los ojos: en el momento en que le vió, sus facciones se le mudaron, y cambiaron de color sus mejillas.

—Gertraud, dijo con voz alterada, idos á vuestro cuarto: necesito estar solo.

La jóven obedeció en el acto, pero no sin mirar con cierto curioso interes á aquel desconocido jóven, cuya presencia tanto habia turbado á su padre.

Este se esforzaba un aparentar calma.

Cuando estuvieron solos continuó examinán-

dole fijamente durante uno ó dos segundos y despues bajó la vista.

—Como os llamais? le preguntó en voz baja.

—Franz, replicó este.

—Sois aleman? repuso el mercader de vestidos viejos, con viveza.

El jóven se sonrojó ligeramente.

—No, replicó, soy francés.... y natural de Paris.

## CAPITULO IV.

### El primer beso.

**F**RANZ y el mercader de vestidos viejos estuvieron hablando durante 10 minutos.

Otro mas desconfiado que nuestro jóven se hubiera alarmado á ciertas preguntas que se le hicieron; pero Franz no tenia nada que ocultar: por los 250 francos que buscaba hubiera contado cuanto sabia de su historia, y aun lo que no sabia.

Al cabo de diez minutos, Hans abrió el cajon de su mesa y sacó los doscientos cincuenta francos, que contó por dos veces.

Franz se apoderó inmediatamente del di-

nero y le guardó en sus bolsillos.

—Mil gracias, dijo abotonándose su levita, para resguardar su tesoro: gracias á vos voy á saber morir en regla y pasar como se debé mi última noche de carnaval; vengan esos cinco, mi buen señor, os deseo la felicidad mas completa á vos, y á vuestra hija.

Diciendo esto dió la mano al mercader de vestidos viejos: y envió á escondidas un beso hácia la puerta entreabierta del cuarto de Gertraud.

Pero estas cosas raramente se pierden; la jóven se retiró á un oscuro cuartito muy sonrojada: el beso habia llegado á buen puerto.

Franz bajó la escalera de cuatro en cuatro escalones: el mercader de vestidos viejos le habia seguido hasta la puerta con melancólica mirada.

—Esta misma edad tendria, dijo sacudiendo la cabeza lentamente; y cuando levanté la vista á él, creí ver el dulce rostro de la condesa... pero no he encontrado ya una niña que tenía sus mismos cabellos rubios y su mirada de ángel?... Era tan hermosa! todos los que lo son se la parecen.

Quedóse pensativo durante algunos minutos: despues volvió á seguir su cuenta.

Franz atravesó corriendo el oscuro pasadizo, y se lanzó á la plaza de la Rotonde. Pasó sin detenerse delante del peristilo, donde aquí y allá brillaban algunas luces, sin diri-

gir una sola mirada al inmenso gentío que se agolpaba en el mostrador de la tienda de los dos Leones, cuya enseña era ilustre en todo el barrio. Entró siempre corriendo en la calle de Forez; bajo la calle de Beaujolais, y solo se detuvo en el ángulo de la calle de Bretagne, delante de la fonda, donde no ha mucho fué introducido el caballo del paletó blanco. Inspeccionó con la vista los dos lados de la calle, y se puso á hacer centinela delante de la puerta.

Las ruidosas algazaras del resto de Paris, nada influyen en la tranquila soledad de algunos barrios privilegiados: el Marais descansa apaciblemente mientras que en el boulevard se rie, se baila y se alborota. Los doscientos ó trescientos pasos que separan la calle Bretagne del Cadran-Bleu, pueden considerarse como una legua larga: nada se oye allí mas que un débil eco de los agudos chillidos de carnaval: toda la algazara de la alegre ciudad se ahoga antes de llegar á aquellos pacíficos lugares: el clamor de la fiesta no es allí mas que un murmullo imperceptible y confuso.

Las dos hileras de casas se estienden desiertas y silenciosas, la mitad de los almacenes están cerrados y los demas proyectan en la calle de trecho en trecho algunos rayos luminosos. De vez en cuando pasan algunos, que van á sus casas tranquilamente y

compadecen la loca alegría de que por casualidad han recogido algunos retazos: llevaban el sombrero metido hasta los ojos, las manos en los bolsillos, y el *querido* paraguas debajo del brazo.

Franz pasaba en las húmedas aceras dando de vez en cuando patadas que indicaban su impaciencia: se le hubiera podido tomar por un enamorado que acude el primero á la cita: pues el sonoliento Marais produce un gran número de hermosas mugeres que por la noche atraen á aquellas retiradas calles, á caballeros jóvenes que no temen los resultados de semejante expedicion.

Franz miraba ávidamente á derecha é izquierda: hasta donde podia alcanzar su vista, no distinguia mas que las sombras de honrados censatarios ó de parejas que se dirigian del brazo á su comida cuotidiana: los minutos se le hacian horas: habia llegado alli contento y lleno de esperanza, ahora estaba abrumado y no esperaba nada.

=Debe ser muy tarde! murmuró...si no viniera!...tal vez haya entrado ya, Dios mio!... sin embargo no puedo morir sin volver á verla!...

Se agitaba: apresuraba el paso, y continuaba en su inquietud.

Al cabo de dos ó tres minutos llevó vivamente la mano al bolsillo de su chaleco.

=Yo tenia un reloj, exclamó con acento

tragicómico; y su natural alegría sustituyó á la tristeza y se echó á reir de repente.

—Mi pobre reloj! dijo: verdaderamente era tiempo de concluir, pues estaba bien escaso de recursos!...mas vale irse sencillamente... con una espada en el pecho.... que encender un poco de carbon en una boardilla como los aguadores que hacen un mal negocio: pero veamos que hora es!

Púsose en camino y se dirigió á un almacén de tabaco que se resentia evidentemente de su proximidad al Temple, y donde se vendia al mismo tiempo que cigarros, zapatillas de orillo, tirantes, jabon, cebollas asadas, sal, betun para conservar el calzado, almanaques de la ciencia social, sin perjuicio de otra infinidad de cosas. Franz miró el péndulo colgado en la pared: la aguja marcaba las cinco: Franz se llenó de alegría.

Es la hora en que debe venir: el tiempo está bueno...habrá salido sin duda...y se pueden apostar diez contra uno á que no he esperado en vano. Volvió otra vez al ángulo de la calle de Charlot y continuó su paseo con nuevo ánimo. Al cabo de dos ó tres minutos se detuvo de repente, y permaneció fijo como una estaca con la vista siempre hácia la calle de Saint-Louis.

Acababa de distinguir dos mugeres, la una con papalina y la otra con sombrero, que venian por la misma acera.

Aun estaban muy lejos pero el corazón de Franz latía con tanta violencia!.... No podía enganarle.

Sin embargo las dos mugeres pasaban ahora delante de los almacenes cerrados é iban por la sombra: Franz no las veía, y para conseguirlo esperaba: cuando pasaron por la primera claridad que producía una de las tiendas abiertas. Franz contuvo su respiración.

Los docientos cincuenta francos que tenía en sus bolsillos, resonaron estrepitosamente por que acababa de saltar de alegría.

Era ella; la había visto y reconocido algunos segundos; debía pasar por allí bien cerca de él.

Pero en aquel momento en que su corazón saltaba de alegría, una reflexión vino á amargar su gozo.

Dionisia no estaba sola: la pesada puerta en que estaba recostado en aquel momento, se abriría sí, pero para separarla de él. Joven aturdido, no había pensado en esto: esperarla al paso y verla no era bastante para hacerle volverse loco? solo había pensado en correr.

Ahora quería hablarla: y su voluntad á pesar de ser repentina como el capricho de una muger, no era menos fuerte que la resolución de un hombre: entonces se separó rápidamente y fué á ocultarse detrás de la esquina, sin saber aun lo que hacía: llegan las

dos mugeres á la puerta, una jóven con su vieja criada: esta levantó el aldabon. Franz respiraba penosamente y contenia con las dos manos los fuertes latidos de su corazon.

La puerta se abrió: como era muy pesada, la criada Mariana pasó delante la primera para evitar que su señorita tuviese el trabajo de cerrarla.

En el momento en que la jóven iba á entrar, Franz se lanzó como un relámpago, agarró la empuñadura de hierro del aldabon que servia al mismo tiempo para cerrar, y tiró violentamente de la puerta, cediendo esta con grande ruido: la jóven se quedó aturdida y temblando, tan asustada que no pudo gritar.

Sin embargo, la criada se volvió al ruido de la puerta con el objeto de buscar detrás de si á su señora: despues se volvió á buscarla tambien.... pero nada veia!

El portal estaba bastante oscuro, y los ojos de la vieja no alcanzaban gran cosa, á fuerza de su mucho uso.

Dionisia, señorita Dionisia, dónde estais?

=Dionisia no respondia.

La vieja Mariana seguia buscándola por todos lados; finalmente ya cansada se detuvo.

Habrá pasado entre la pared y yo! gruñó con un poco de cólera: la juventud es tan aturdida! apuesto á que ha subido ya y á que cuando yo llegue la encuentro desnuda.

Estas reflexiones la tranquilizaron completamente, y tanto que entró en el cuarto del portero á tomar aliento.

A algunos pasos de allí, Dionisia y Franz en la calle estaban de pié el uno delante del otro, los dos inmóviles, mudos. La jóven no estaba muy asustada porque habia reconocido á Franz, pero este se hallaba aterrado por la propia audacia, y no encontraba palabras para implorarla á escusarle.

Con todo permaneció entre Dionisia y la puerta para impedirle el paso.

La jóven fué quien rompió primero el silencio.

=Dejadme pasar, caballero, murmuró: se dice que el carnaval autoriza muchas locuras... yo no quiero dar á esta mas importancia que la que se merece, y os prometo olvidarla.

Pronunció estas palabras como afectando un desprecio digno y lleno de calma; pero triunfaba la emocion, la emocion y la ira.

El pobre Franz no tenia la sangre fria necesaria para aprovecharse de esta circunstancia: no vió mas que el desprecio y fué mayor su sentimiento: sin embargo no se movió.

Las cejas de Dionisia se frunciéron ligeramente, y pegó una patada con su piecicito.

Era una jóven de muy corta edad, alta y delicada, cuyo cuerpo tenia esos contornos de-

licados de que tan apasionados son los ingleses: sus movimientos estaban realzados con una gracia exquisita y digna que podríamos llamar *distincion*, á no haber degenerado esta palabra mucho tiempo hace por el abuso popular: iba bestida elegantemente pero con sencilléz: á la media luz de los reverberos se distinguia aunque de un modo vago, la estrema finura de sus facciones.

Habia en ella algo de singular: su hermosura era la de Franz: casi los mismos contornos, la misma dulzura en la sonrisa, y la misma inteligencia brillaba en sus grandes ojos de un azul muy semejante. Solo una espresion de noble reserva en la jóven, reemplazaba al aire atrevido y determinado del adolescente: esto era en general: mas ahora la medalla habia cambiado; Franz con los ojos bajos y la frente sonrosada, tomaba para sí toda la timidéz: Dionisia por el contrario, le miraba imperiosamente y un fiero despecho contraia la pura curva de sus cejas.

Era magnífica su ira: hubiera sido completamente imposible idear una cabeza mas encantadora en un cuerpo mas lindo.

Quien los hubiera visto á aquella media luz, quien hubiera observado sus dos preciosas cabezas, los habria tomado por hermanos.

=Dionisia se incomodaba cada vez mas, y cuando respiraba se agitaba sobre su pecho lentamente la seda de su camail.

—Dejadme pasar, repuso, ó voy á llamar en mi auxilio!

Un momento despues añadió con amargo desden.

Os miraba como á un caballero y creia en vuestro honor.... pero me habeis engañado cruelmente!

Sus palabras eran otros tantos golpes que desgarraban el corazon del pobre Franz: este juntó las manos y dirigió á Dionisia una mirada suplicante.

—Yo os ruego, balbuceaba, que me perdoneis.... Si supiéseis ....

No quiero saber nada, interrumpió la jóven, y os repito caballero que me dejeis entrar en casa de mi mamá.... Sin duda me esté buscando Mariana: la puerta se va á abrir inmediatamente y nos van á encontrar juntos!

—Es verdad, murmuró Franz, con tono sumiso y triste.... no lo habia pensado... Dios mio! no habia pensado en nada, señorita, sino en veros por la última vez.

Dionisia retuvo una palabra severa que iba á pronunciar; sus fruncidas cejas volvieron á tomar su lindo arqueado, y su purpúrea frente se quedó pálida.

—Quiero entrar, dijo aun, pero con calma: si os vais, M. Franz, pediré á Dios que os dé felicidades, y os perdono vuestra imprudencia... mas no sigais deteniéndome.

—Yo parto, dijo Franz.... y sin embargo

no os volveré á ver... gracias por vuestro perdón, señorita... porque si hubiérais quedado incomodada conmigo ¡cuán amarga no hubiera sido mi postrera noche!

La sangre se heló en las venas de Dionisia.

—Adios! señorita: repuso Franz, dejando libre por fin la entrada... Adios Dionisia... permitidme que os llame así, ahora que voy á dejaros para siempre... dejadme decir que os amaba, que os amo con todo mi corazón y que mi último pensamiento será para vos!

La jóven no pensaba en aprovecharse del paso que la quedára franco: sus bellos ojos atemorizados interrogaban á la melancólica fisonomía de Franz, y parecia buscar un pretesto para esperar.

—¿Qué hablais de morir? dijo á media voz, sois un niño, Franz, y me quereis asustar para que os perdone vuestra locura:

Su voz era dulce, y parecia suplicante al mismo tiempo.

Franz meneó la cabeza, y dijo:

—Se puede hablar de morir cuando nada queda aquí abajo... Oh! si existiera algun corazón que me amase.... hubiera sabido guardar mi secreto.... A haber tenido esperanza de que hubiese algo de lástima para un amor tan profundo y ardiente; no hablaria de la muerte, porque sentiria la esperanza de vivir. Debe uno ser muy fuerte, señorita, y capaz de vencer á su adversario por muy te-

mible que sea; cuando se saca la espada, el alma llena de felicidad para defender su vida, no por sí solamente, sino por la muger que adore....

Dionisia bajó la cabeza.

—¿Vais á batiros? murmuró.

Franz hizo una señal afirmativa.

—Quizás contra un espadachin.

Franz no respondió.

—¿Y sabeis manejar la espada?

—No, respondió Franz.

El encantador rostro de Dionisia parecia de alabastro.

—Franz, dijo balbuceando, en nombre de Dios no os batais!

Franz puso la mano sobre su pecho que rebosaba de placer.

—Es indispensable, dijo, conteniendo su alegría.

—Escuchadme, repuso la jóven llena de emocion y de angustia.... no quiero que murais, Franz, ¿qué es necesario hacer para impedir que os batais?

Las facciones de Franz resplandecian de gozo, y aun no espresaban todo el que sentia entonces: cogió la mano de Dionisia y la estrechó contra sus labios.

—Nada hay que pueda impedirme que me bata, dijo con voz vibrante y que espresaba á pesar suyo todo su triunfo: pero batirse no es morir.... y creo voy á deciros la verdad,

Dionisia, creo que si me amarais, mi mano seria fuerte y sabria defender mi pecho!

Sonrosáronse las megillas de la jóven, que bajó los ojos ruborizada: estaba como embriagada y sus rodillas cedian al débil peso de su cuerpo.

—Dios mio! Dios mio! pensaba fuera de sí: podria yo salvarle!

—Compadecedme, Dionisia, repuso Franz, que la atraia contra su corazon, sin hallar ninguna resistencia: decidme que me amais, y mataré á ese hombre que desea mi vida.

Dionisia, la pobre niña no tenia ni fuerza ni voluntad: habia dejado caer su linda cabeza en los hombros de Franz, y repetia maquinalmente:

—¡Dios mio, Dios mio!

Cuando abria los ojos, se encontraba con la ardiente mirada del jóven, que llegaba hasta su corazon, y murmuraba á su oido.

—Os lo fuego, os lo ruego! decidme que me amais.

Dionisia no luchaba ya, y dejaba surcar por sus divinos labios una pura y hermosa sonrisa.

Franz murmuró, rogaré á Dios por vos toda la noche.

—Y me amais!

—Oh! sí, os amo, y si moris yo tambien moriré: algunos pasos resonaron en la calle. los labios de ambos jóvenes se juntaron en un

rápido beso....

Franz se marchó en seguida, y Dionisia se apoyó desfallecida en la pesada puerta de la fonda.

Algunos minutos pasaron antes de que pudiera recobrar la calma perdida, y tomar fuerzas para levantar el aldabon.

Lo que acababa de pasar era para ella un sueño lleno de espanto y turbacion.

Cuando entró en la habitacion de su madre, estaba fria; é inmovil como el mármol.

La señora condesa d<sup>e</sup> Audemer se hallaba sentada en uno de los lados de la chimenea; en el otro, de pié é inclinada saludando graciosamente estaba el caballero que habia dejado sin duda su paletó blanco en la antesala.

—Habeis tardado hija mia, y Mr. de Reinhold os esperaba para ofreceros sus respetos.

El caballero se inclinó sonriéndose.

Dionisia saludó sin saber lo que se hacia.

—Buena noticia! repuso la condesa dando un beso á su hija en la frente: acabo de recibir una carta de vuestro hermano Julian que anuncia su llegada para mañana á mas tardar.

—Aquel querido Julian ¡debe ser un magnifico caballero ahora!

Dionisia parecia no comprender nada: solo tenia un nombre y un pensamiento en el fondo de su alma...

Franz subia háca el Boulevard saltando co-

mo un loco: tan pronto se detenía para contener su alegría, como volviendo al delirio su cabeza de niño, corría de nuevo riéndose á carcajadas y saltando delante de los admirados transeuntes.

## CAPITULO V.

### La Girafa.

a hacia mucho tiempo que estaba cerrado el Temple, y á través del maderage de sus tiendas se veían tres á cuatro faroles de gas, alumbrando tívamente el paso principal. Todo era silencio en aquel no ha mucho tan bullicioso, y donde todo el año se ensaya el codicioso mercantilismo en explotar la miseria dormían silenciosas, solitarias aquellas tiendas tentadoras, que llaman incensantemente al pobre y le prometen armas contra el húmedo frio del invierno; ya no estaba sentada en un taburete de paja de los *puestos* ninguna *sirena* que pronunciára una arenga pública, pero elocuente, para hacer ver al comprador un vestido donde no hay mas que ha-

rapos. El espíritu de la mentira y de la avidez, alma del Temple, dormía por algunas horas: no había [allí mas que un cuadro de covachuelas, resguardadas por cuatro hombres y cuatro perros de la dudosa fé de vagamundos nocturnos.

Cuando por la noche se pasa delante de la blanca columnata de la Bolsa, el silencioso palacio parece descansar de la fiebre del día: el peristilo está desierto: no se oye resonar ningun paso en las piedras de las gradas, y dos pobres centinelas, que ni aun ellos mismos saben lo que hacen, ni lo que son acciones, ni lo que es prima, se pasean solos á lo largo de la reja cerrada.

Comunmente es triste el abandono: pero aquella soledad infunde algo de alegría: se piensa involuntariamente en los felices tiempos en que progresando el mundo no habrá ni quien estafe, ni quien especule; se piensa en la hora en que se pierdan las llaves de aquellas cerradas puertas, en la que el becerro de oro abandonado en la podrida entrada del pavimento, muja solo y llamé en vano á la convertida muchedumbre de sus antiguos adoradores.

Pero esto es un sueño.

Algunos, para el porvenir, ven un bonito jardín en el lugar que ocupa aquel temible santuario: otros trazan con la imaginacion el simétrico plano de un lindo saluasterio.

Varios le reemplazarían gustosos con una iglesia. Algunos otros querían ver allí un teatro: y en suma yo creo que lo mejor sería hacer un hospital para los innumerables heridos de las mortales luchas del agiotaje.

También se sueña delante del vacío Temple; también se piensa si, pero es en la miseria que conduce á aquellos pasadizos tantos centenares de infelices todos los días: resuena en el impasible egoísmo de los que poseen, y en las inútiles agitaciones de los satélites de la ciencia social: los unos callan y se atrincheran en su inexorable bienestar; los otros declaman ¡ay! y se agitan en contorsiones sin fin: se revuelven, enredan, y se esfuerzan: tomando sus delirios por principios, sus caprichos por axiomas. Vémosles moverse desde por la mañana hasta la noche, y lanzarse contra los que padecen la flaqueza de la ira de la debilidad.

Si mañana fueran poderosos destruirían; pero no sabrían construir.

Su corazón abunda en pensamientos generosos: ven el sufrimiento y se indignan; pero en su tenebrosa inteligencia solo hay una novela, comenzada apresuradamente y cuyo desenlace desconocen.

Como los harapos valen más que la desnudez, el Temple es útil: la pobreza se designa en las mentiras ávidas de sus mercaderes, á quienes conoce muy bien y acepta en silen-

cio. El Temple es útil en el mismo concepto en que lo es el Monte de Piedad: su utilidad durará hasta que los hombres de genio que organizan el trabajo en los almanaques, no hayan procurado para cada francés un *minimum* de mil escudos de renta.

La calle Percée y la plaza de la Rotonde participan de la soledad del mercado. Los *leones* y el *elefante*, tabernas rivales que se dividen la fama, contrastaban por su alegre animación, con el silencio vecino. Los faroles de gas colgados delante del mostrador, arrojaban fuera sus destellos, convidando á las secas gargantas.

Los otros puestos mas modestos y que comunmente no pueden sostener la concurrencia, tenían aquella noche su buena parte de compradores.

El vino de á ocho cuartos circulaba en toda la estension de la calle de Petit-Thonas, y los mercaderes viejos y jóvenes mojaban cuanto podian sus lenguas, cansadas por los clamores del dia.

La calle del Temple estaba tal como la hemos visto antes de ser de noche. Siempre habia en ella el mismo movimiento, y el estruendo en vez de extinguirse parecia ir cada vez mas en aumento.

La hora de vestirse para ir al baile no habia aun sonado: porque en aquellos barrios nadie se averguenza de su impaciencia: por

el contrario los mas locos por los mas gloriosos: y á abundaban por las calles los disfraces y se entablaban largas disputas aqui y allá en el singular idioma de carnaval.

Infinidad de curiosos se agrupaban á lo largo de los almacenes de novedades, admirando los terciopelos, las bandas de franjas y los grabados iluminados representando á Balochad y Chicard, los enlodados dioses de las saturnales parisienses.

Si el carnaval durase todo un año, no faltarian bobos ó cándidos, que contemplasen aquello durante trescientos sensenta y cinco dias.

Entre los *cabarets* próximas al Temple una de las mas afamadas despues del *Elefante* y de los *Dos Leones*, es la *Girafa*. Hállase situada en el ángulo de la callejuela de la Corderie y de la plaza del mismo nombre.

Nuestro viagero el caballero baron de Rodach, que hemos dejado en medio del mercado, siguiendo vanamente al jóven Franz perdido en la multitud, no se habia retirado desde entonces. Despues de comer en una fonda inmediata, parecia ahora entregado á nuevas indagaciones.

Los que le veian pasar á lo largo de las barracas abandonadas, le tomaban por un agente de policia: especie que atrae abundantemente la famosa mala fé de aquel barrio.

Nuestro viagero no habia cambiado de traje y parecia cuidarse muy poco del efecto

que producía en los transeuntes.

Cuando salió del mercado se fué al extremo mas distante de la calle de la Retonde: iba como quien tiene un objeto y sabe su camino; pero cuando llegó al extremo de la calle se detuvo de repente.

Una casa completamente nueva se elevaba delante de él, y su admiracion indicaba que no esperaba hallarla.

—Hé aqui un nuevo contratiempo, murmuró sacudiendo la cabeza: el Temple está cerrado: es necesario que espere á mañana para encontrar á Mad. Batailleur.... en cuanto á mi amigo Hans, á menos de que haya hecho una gran fortuna, creo que habrá cambiado de domicilio... este es demasiado bueno para él.... no obstante tales reflexiones, el baron tiró del boton de cobre de la campanilla y entró en el cuarto del portero.

—Mr. Hans Dorn preguntó.

—No sé, respondieron del fondo de un cuartito caliente, y en que se percibia un olor muy pronunciado á cebolla.

Despues añadió:

—¿Qué hace?

—Es mercader de vestidos, respondió el baron y le he conocido en esta casa.

—Cuando era una barraca, replicó el portero: aqui no hay mercaderes de vestidos... ved ahí cerca... los nidos de esa clase de gente no faltan.

El portero permanecía en los límites de su derecho de insolencia, y dió al baron con la puerta en las narices, marchándose este completamente desorientado.

Cuando estuvo en la calle miró aun á su alrededor, como si hubiera querido hallar la casa ausente en que creia encontrar á Hans Dorn.

—Pero dónde hallarle? pensó desandando el camino: Dios quiera solamente que no haya salido del Temple!

—Si está todavía allí, seria necesario llamar á todas las puertas, una despues de otra, y sabré hacerlo para encontrarle.

—Hans Dorn, entraba á aquella misma hora en la tienda de la *Girafa*, cuyo propietario llamado Johann era antiguo conocido suyo: la *Girafa* menos grande y menos frecuentada que las dos tabernas á la moda, servia sobre todo de punto de reunion á los alemanes que abundan en el Temple y que hacen de *motu proprio* reunion aparte:

En la sala de entrada, mercaderes ambulantes que bebian al lado del mostrador, les servia una muger gruesa, colorada y alegre y que agradaba igualmente al aleman y al frances. Era la compañera de Johann, el antiguo escudero de Bluthaupt, y á la que hemos visto en la sala de justicia del scholoos entre el tropel de criadas del anciano Gunther. Se llamaba Luischen, Lottchen, ó Lenchen: pero las gentes del Temple la habian

puesto el mote de la *Girafa*.

Era tan gruesa y rechoncha, como largo y delgado era el animal que la servia de muestra.

Pero era agradable, y su sonrisa parecia invitar á los bebedores.

En una habitacion de medianas dimensiones, que daba á la calle de Puitz, una sociedad bastante numerosa estaba reunida alrededor de dos ó tres mesitas inmediatas. Los convidados eran todos alemanes y celebraban juntos la fiesta de carnaval.

Muy frecuentemente se reunian en la tienda de Johann los mismos convidados que bebían haciendo memoria de sus antiguos recuerdos.

Al pasar la sala de entrada, Hans dió afectuosamente la mano á *la Girafa*; atravesando despues por entre los bebedores, y trasladóse á la sala reservada.

Una alegre aclamacion acogió su llegada: tomó posesion del único asiento que habia vacio; y acto continuo se empezó la fiesta.

Casi todos los convidados reunidos de aquel modo en casa de Johann eran antiguos servidores de Bluthaupt, ó á lo menos emigrados de Wurzburg: ejercian en la ciudad diferentes industrias y la mayor parte las tenían en el Temple.

Johann ya habia pasado los límites de la edad madura; pero á pesar de esto conser-

vaba cierto aire de firmeza y de resolucion: por otra parte, su comercio prosperaba, y toda su persona tenia un aspecto de limpieza y comodidad agradables.

El correo Fritz no parecia tener tantos motivos para estar contento de su suerte: era mercader de vestidos como Van-Dorn; pero sus ganancias no le permitian llevar muy allá su *toilette*: tenia un paletó viejo, gris, usado hasta mas no poder, y un sombrero sin forma determinada que trascendia á baratillero desde una legua.

Al contrario, Hans, que llevaba un vestido decente, no hacia pequeños tratos, y comerciaba en el edificio del Temple: sus amigos sospechaban que tenia en alguna parte una gruesa suma para establecer á su pequeña Gertraud,

Los otros convidados habian desempeñado cargos del servicio del schloos, ó bien alquerías en las dependencias de Bluthaupt, pero unos y otros habian abandonado el Wurzburg en diferentes épocas, obligado por las exigencias ó triquiñuelas de los sucesores del conde de Gunther, habian cambiado de señor con repugnancia, y lo que hubieran sufrido voluntariamente de parte de su hijo de Bluthaupt, les hubiera sido insoportable viniendo de una mano estraña.

La mayor parte de ellos habian probado á quedarse en otras partes antes de ir á París:

los que se habian colocado primero, habian llamado á los otros. Los alemanes son industriósimos, y vividores: casi todos ganan su vida sin atarearse demasiado, y no tenian porque quejarse de su nueva patria.

La noche se habia empezado alegremente, Johann habia sacado su mejor vino: y aun cuando no valia tanto como el del Rhin, se bebia y todos tenian sed: solo Hans tenia en aquella fiesta de familia un aire como distraído y preocupado.

—Ea, hijos míos, dijo Johann al cabo de algunos minutos, empleado en lo que todos podemos figurar: qué tal van vuestros negocios desde la última vez?

—No muy mal, no muy mal! respondieron de todas partes.

—Paris es bueno para los que tienen buena conducta, añadió uno no muy mal vestido, que se llamaba Hermann, y habia sido labrador de Bluthaupt. Cuando uno puede reservarse de la bebida, marcha todo perfectamente.

Toda la asamblea aprobó aquel discurso eminentemente moral, y todos debieron á la salud de Hermann el sabio, que ya tenia un puntito de vino.

El rostro de Fritz se anubló, y miró tristemente á su pobre paletó roto por los dos lados con el cuello lleno de grasa, desprovisto de las tres cuartas partes de sus botones,

lo que no dejaba de hacer un lastimoso contraste con los vestidos de domingo de sus compañeros.

—La bebida, murmuró poniéndose colorado y sepultando su nariz en el vaso, hace olvidar muchas cosas.... Tanto mejor para los que no tienen nada que olvidar!

Fritz era hombre de unos cincuenta años: tenía una gran cara, delgada, pálida y barbuda: las arrugas de su frente y la triste expresión de su mirada, anunciaba el cansancio y el sufrimiento.

Ganaba tanto como los demás, pero todos los días iba á embriagarse solo, no se sabe donde.

—Me gusta, dijo Hermann, que volvamos á vernos reunidos todos otra vez: bien sabeis que no estamos mal: y que desde que hemos abandonado aquel país, ninguno ha faltado á la cita.

—Escepto la pobre Gertraud, dijo en voz baja el tabernero Johann mirando á Hans; pero este estaba tan distraído, que solo oyó el nombre de Gertraud.

—Gracias, vecino! mi pobre niña sigue bien: y me ha encargado que hiciera presentes sus recuerdos á la reunión.

—Todos hicieron una señal de inteligencia.

—A propósito amigo Hans ¿qué diablos tenéis esta noche? frecuentemente se me dice que yo con mi seriedad agrio todas las fies-



tas, cosa nada estraña en mi edad: vos por el contrario; pasais por el alma de la sociedad.... ¿me veré obligado yo á hacer vuestras veces?

Hans hizo un esfuerzo porque desaparecieran las arrugas de su frente y procuró dar á su fisonomía cierto aire de alegría,

—Verdad es que tengo algo, replicó Hans: es una idea que ha cruzado esta noche por mi imaginación y que me ha ocupado tanto, que me ha producido un fuerte dolor de cabeza... pero yo he venido aquí para cantar las canciones de mi país y para hablar de nuestras antiguas historias de Bluthaupt. Cantemos y hablemos, camaradas, este es el medio de curarme.

Hans sacudió los bucles de sus canosos cabellos, y levantó su vaso alegremente, entonando la primera copla de una canción alemana que había resonado otras muchas veces bajo las altas bóvedas de la sala de justicia del castillo de Bluthaupt.

Todos le acompañaron, y el canto repetido en coro, llegó hasta los oídos de los compradores que bebían en la primera sala.

Todos callaron, todos: los vasos se detuvieron á la mitad del camino: mas de un corazón latió violentamente, mas de una lágrima se vertió, era el viento que lleva de improviso la voz querida de la patria, y cuando concluyó la primera copla todos los pobres

emigrados exclamaron ¡Bravo! y bebieron á la salud de los que les hablaban de Alemania.

En el cuarto reservado, aun era mayor la emoción, y cuando Hans empezó la segunda copla, algunas voces de las que le acompañaban estaban temblorosas.

Era uno de aquellos aires melancólicos y sencillos que el sentimiento musical propio de la raza germánica adorna con una bella armonía: la naturaleza de aquel país se retrataba en aquel canto alemán cantado por alemanes.

Cantaban con toda su alma y á medida que las notas se iban apagando, agolpábanse los recuerdos, despertábase el pasado, todos veían en medio del gran paisaje de la montaña, la vieja schloss que elevaba con altura sus antiguas torres.

El último sonido murió con el ruido de los vasos que se chocaban entre sí: un largo silencio se siguió.

—Qué tiempos tan felices eran aquellos! dijo Hermann suspirando.

Hans tenía los ojos fijos en el espacio y la boca entreabierta: parecía sonreirse en el fondo de su memoria.

—Aquellos si que eran tiempos felices, repuso Hans; éramos jóvenes y el dueño del castillo se llamaba aun Bluthaupt.

Hans le dirigió una sonñolenta mirada.

—¿Quién podrá decir si Bluthaupt ha muer-

to?... murmuró.

Johann meneó la cabeza, y cada vez parecía más inquieto: los otros convidados prestaron toda su atención.

Hans movió dos ó tres veces la boca, como si dudara hablar.

—¿Os acordáis de la condesa Margarita? dijo al fin, pero con voz tan baja, que apenas pudieron oírle sus más próximos.

—¿Que si nos acordamos de la condesa! exclamó Hermann.

—La dirijo mis oraciones tan frecuentemente como á mi patrona, añadió Fritz, pues estoy muy seguro de que es una santa!

Hans tenía los ojos bajos.

—Yo hubiera querido que la hubiérais visto como yo, murmuró: aun era como una aparición el nombre de Bluthaupt estaba en mis labios... los convidados le escuchaban con la boca abierta: Johann le examinaba atentamente.

La ventana que daba á la calle de Puits estaba cubierta con unas cortinas de cuadros encarnados y blancos: sus pliegues arrugados y claros dejaban ver la mitad de un cristal de cada lado.

Hermann estaba sentado en frente.

En el momento en que Hans Dorn, iba á tomar de nuevo la palabra, el antiguo labrador hizo un brusco movimiento y señaló la ventana.

Todas las miradas se clavaron allí á la vez. Estaba arrimada á la ventana una cara pálida que se retiró precipitadamente desapareciendo en la oscuridad de la calle.

Hans empezó á temblar y lanzó un grito que procuró sofocar.

—Todavía!...murmuró, todavía la vision!

—Diantre, exclamó Johann colérico, ya vereis como baila vuestra vision, vecino Hans! Voy á enseñarle á que venga á espiarnos como ahora...corred las cortinas Fritz y esperadme un poco.

Diciendo esto se levantó y cogió un palo que había en un rincon, marchándose fuera.

Cuando salió, la puerta de la sala que se había olvidado cerrar con cerrojo, se entreabrió despacito y apareció la yerta figura del idiota Geignolet.

Nadie le vió.

Miró un instante á los convidados con una sonrisa silenciosa y estúpida, despues se deslizó muy despacito en el cuarto reservado y se metió debajo de una mesa, próxima á la puerta.

## CAPÍTULO VI.

**El niño Gunther.**

**J**osé Regnault, ó Geignolet era de cuerpo desmadejado, miembros cenceños unidos por gruesas y nudosas articulaciones, sus pies eran grandes y chatos, sus manos enormes y su pecho hundido y medio oculto por puntiagudos hombros: su grande boca estaba siempre abierta por una sonrisa impasible de idiotismo: era su nariz aplastada y tenia sus saltones ojos cubiertos de mechones de cabellos parduzcos, que no dejaban ver nada de su frente: despues de haberse colocado cómodamente debajo de la mesa, se ocupaba en meter la lengua en un vaso de aguardiente que tenia en la mano. Cuando este quedó vacío, sacó de su bolsillo un frasco que besaba haciendo mil demostraciones cariñosas, volvió á llenar su vaso, que desocupó muy poco á poco y como cuando los

niños pequeños chupan el jugo azucarado de un bombon...

Tanto era su silencio, que nadie habia reparado en él.

Johann estaba fuera: y en el Temple, así como en todas partes, los ausentes son siempre el asunto de la conversacion.

Los que se quedaron cerca de la mesa en el cuarto reservado de la *Girafa*, se pusieron á hablar de Johann: todos digeron que era buen sugeto, pero parecia que se entendian: sonrisas malignas acompañaban á los elogios.

Finalmente, fácilmente se comprenderia que el tabernero no pasaba por santo, y que escitaba entre sus parroquianos carta de confianza.

Siempre hace los negocios de *Causse* (patron) dijo Hermann como conclusion; y en honor de la verdad no es muy buen oficio... le apreciaba mas cuando prestaba á la semana...

Johann volvió y se dejó de nuevo entrecabierta la puerta, arrojando en el rincon el palo, y sentándose con trazas del mal humor.

—En cuanto á estos, mis amigos, nosotros estamos ofuscados.... no hay ningun curioso en la calle de Puits... bebamos un poco para aclararnos la vista...

Bien sabia yo que no encontrarais á nadie, murmuró Hans. Los que se aparecen así en los momentos en que se habla de los muer-

tos, saben ocultarse cuando quieren y no es la mirada de un hombre la que podría descubrirles á pesar suyo....

=Vamos pues!... dijo Johann. Los otros convidados se estremecieron, y Fritz hizo la señal de la cruz.

=Pero qué diablos teneis esta noche, amigo Hans? repuso Hermann, ibais á decírnoslo cuando os interrumpieron.

Lo que yo he visto, dijo el mercader de vestidos, era un hombre de carne y hueso.... pero á qué viene que os hable de esto!... yo soy un pobre tonto.... bien lo sabéis... por todas partes creo ver semejanzas y me parece siempre que Bluthaupt va á cruzar por mi camino....

Hermann le tendió la mano.

=Teneis buen corazon, vecino Hans, dijo, y vos me recordais... por esto es por lo que os queremos!

=Vamos, vamos, esc'amó Johann encogiéndose de hombros parece que estamos en un entierro.... qué diantre! hablemos de los vivos... ó jamás podremos beber todo el vino que os he sacado... vecino Hans, cuándo casais nuestra niña?

=Ah! ah! dijo Hermann, que bonito casamiento si yo tuviera veinte años menos....

=Es todavía muy niña, repuso Hans, tiempo nos queda para pensar en esto.

=Eh! eh! dijo el escéptico Johann, no hay

tales niños... vecino Hans.... y la pequeña Gertraud... tiene ya unos ojos!... bien sé yo lo que me digo.

=Tiene unos ojos... y dinero, repuso Hermann: amigo Hans, ya encontrareis un buen muchacho que la dé una buena posicion y con economías... porque dejémonos de tonterías ; se necesita algunos cuartos para poner una casa... y para qué sirve el amor cuando uno es pobre.

=*Nib de baaisse!* dijo una voz lastimera que salia detrás de la puerta. Juan Regnault no tiene sin embargo un cuarto...

Todos dirigieron la vista hácia el sitio de donde habia salido ia voz, y vieron á Geignolet echado debajo de la mesa, saboreando pacíficamente el vaso de aguardiente.

Johann hizo una seña á los convidados, y se echó á reir.

=No queria hablaros de eso, vecino Hans, dijo, pero parece que el pobre Juan se acerca á vuestra hija mas de lo que convendria.

=Juan es buen muchacho, replicó el ropavejero, trabaja con afin para mantener á su familia....pero confieso que quisiera otra clase de hombre para mi Gertraud.

=Cáspita! digeron todos en coro.

—Geignolet salió de su escondrijo, y se puso á caballo sobre un banco.

=Arre! esclamó con alegría cuando hubo tomado posesion de su ordinaria caballería,

arre! borrica!

Despues añadió en tono lastimero.

—Geignolet tiene mucha sed...pero bien sabe lo que su hermano Juan dice á la señorita Gertraud.

—Ois? exclamó Johann.

—Sí si, repuso Geignolet, y todas las tardes la señorita Gertraud engaña al anciano Hans.

—Habla como un mercader tronado, dijo Herman entre dientes.

—Y qué hace José? Si nos lo dices, tendrás una copita.

—A mí no me gusta el vino, dijo Geignolet con desden; yo quiero cuatro cuartos de *dur* para llenar mi botella.

—Los tendrás, Geignolet.

El idiota se columpió en el banco; Hans esperaba sin manifestar inquietud; y la áspera fisonomía de Johann espresaba una alegría infame.

Geignolet tarareó la singular cancion que era obra suya, y de pronto se puso á gritar:

«Mañana es lunes, y mamá Regnault no podrá pagar su puesto; van á echarnos á la calle; buen martes de Carnaval nos espera; ¡vaya una ocurrencia! ¡A la calle! ¡que gusto!

—Eso ya lo sabemos, interrumpió Johann; ¿Qué más?

El idiota le miró con aire alelado, y le dijo despues de una corta pausa:

—No habeis llenado mi botella.

Johann tomó uno de los frascos de aguardiente que había encima de la mesa, y echó un poco en el del idiota.

—Arre! borrica! grito este golpeando el banco con un trasporte de alegría.

Después volvió á su canción.

«El hijo de Regnault viene por la noche y da todos los cuartos á su madre para que compre pan: y á mi me dá uno para que no diga que vá á ver á la señorita Gertraud, y que la abraza, que la abraza... Vaya una ventura: ¡qué gusto! todos los convidados se sonrieron, y el ropavejero frunció ligeramente las cejas.

—Vecino Johann, si habeis querido apesadumbrarme no lo habeis conseguido mas que á medias... Juan Regnault es pobre, lo sé tan bien como vos, tiene muy buen corazón... y además ¿no sé que Gertraud, preferiria la muerte á desobedecer á su padre?

Johann bajó los ojos con despecho.

Vete! dijo al idiota amenazándole con el puño.

Feignolet se marchó.

—También yo era pobre, repuso Hans que hablaba consigo mismo... y la madre de Gertraud no ha sido desgraciada!...

Johann lo pasaba bien con su almacén de vino, medianamente acreditado, y ejercia además otra industria que le proporcionaba gran ascendiente sobre la pobre gente del Temple.

Hacia los negocios de un hombre á quien llamaban *el Bausse* ó *el gran Bausse*, el patron por excelencia, el cual se encargaba de pagar los alquileres de los mercaderes pobres, llevando un ciento por ciento de interés. Podia ser ese un oficio poco noble, pero era productivo.

Johann no era aficionado á dar. Tenia un sobrino que queria tomar estado, y hacia tiempo que habia echado el ojo para ese mismo sobrino á los maravedises que calculaba habia de tener el ropavejero Hans. Habia contado con esta reunion para empezar á poner en planta su proyecto. Pero habia errado el golpe.

El silencio que se siguió, hizo que cada uno volviese insensiblemente á los recuerdos que habia ocupado los primeros momentos de la reunion.

Todos sin saberlo, tenian el mismo pensamiento, y cuando Hermann, tomando otra vez la palabra, volvió á pronunciar el nombre de Bluthaupt, todo el mundo habia olvidado ya la reciente diversion y el intermedio del idiota Geignolet.

—El caso es, dijo uno, que no se han podido saber á punto fijo los pormenores de esa terrible historia....

—Lo que hace el demonio, un bendedor de franjas, es siempre un secreto... y la ruina de Bluthaupt es obra del demonio.

—Horrorosa noche fué! respondió Hermann.

Todavía me estremezco al pensar lo que debió suceder dentro del castillo!

Fritz quiso beber, pero su mano temblaba y tuvo que dejar el vaso.

—Lo que pasó dentro, murmuró... y fuera!... Oh! si, fué una noche horrorosa! El Helle estaba oscuro como boca de lobo... y me parece que todavía estoy oyendo ese grito que me despierta cuando estoy dormido, y que me obliga á beber... á beber continuamente, á fin de no pensar!

Se pasó la mano por la frente, donde brillaban algunas gotas de sudor.

—Existe un hombre, dijo Johann, que está mas enterado de todas esas cosas que ninguno de nosotros, y ese hombre es nuestro vecino Hans.... Pero nunca ha querido franquearse con sus antiguos camaradas, porque no tiene confianza en nosotros.

Hans no contestó.

—El hecho es, añadió Hermann, que Hans nunca ha desplegado sus labios acerca del particular; y sin embargo estuvo mas de la mitad de la noche en el cuarto de la condesa Margarita... y su muger Gertraud, que en paz descansa, estuvo hasta ser de día.

Hans tampoco contestó. Parecía que estaba engolfado en un mar de reflexiones.

Todos hemos oído decir, prosiguió Hermann bajando la voz, que muy cerca del amanecer, los tres hombres colorados de Bluthaupt

aparecieron en el castillo como acostumbran, de muchos siglos á esta parte, cuando nace ó muere un conde.... Klaus, que está sirviendo ahora en casa de Geldberg los vió correr por la montaña entre las nieblas de crepusculo al volver de Heilderberg, á donde le habia enviado nuestra pobre señora... El primero corria á todo escape, y su cuerpo, encarnado como el fuego, parecia que abrasaba los hijares del caballo que montaba. . El segundo llevaba un niño en brazos....y el tercero tenia atravesada en la silla á una muger desmayada.

Cien veces habian oido contar esta historia los antiguos criados y vasallos de Bluthaupt, pero siempre la oian con interés. Habian representado sus papeles, por decirlo así, en esa misteriosa leyenda, y á algunos pasos de ellos se habia llevado á cabo la obra del demonio.

—El niño era el hijo del diablo, dijo Johann: y la muger era Gertraud, con quien se casó seis meses despues nuestro vecino Hans.

Hans le miró con severidad, y dijo con mucha calma.

—El niño era el legitimo heredero de Bluthaupt, y la muger era una criatura angelical que en este momento se postra á los pies del Señor, é implora por nosotros su misericordia.

Johann reprimió un movimiento de impaciencia.

—No hay que disputar con vos acerca del

particular, vecino Hans: estais enterado de todo y nosotros nada sabemos. Pero porqué cuando os preguntamos, como buenos hermanos que somos, guardais siempre el mas profundo silencio.

—Soy débil, contestó Hans: mi hija no tiene mas apoyo que el mio... si mis palabras pudiesen favorecer al heredero de nuestro señor, bien sabe Dios que hablaría sin temor de ser victima de su venganza.

—¿De la venganza de quien? preguntó vivamente Johann, cuya mirada tomó un aire cauteloso.

—Son hombres poderosos, prosiguió Hans, en vez de contestar: nada podemos contra ellos, ni nada podemos hacer tampoco en favor del hijo de Bluthaupt.

—Luego no fué el Diablo, murmuró uno de los convidados, el que ahogó al conde de Gunther y á la condesa Margarita?

—El Diablo es un buen fiador, dijo Hermann, y los tontos se encargan de aumentar su reputacion.

—El resultado es, vecino Hans, añadió Johann con indiferencia, que el niño, sea ó no hijo del Diablo, ha sido criado por vuestra muger y debéis saber lo que ha sido de él.

—Ojalá lo supiera! murmuró el ropavejero. Acerca de este punto, añadió levantando la voz, nada tengo que ocultar y puedo explicarme.... Despues que murió el conde Gun-

her, nos retiramos Gertraud y yo á las dependencias del castillo de Rothe, donde vivia con mi familia, pues yo nací vasallo de Ulrich de Bluthaupt....El niño estaba con nosotros....Gertraud y yo le criábamos en secreto....Los tres hijos de Ulrich eran los únicos que conocian el misterio y venian algunas veces á visitar nuestra cabaña.

«Entonces eran muy jóvenes y muy pobres. Estaban proscritos, no tenían dinero, ni abrigo, pero comian pan seco y bebían agua para atender á las necesidades del niño á quien los tres amaban con pasión.

«Muchas veces vi al noble Otto con los ojos humedecidos, mientras contemplaba el tranquilo sueño de su sobrino. Sin duda se acordaba de la condesa, de la que era un vivo retrato el hermoso niño.

«He visto á Goetz el indiferente, y á Alberto el frívolo, recostarse, pálidos de emoción sobre la cama.

«Si Dios lo hubiese permitido, el niño Gut-her hubiera tenido tres valerosos apoyos en la vida, porque los bastardos tienen un gran corazón.

«Era hermoso. La tierna alma de su madre se retrataba en sus grandes ojos azules. Gertraud y yo hubiéramos dado nuestras vidas por ahorrarle una sola lágrima.

«Pasaron cuatro años. Mi mujer dió á luz esa pobre criatura, que en el día lleva su nom-

bre y que es mi único bien en la tierra. Los tres bastardos dejaron de pronto, por aquel tiempo, de visitar nuestra casa. Sus enemigos triunfaban: la policía austriaca había descubierto el secreto de su vida errante y los había encerrado en las cárceles de Viena.

«No sabemos lo que pasaba en las inmediaciones del castillo de Bluthaupt, pero parece que los antiguos arrendatarios del conde continuaban ocupándose de la catástrofe que había marcado la noche del día de todos los Santos. Dominados por su ignorancia, amiga de todo lo sobrenatural, seguían dando el nombre de hijo del Diablo al heredero de su señor.... mejor que yo debéis saber eso vosotros, Hermann y Fritz, porque todavía estabais en Wurzburg.»

—Uno no puede decir más que lo que oye contar, replicó Hermann con cierta cortedad: todos los que hablaban del niño afirmaban que el demonio era su padre... y verdaderamente, vecino Hans, el conde Gunther murió muy viejo!

Johann que había escuchado á Hans con la mayor atención, hizo un gesto de aprobación, y sonrió maliciosamente.

Fritz bebía. No pestañeaba... movía los labios de cuando en cuando, pero no se oían las palabras que pronunciaba.

—Se ocupaban mucho de nosotros, continuó Hans. Habíase traslucido el secreto de

nuestra conducta.... sabian que el pretendido hijo del Diablo estaba en nuestra casa... y por una estraña contradiccion, los vasallos de Bluthaupt, al mismo tiempo que daban ese maldito nombre al hijo de su señor, le esperaban como el Mesias.

«Eran muy desgraciados, como debeis saberlo mejor que yo, los que permanecisteis en el pais! Los traficantes que habian reemplazado á los nobles condes hacian pesar toda clase de exigencias sobre sus pobres arrendatarios. Los hermosos campos de Bluthaupt que tan ricos y fértiles los habiamos conocido, no daban ya al labrador para su necesario alimento. Todo pasaba á manos de sus inicuos amos; y los arrendatarios vencidos por la miseria, dirigiau la vista á su alrededor en busca de otra patria.

—Es cierto, murmuró Hermann; todo habia cambiado!

—Los hombres, prosiguió Hans Dorn que se habian introducido en el castillo durante los últimos años de la vida del anciano conde, Mosses Geld el judio, Yanos, Mira, Van-Praét, Regnault y los otros estaban aun en el pais.

Al oír el nombre de Regnault, dirigió Fritz una mirada aterrado al ropavejero.

—Solo yo vivia en las márgenes del Hœlle, balbuceó con ininteligible voz, y hace vein-

te años que no duermos!

Hermann y los demás convidados le impusieron silencio. Johann cuidaba de que los vasos estuviesen siempre llenos; y además escuchaba con la mayor atención. Hans continuó.

—Un día, mi pobre mujer se había quedado sola en casa: estaba dando de mamar á su hija, y el niño Gunther se había salido á jugar. De pronto oyó unos gritos lastimeros cerca de la puerta. Dejó á Gertraud en la cuna y corrió á ver qué era lo que ocasionaba aquellos gritos.

«El niño Gunther había desaparecido. Oíanse todavía á lo lejos sus débiles gritos, y mi mujer divisó en medio de un torbellino de polvo á un caballero muy alto que huía á todo escape por el camino real. Se le figuró que era Yancs.

»Los tres hijos de Ulrich lograron escaparse de las cárceles de Viena. Vinieron á pedirme cuenta del depósito que se me había confiado, y por toda respuesta les enseñé una cuna vacía.

»Muchos años se han pasado desde entonces. Mi pobre Gertraud ha muerto. He buscado al hijo de mi señor con perseverancia y sin cansarme. Otro tanto han hecho los tres bastardos, á pesar del peligro que los amenazaba: pero hasta ahora todas nuestras pesquisas han sido inútiles.

«Los que se apoderaron del niño han sabido ocultarlo... y tal vez ha sufrido el último Bluthaupt la suerte de toda su familia.»

Hans calló, y apoyó la cabeza en las manos.

Los convidados habían esperado mucho más de esa historia, que su imaginación había adornado con misteriosas maravillas, Johann sobre todo era el que más descontento se mostraba.

—Cómo es eso, dijo bruscamente: el hijo del diablo ha muerto?

—Cuando menos es de presumir que así haya sucedido, añadió Hermann; y como los otros son bastardos, la familia de los Bluthaupt ha dejado de existir.

Resonaron una media docena de suspiros al rededor de la mesa: era la oración fúnebre de Bluthaupt.

Hans atormentaba con la mano las espesas masas de sus encanecidos cabellos.

—No sé, murmuró, contestando á su propio pensamiento... Dios mio!... no sé!... nunca he visto una semejanza igual! Y no puedo apartar de mi memoria su infantil rostro que se sonríe siempre á mi vista.

—No lo he dicho todo, rumió Johann: algo más hay.

—Si fuera él! continuó Hans, cuyos ojos se iban animando por momentos... si yo hubiese vuelto á ver al heredero de Bluthaupt!

Hermann abrió la boca para hablar.

—Silencio! le indicó Johann, guiñando el ojo.

Hans juntó las manos y miró al cielo.

—Cuanto mas lo pienso, mas lo creo, dijo.

Debe ser él... nadie mas que él puede ser!

—¿Y dónde está? preguntó Hermann, que no pudo contenerse por mas tiempo.

El entusiasmo de Hans se apagó, y su animado rostro de se puso pálido.

—Soy un loco! murmuró con triste sonrisa. Bebed, compañeros, y no participeis de mis ilusiones. Hoy he visto á un hermoso jóven que me ha recordado la condesa Margarita... Verdad que se parece á nuestra buena señora de un modo extraordinario.... ¿Pero aun cuando efectivamente fuese ese hermoso jóven mi querido Gunther, habria motivo para alegrarnos?

—Somos una docena, dijo Hermann con calor, y tenemos buenos brazos... El niño no careceria de nada.

—Gracias por vuestra generosidad, replicó Hans: si algun dia necesitais de un amigo llamado á mi puerta... pero nuestros brazos de nada podrian servir al jóven de quien hablo, añadió con marcada tristeza... Dentro de algunas horas, acaso se habrá acabado todo para él... Por otra parte, seriamos muy pobre apoyo para el hijo de los condes... sus protectores naturales no están aquí: las pesadas puertas de la cárcel de Francfort se ir-

terponen entre los bastardos y la libertad.

Meneó la cabeza y alargó su vaso á Johann, este le echó lo que quedaba en la botella, y salió para bajar á la bodega.

Siguióse un momento de silencio. Hans se quedó cabizbajo, olvidándose de que tenia el vaso en la mano.

—Es una locura! exclamó al fin con una especie de arebato: los hijos de Ulrich morirán en las cárceles de Austria... qué importa que el niño viva ó muera!

Lavantó el brazo, y cuando iba á beber le tocaron en el hombro por la espalda. Volvióse y se estremeció.

Habia un hombre que nadie habia visto. Era un caballero muy alto, embozado en una capa empolvada, y cuyo pálido rostro ocultaba en parte un ancho sombrero; pero no tanto que no pudiera conocerse que era el mismo que momentos antes se habia asomado á los vidrios de la ventana.

Hans iba á pronunciar su nombre; pero no llegó á hacerlo, porque el desconocido le impuso silencioso con un gesto imperioso y le hizo seña que le siguiera.

## CAPITULO VII.

## Un aparecido.

Quando el desconocido se retiró seguido, de Hans Dern, los convidados de la *Girafa*, se quedaron por un momento mudos y petrificados.

Luego se miraron unos á otros, como si á todos se les hubiese ocurrido el mismo pensamiento. Ninguno preguntó el nombre del recién venido.

—Cuando se habla del rey de Roma luego asoma, murmuró el vendedor de franjas, ¿le habeis oido abrir la puerta vosotros?

Todo el mundo confesó negativamente?

Hermann se levantó, é hizo girar dos ó tres veces la puerta sobre sus goznes, los cuales chillaron con bastante fuerza.

Hecha esta prueba, volvió á sentarse Hermann, y bebió el vino que quedaba en su vaso.

—La puerta chilla, prosiguió: y la experiencia ha demostrado que las botas meten ruido en el piso.... Con todo, no puedo persuadirme de que halla entrado por el ojo de la llave aun cuando sea el mismo diablo: porque su corpulencia es algo mas que regular.

—Y vos, Hermann, le habeis conocido? preguntó uno de los bebedores.

—Como que lo juraria! contestó el antiguo labrador.

—Cuál es ese?

—Ahi está el iten de la dificultad! Bien hace veinte años que no los he visto.... y nunca he podido distinguir uno de otro.

Johann volvió á aparecer con nuevo esfuerzo de botellas. Por una especie de convenio tácito, todos los convidados se callaron á la vez, ni una alusion siquiera á lo que acababa de pasar.

Vivamente se miraban de cuando en cuando á hurtadillas, manifestando la mayor sorpresa.

Ninguno hizo caso del vino que Johann acababa de traer. Todos estaban violentos, menos Fritz que seguia bebiendo sin descansar, y no tomaba la menor parte de la preocupacion general.

Balbuceaba con el vaso en los lábios una especie de monólogo, con frecuencia interrumpido. Hablaba de Bluthaupt, y de un grito de agonía que resonaba en el fondo de

su memoria; decía que á la luz de la luna veía el pálido rostro de un cobarde asesino.

Pero como todos sabían que Fritz tenía el vino lúgubre, y que siempre que se emborrachaba sacaba á cuento la misma historia, nadie hacía caso de lo que decía. . . .

Hans y el desconocido atravesaban con paso lento la calle Dupetit-Thouars. Los pálidos rayos de los reverberos alumbraban al baron de Rodach, embozado en su ancha y sombría capa.

Era el mismo á quien poco antes se había visto, espiando desde fuera lo que pasaba dentro de la taberna de la *Girafa*.

Desde el momento en que llamó á la puerta de aquella casa nueva que reemplazaba la antigua vivienda de Hans en la calle de Beaujolais, no dejó el baron de continuar ni un solo momento sus investigaciones. La calle de Beaujolais no es larga: había entrado sucesivamente en todas las casas que tiene, y en ninguna supieron darle razon del ropavejero Hans Dorn.

Hay en las inmediaciones del Temple tantos ropavejeros y tantos hombres tudescos!

La nueva habitacion de Hans estaba separada de la calle de Beaujolais, nada menos que la plaza de la Rotonde.

En París, las gentes domiciliadas en los

dos extremos de una plaza de la estension de la que acabamos de nombrar, no se conocen.

— Cuando el baron llegó á la última casa de la calle de Beaujolais empezaba ya á perder toda esperanza. Ya no sabia á donde dirigir sus esfuerzos. Acaso Hans Dorn habria abandonado el Temple: podia ser muy bien que hubiera salido de Paris: quizás habria muerto...

De pronto se le ocurrió la idea de recorrer las numerosas tabernas que rodean el mercado: pero sabia que el antiguo page de Bluthaupt, de carácter distinguido y orgulloso, no podia participar de los vicios inherentes al estado social en que la suerte le habia colocado. Rodach adivinada que la taberna no era el retiro favorito de Hans. Con todo se decidió á visitar los templos de Baco.

— Me informaré de la primera cara alemana que encuentre, dijo para sí, y pronto adquiriré noticias.

Detúvose delante de la taberna situada en la esquina de la calle de Fores, el *Campo de la Loba* y en ella vió mugeres embriagadas que se entregaban á los mayores excesos, y famosos matones; porque en el Temple no escasea esa clase de gentes. Entre las caras encendidas y brutales que rodeaban el mostrador no vió Rodach ninguna que pudiera servirle para sus deseos. Siguió adelante, y despues de haber visitado dos ó tres tendu-

chos indecentes, llegó á la ilustre puerta de los *Dos Leones*, bajo del peristilo de la Ronda.

El café Tortoni del Temple estaba de bote en bote. La aristocracia del mercado concurría á él en tropel. A pesar del día y la hora, se hablaba en él de negocios; levitas usadas circulaban de mano en mano y se vendían diez veces, antes de llegar á su definitivo propietario.

La mayor parte de los taberneros del Temple son al mismo tiempo prestamistas. Los datos que hemos recogido acerca del precio del interés usual escuden todos los límites en lo creíble y nos ocuparemos de ello en otra parte.

El baron siguió andando, augurando que nada podía adelantar en medio de aquella multitud atareada. Vió *el elegante, el León de Oro, las dos botás*, y una amable botillería donde las damas de Temple se reúnen á tomar café.

Únicamente en la calle de Puits, en que había entrado cansado de andar, encontró al fin lo que buscaba.

A través de los amarillentos vidrios de una tabernilla vió á Hans y á sus compañeros. No se le ocultó el movimiento de Johann agarrando un palo para echarse á la calle: se alejó precipitadamente y dejó que pasaran algunos minutos para volver.

Al cabo de este tiempo, entró en la primera sala, donde la Girafa distribuía graciosamente medias cañas y sonrisas. Hizose servir un vaso de vino en el mostrador. Los que allí estaban, hablaban por los codos, formando grupos sumamente animados.

El baron, cuya entrada escitó al principio alguna sensacion, fué muy pronto olvidado. Tomóse tiempo, entreabrió haciendo un esfuerzo insensible la puerta de la sala reservada, y aprovechó la salida de Johann para introducirse sin ser visto.

Era el momento en que Hans Dorn hablaba del jóven desconocido, y de la estraña impresion que habia experimentado al verle.

Cuando estuvieron fuera, anduvieron Hans y el baron un corto rato guardando el mas profundo silencio. Hans estaba profundamente conmovido; no encontraba palabras. El baron meditaba.

—Bendito sea Dios, mi buen señor! dijo por fin el ropavegero; no esperaba volver á veros.

El baron que apresuraba el paso involuntariamente, empujado por la agitacion interior que experimentaba, se detuvo de pronto. Hans miraba con respeto y amor el noble y varonil rostro de Rodach, que la sombra de su encasquetado sombrero ocultaba en gran parte.

En el momento en que Hans iba á con-

tinuar, el baron le interrumpió con un gesto.

—Habládme del jóven, dijo.

—Si oisteis lo que estaba diciendo en la taberna, replicó Hans, poco nuevo podré añadir. Esta tarde he venido á casa, y cuando le vi, se me figuró que la condesa Margarita habia salido del sepulcro.

—Rodach se puso mas pálido.

—Se le parece, añadió el ropavejero: son sus mismos ojos, su misma amable sonrisa.

—Lo sé, dijo Rodach: le he visto.

—¿Y qué pensais?

—Es él.

Hans se puso las dos manos sobre el corazón.

—Luego Dios es quien os ha enviado..... murmuró.

—¿Os ha dicho su nombre? preguntó Rodach.

—Se llama Franz.

El baron no pudo contener un movimiento de alegría.

—Ya lo veis! exclamó: es un nombre alemán.

Hans meneó la cabeza.

—Si solo á ese indicio nos atenemos, mi buen señor, replicó con tristeza, podemos equivocarnos, porque ese jóven dice que es frances y no sabe nuestra lengua.

Borróse la espresion de alegría que animaba el semblante del baron.

—Con todo, creo que es él, dijo: estoy seguro.... me lo dice el corazón! La mano de Dios ha pesado por mucho tiempo y la suerte nos debe una rebancha. ¿A qué fué á vuestra casa?

—A vender su ropa.

—Luego está pobre?

—Nada tiene.... He estado hablando con él por espacio de diez minutos y sé toda su historia: tiene muy buen corazón, es aturdido como un niño y valiente como un veterano.. Ha sido algun tiempo dependiente de una gran casa de comercio, cuyos gefes le han despedido sin motivo... Ha vivido por espacio de un mes; ó dos de los ahorros que tenia. La ropa que me ha vendido es el último recurso que le quedaba, y piensa gastar su valor esta misma noche.

—Importaba mucho? preguntó el barón.

—Doscientos cincuenta francos.

Y en qué los vá á gastar.

—Tiene que hacer muchas cosas, contestó Hans. En primer lugar va á pagar algunas deudas....que ascienden á unos dos lúces...luego tiene que alquilar un traje de máscaras....y pagar un almuerzo en el café Inglés.

—¿Qué mas?

—Mañana á las seis teine un desafio, añadió. Nunca ha manejado la espada y quiere tomar una leccion para presentarse como es debido.

Al oír los pormenores dados por el repa-  
vejero, el baron de Rodach se había sonrei-  
do involuntariamente. Se representaba con una  
especie de complacencia paternal á aquel  
hermoso niño, aturdido como su edad, y dis-  
puesto á dar su último sus por una noche  
de locura. Pero al oír la palabra desafío, su  
fisonomía cambió de aspecto, y la altivez de  
su mirada se hablando hasta pintar el mas  
tierno cuidado.

—Un desafío!....murmuró...Tan jóven....  
¿y manifestaba estar asustado?

—Por el desafío?...Lo mismo que por el  
baile! replico Hans. Se reía al confesarme  
que no sabía manejar el florete, y su adver-  
sario, á pesar de ser muy diestro en mate-  
ria de armas, se verá muy apurado con él.

—Su adversario es hombre diestro! dijo Ro-  
dach frunciendo el entrecejo.

—Es uno de los mejores espadachines de  
Paris!

—Sabéis como se llama?

—No me lo dijo el jóven.

Rodach dió algunos pasos sumamente agi-  
tados. Su imaginacion recordaba involunta-  
riamente la conversacion que había oído al-  
gunas horas antes en la calle de Fontaines.  
Hans le seguía cabizbajo.

El buen mercader reflexionaba, y sus re-  
flexiones eran muy alarmantes. Se podía a-  
postar diez contra uno que ese salvador, cu-

ya venida saludará con tanta alegría, había llegado demasiado tarde.

Cómo encontrar al joven entre la baraunda de gente que iba á invadir Paris en aquella noche de alegre locura? Y al amanecer del otro dia, debia verificarse un desafio á muerte, un combate desigual en que el joven Franz se presentaba sin miedo, pero sin esperanza de vencer, y como una victima designada á sucumbir.

Dentro de algunas horas, ya no habria á quien proteger, y la esperanza que se acababa de concebir iba á desaparecer para siempre!

Las mismas ideas ocupaban al baron, y la inquietud de Hans era infinitamente menor que las angustias que á Rodach atormentaban.

Mucho habia padecido durante su vida, pero este momento reasumia todos sus tormentos anteriores.

En ese joven amenazado de muerte, se encontraban todas sus esperanzas y todos sus recuerdos.

Pero los años de su juventud y de su edad madura habian sido una larga y empeñada lucha contra la desgracia: todo choque por fuerte que fuera, le encontraba siempre animoso y fuerte.

Al cabo de algunos minutos, se detuvo bruscamente y se volvió á su compañero.

—Y no le habeis disuadido de su propósito? dijo.

—Acordaos de cuando teniais diez y ocho años, replicó el ropavejero, qué hubierais contestado al que os hubiese dado consejos la vispera de vuestro primer desafio.

—Yo era un loco!

—Por sus venas corre la misma sangre caliente y soberbia que en las vuestras, continuó el ropavejero...El mismo Satanás no le haria retroceder una línea.

Rodach hizo un movimiento que manifestaba la satisfaccion que las palabras de Hans le habian causado.

—Mejor! mejor! dijo involuntariamente.

Hans dió un gran suspiro, y el entusiasmo del baron cesó.

Cruzóse de brazos y dió una patada en el suelo.

—Es preciso que le encuentre: puedo disponer de una noche entera.

—Quince años hace que le ando yo buscando; murmuró el pobre Hans.

Rodach se levantó el sombrero, pasó sus dedos por sus largos cabellos negros; luego levantó la cabeza como si se le acabára de ocurrir una feliz idea.

—Habeis hablado de una leccion de armas? dijo.

—Despues del disfraz, que era lo que mas le ocupaba! replicó Hans.

—Y no os dijo á qué sala de armas iba á dar esa lección.

—Puede que me lo dijese, pero no me acuerdo.

—Pues recordadlo, recordadlo, replicó Rodach impetuosamente: se trata de su vida.

El pobre Hans, recurrió desesperadamente á su memoria.

—Esperad un poco!... Dios mio!... Yo creo que me lo indicó....pero como no entiendo de esas cosas, por mas que hago no puedo acordarme.

Y se apretaba la frente con las dos manos.

—Esperad, esperad! repitió!... me parece que me dijo: «Voy á ir á la primera sala de armas.»

—Pronunciaria un nombre.

—Ese nombre le tengo ahora en la punta de la lengua, exclamó el ropavejero haciendo sobre humanos esfuerzos para dominar sus rebeldes recuerdos....Es un nombre que he oido otras veces....un nombre que conozco... Cuál es el maestro de armas mas afamado?

—Grisier?

—Grisier! exclamó Hans dando un salto de alegría.

Rodach respiró.

—Hace muy pocas horas que he llegado á Paris, pero desde que he llegado parece que

Dios me conduce por la mano. Amigo Hans creo que nuestra estrella no ha caído del cielo para siempre.

—Grisier! repetía el ropavejero.... Ese es el nombre...estoy seguro

—Salvaré al joven, añadió Rodach: si es el que buscamos, demos gracias á Dios! y si es un desconocido su suerte le valga!

Dió la mano á Hans, se embozó y se alejó precipitadamente dirigiéndose al Boulevard.

Hans quiso hablarle pero ya estaba lejos y no podía oírle.

Velase unicamente su negra sombra al pasar de reverbero en reverbero , y oía el ruido de sus sonoras espuelas.



## CAPITULO VIII.

**Una familia patriarcal.**

Las oficinas de la casa de Geldberg Regnault y compañía estaban situadas en la calle de la Villel<sup>e</sup>-Evegue, que es una de las mejores del barrio de San Honorato.

Era un soberbio palacio, edificado por algun elevado personage al principio del reinado de Luis XVI, y que de revolucion en revolucion habia pasado al dominio del comercio.

Mr. de Geldberg habia hecho construir espaciosas oficinas, donde un sin número de dependientes arañaba con plumas de acero el papel rayado de los libros de caja.

Estos dependientes se daban mucha mas importancia que los gefes de seccion de los ministerios. La alta consideracion de que gozaba la casa de Geldberg, se revelaba hasta en sus empleados, que eran personages.

Los agentes infundian respeto; los tenedores de libros os hubieran inspirado veneracion sin igual, y los gefes de correspondencia solo podian compararse á abogados del Tribunal real ó á subprefectos.

Era maravilloso ver como estaban montadas aquellas oficinas-modelos. Los cobradores eran veteranos del imperio. Los papés de los supernumerarios ocupaban un asiento en el palacio de Borbon. En el almanaque Bottin figuraban los dignatarios de las oficinas, y delante de sus nombres habia dos ó tres signos de imprenta que indicaban las condecoraciones mas lisongeras.

Allí todo inspiraba confianza, todo indicaba un órden perfecto. Las botas charoladas chillaban sobre el encerado suelo. Los dedos de los cajeros eran de terciopelo; los escudos contados rápidamente, producian una armonia sumamente agradable.

Cuantos están mas ó menos interesados en el comercio parisiense han conservado sin duda un religioso recuerdo de la casa Geldberg Regnault y compañía. Todos interiormente se asociarán á los elogios incompletos que aquí se hacen de tan recomendable historia.

En 1844 dirigia la casa el jóven Mr. Abel de Geldberg, auxiliado por dos de los principales asociados: el caballero de Regnault y un médico extranjero muy rico, que se habia dedicado al comercio: este médico, que solo visitaba por aficion, se llamaba D. José Mira.

Mr. de Geldberg, padre, era muy anciano, y estaba considerablemente acabado por las fatigas de una vida laboriosa. Era uno de esos

hombres industriosos é inquietos que se agitan, se esfuerzan y fatigan durante todo su vida, y que al cabo y al fin no gozan del fruto de sus afanes. Estos hombres se parecen á los gusanos de seda que tejen el capullo que debe servirles de tumba. Ellos tejen millones, y sus agradecidos herederos les levantan un mausoleo de mármol en el cementerio del padre Lachaise.

Muchos años hacia que Mr. Geldberg se habia retirado completamente de los negocios. Sus hijos y sus asociados, que le profesaban cierto culto, pretendian que el buen anciano gozaba de la calma feliz que habia reemplazado los trabajos de su vida. Nada tenia eso de extraño: todo lo contrario, parecia muy natural.

Con todo, tante en las oficinas como fuera de ella circulaban vagos rumores que ponian en duda la pretendida felicidad del anciano baquero.

Deciase que su retirada de la vida activa no habia sido enteramente espontánea.

El comercio es, despues del juego, la mas seductora de todas las ocupaciones. La *traficomania* es una enfermedad que no tiene cura. El jugador moribundo ve con sus turbados ojos la carta que desea; el comerciante hace cálculos en sus postreros momentos, y la suprema caricia de su debilitado espíritu es para la operacion que ha soñado, y que

llena su pobre cabeza de cifras jesuíticas y de adiciones usureras.

Todo el mundo sabia que Mr. Geldberg era el mismo negocio. ¿Como creer en tan súbito amor al descanso? la abdicacion es muy posible en un emperador, por eso se concibe la de Dioshesiano, de Carlos V, la de Casimiro de Polonia. Pero en un banquero es inverosimil.

Deciase que el respetable anciano habia cedido á un complot de familia, en el cual habian tomado parte sus asociados, su hijo, el brillante Abel de Geldberg, Mad. de Laurens, y la condesa Lampior y Lia, la amable niña, que tan buenos y cariñosos cuidados prodigaba á su ancianidad.

Todos en este complot habian tenido presente únicamente el interés del anciano; ¿y cómo podian obrar de otra manera las hijas de Mr. Geldberg, ángeles de piedad filial? Mr. Abel valia por lo menos tanto como sus hermanas, y en cuanto á los dos asociados eran tan bellos sugetos!

Habian querido obligar al anciano banquero á que descansára; este es todo el secreto: le habian separado de un trabajo muy perjudicial á su mucha edad. No por eso habia dejado de ser el gefe nominal de la casa, y bien sabe Dios que le pagaban en respeto el doble de lo que le habian quitado en poder.

Sus asociados se arrodillaban delante de él;

sus hijos le adoraban: era para todos un ídolo, pero un ídolo que habían encerrado en un escaparate.

Estaba resignado: nada tenía ya que ver con los negocios de la casa. Nada sabía de lo que pasaba, y cuando casualmente sus asociados le pedían algún consejo, les negaba rotundamente el apoyo de su mucha experiencia.

La retirada de Mr. de Geldberg se había verificado á fines de 1838, durante lo mas recio de las famosas saturnales industriales, que pusieron en conmocion á toda la Francia. Hasta entonces la casa no se había separado del derecho sendero del antiguo comercio. Había desp'umado al prógimo, siguiendo el método antiguo: nada había arriesgado. Sus ganancias eran infalibles y sus cuentas claras jugada á golpe hecho, y el nivel de su caja que subía despacio, no sufría reflujo.

La marcha de la casa sufrió un cambio notable, despues de la retirada del anciano Moses. Las sociedades en comanditas que no habían tenido nunca cabida en ella se introdujeron por la puerta que estaba entornada. El betun entró fraudulentamente del paletó blanco del caballero de Regnault; Abel y Mad. de Laurens sirvieron de rodrigores á las acciones de caminos de hierro. El nombre de Geldberg y compañía se imprimió en

gruesos caracteres en la última página de los periódicos, y su caja tragó millones que no se sabe por donde pasaron.

Su casa no dejó por eso de conservar la reputacion de su proverbial austeridad. El sentido de las palabras cambia cuando se aplica al comercio; y solo la sujecion puede transformar de un dia para otro el honor mercantil en infamia. Con todos, los antiguos corresponsales decian que las cosas hubieran ido de otra manera, si el anciano Mosses no se hubiese retirado.

Añadian que este excelente sugeto no ignoraba completamente lo que pasaba á su alrededor, y que estaba muy disgustado. Efectivamente Mr. de Geldberg cuando las oficinas de la casa, de la cual habia sido gefe, estaban abiertas al público, se encerraba en su cuarto, y nadie, ni sus mismos hijos, ni su ayuda de cámara podia penetrar en él.

Quería estar solo, absolutamente solo desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde.

Nadie sabia en lo que se ocupaba durante este tiempo y no porque no tratasen de averiguarlo. Sus hijos particularmente habian hecho lo posible para descubrir tan extraño enigma, pero no pudieron conseguirlo.

Todas las preguntas eran inútiles, todas las tretas de que se valian se estrellaban en el obstinado silencio del anciano.

Hacia seis años, que todo los días, sin la menor escepcion, se cerraba y abria la puerta á la misma hora.

En las oficinas y en la cocina se hablaba de tan estraño misterio, y el desenlace de estas conversaciones era siempre el mismo.

=¿Qué hará? preguntaban.

En su cuarto no habia nada que pudiese ocupar su soledad. No era pintor, ni cerrajero, ni tornero: los libros de su biblioteca que se componia esclusivamente de algunas obras judáicas, estaban cubiertos de polvo; no leía. Su cama estaba intacta; no dormía. No tenia ni piano, ni violin.

¿Escribía sus memorias?

¿Qué hacia? ¿Qué hacia?

El problema quedaba sin resolver.

A las cinco bajaba al salon. Recibia como si tal cosa, las caricias de sus hijas. Presidia la comida y se sentaba concluida esta, en medio de sus hijos que estaban reunidos.

Una parte del piso bajo de la casa se habia destinado al estado mayor de las oficinas; y alli estaban las cajas de las diferentes sociedades por acciones. El salon oficial, donde se reunian los tres asociados, y al que daban el pomposo titulo de *sala del consejo*, estaba situado en el piso principal.

La parte restante del piso bajo era la habitacion del doctor José Mira, menos dos pabellones que daban al jardin, y que estaban

reservados para las señoras de Geldberg.

En el primer piso, Mr. de Geldberg ocupaba el ala derecha que daba á la calle de Astorg: el ala izquierda estaba ocupada por la condesa Lampior y Lia. El centro del edificio contenia las salas comunes.

En el segundo piso el jóven Abel se habia arreglado una habitacion magnífica.

El caballero Regnault habitaba tambien en el segundo piso.

Detrás de la casa habia un hermoso jardin que daba á la calle del Astorg. En el extremo de este jardin habia dos kioskos aislados, donde entraban raras veces, y de los cuales tenia uno salida á la calle. Este kiosko gozaba una alegre popularidad en las oficinas. Se decia á los dependientes nuevos que habia servido de casa de placer al duque de Barbausac, veterano de la regencia y primer propietario de la casa.

Añadian que la puerta que daba á la calle habia servido á la muger por lo menos tantas veces como al marido, y que la señora duquesa solia con frecuencia entrar por ella á la temeraria hora de las dos de la madrugada.

Bien mirado, al tal duque de Barbusac le estaba bien empleado lo que le pasaba.

La puertecita se hallaba perfectamente situada para semejante uso. Colocada en un extremo del jardin, se pasaba por ella á un ca-

llejon estrecho que existia aun en 1844, cuyo pasage habia tomado el nombre de la calle de Anjou á la que iba á parar.

De la puerta á la calle no habia mas que un patio. La calle de Astorg era poco frecuentada, y en tan corta travesia, solo una desgraciada casualidad podia atraer las miradas de los curiosos.

Con todo no era esto imposible, y el pabellon tenia una crónica mas reciente.

Un antiguo mozo de escritorio pretendia haber visto en una mañana nebulosa, á un hombre embozado en una capa, que se deslizaba fuera del pabellon y enfilaba precipitadamente el callejon inmediato á la calle de Anjou.

El tal mozo de escritorio era susceptible de ver visiones, como sucede á muchos de sus companeros: asi se lo hicieron entender, y él quizo averiguar el hecho.

El dia siguiente por la mañana y los sucesivos se apostó delante del pabellon, en el ángulo del callejon de la calle de Astorg.

Nada vió: y la historia se olvidó.

Eran las ocho de la noche y la familia de Gedberg se hallaba reunida en un saloncito del piso principal; reinaba en él un lujo digno y bien entendido, que guardaba relacion con la inmensa fortuna de la casa de Geldberg.

Algunos cuadros de buenos maestros, col-

gados entre las ricas molduras de madera, representaban escenas del Antiguo Testamento. Los muebles afectaban formas orientales, y los pies pisaban un blando y elegante tapiz estrellado.

Esta pieza en que el anciano Mosses gusta de descansar despues de comer, estaba alumbrada por dos candelabros, siguiendo la costumbre de los judios. En uno de los rincones habia un pebetero de oro, donde se quemaban algunos perfumes que despedian muy agradable olor.

Al lado en la chimenea, estaba sentado Mr. de Geldberg en el unico salon que habia en el cuarto. Era un anciano macilento y gastado. Unos pocos cabellos blancos como la nieve, coronaban su reluciente cráneo. Las innumerables arrugas surcaban su pálido rostro. Estaba encorbado, y tenia la barba tocando al pecho.

En suma, su aspecto era venerable. Una sola cosa revelaba en él á Mosses Geld, el antiguo usurero. Y eran sus ojuelos grises, cuyos movimientos inquietos habia moderado la edad, sin que por eso dejasen algunas veces de lanzar miradas penetrantes por debajo de la franja de sus cejas.

Estaba inmóvil en su gran sillón, y miraba con complacencia á sus hijos, que se hallaban reunidos á su alrededor.

A su lado estaba sentada en unos cogines,

Sara, y su hija mayor Mad. de Laurens.

Nosotros que solo la hemos visto una vez delante de la entrada del Temple, nos habria costado mucho trabajo reconocerla, porque la luz de las bugias producian en ella un cambio mas favorable á su persona.

Esa luz daba un brillo extraordinario á su moreno cutis. El fuego de sus negros ojos deslumbraba: las brillantes trenzas de sus cabellos, entretejidas con algunos corales; acababan de matizar su belleza y le daban ese color voluptuoso con que la poesia reviste á las sacerdotisas de los placeres orientales.

Estaba recostada en los cojines y tenia apoyado el brazo en el sillón de su padre, desenvolviendo en este elegante abandono de su actitud todas las perfecciones de su talle.

En el Temple se os habria figurado que costaba los nefastos limites en que la muger tropieza en el umbral de las treinta primavera: aqui habriais creido que era una niña, que acabando de conocer el amor, no sabia apagar aun la imprudente llama da sus ojos.

Tenia en la mano un libro, y leia en voz baja para entretener á su padre.

Detrás de Sara, hablaba con Esther, hija segunda de Mosses Geld, un hombre como de unos cuarenta años, en cuyo rostro estaban grabados los padecimientos, y cuyo descolorido cutis latia con frecuencia á impulsos

de repetidos ataques nerviosos.

Cuando sus facciones permanecian tranquilas, su rostro era hermoso y llevaba un sello de distincion: pero estos momentos de calma eran muy raros, y las mas veces gesticulaba á su pesar, no pudiendo evitar bruscos sacudimientos neurálgicos.

Conforme hablaba con la condesa dirigia frecuentes miradas á Sara, la cual le correspondia con otras no menos tiernas, y paraba algunas veces la lectura para abandonarle su blanca mano.

Este hombre era el agente de bolsa Leon de Laurens, esposo de la hija mayor de Mr. de Geldberg.

El anciano Mosses experimentaba una evidente satisfaccion al contemplarlos. Cuando sus manos se unian, se sonreia, y cuando Sara seguia la interrumpida lectura hacia una seña á su yerno manifestándole su complacencia: Sara era la hija que mas queria; y la llamaba *niña* como en los dias de su infancia, y toda la familia imitando la conducta de su gente daba este apodo á Mad. de Laurens.

A la seña del anciano, contestaba el agente de bolsa con una sonrisa silenciosa. En esta sonrisa, se entreveia no obstante cierta tristeza, una tristeza contenida, pero mortal.

Se leia en ella ese tormento sufrido y en vano combatido del hombre que ha perdido toda esperanza.

Los que le veían así con su muger, con las manos unidas y las miradas cruzadas, decían que el amor debía ser un bálsamo para sus secretos padecimientos: ¡Sara era tan hermosa, y parecía que los dos se amaban tanto.

Su ejemplo hacía envidiable el matrimonio! Se adivinaba que existía entre ellos una tierna simpatía, y que en sus corazones reinaba esa mancomunidad que cura todas las penas.

Se creía que la tristeza del agente de bolsa era producida únicamente por su enfermedad: conocía que se moría y perdería tanto, cuanta era la felicidad que iba á perder con la vida.

Esther no se parecía en nada á su hermana: era alta y hermosa, era una muger en todo el brillo de la juventud. Sus facciones eran mas regulares que las de Sara; pero el conjunto de su rostro no tenía tantos atractivos. Al ver su talle recio y admirablemente proporcionado, se echaba de menos esa gracia femenina que es el barniz de toda belleza.

Esther era condesa, pero condesa Lampion. El título le lisonjeaba; el nombre le fastidiaba. Sus enemigos solo la llamaban Mad. Lampion, y los que querían congratularse con ella, dejando á un lado el malhadado nombre del difunto general, par de Francia, decían: la condesa Esther.

En el otro lado de la chimenea estaba bor-

dando la hija menor de Mosses Geld. Lia no tenia mas que diez y ocho años, pero estaba ya formada, y su figura era mas perfecta que la de Esther, y mas graciosa que la de Sara. El tipo judio desaparecia dulcemente de su delicado y pensativo rostro. Su frente desarrollaba la bella pureza de sus lineas, bajo la abundante seda de su negra cabellera. Al rededor de su boca se notaba una sonrisa séria y meditabunda.

Hubiera sido difícil encontrar una cabeza mas deliciosa en un cuerpo mas encantador. Pero la belleza de Lia no estaba limitada á sus perfecciones exteriores. El talento brillaba en su frente; y á través de sus raras sonrisas, veia su sincero corazon.

Aunque muy jóven, tenia ya recuerdos, por que algunas veces paraba su labor y se quedaba pensativa. Bajaba entonces los ojos, y la palidéz reemplaçaba el ligero sonrosado de su mejilla.

Un pintor, y aun mejor un poeta; la hubiera escojido para describir ese soplo vago que turba por primera vez la conciencia de la vírgen, ese primer viento de la melancolia, esa carga desconocida que pesa sobre las frentes jóvenes y tristes,

Cuando Sara interrumpia un instante su lectura, su mirada, despues de haber acariciado á Mr. de Laurens, se deslizaba algunas veces hasta su hermana. En estos momen-

tos, los ojos negros de la *Niña* eran una especie de agujones, y en su sonrisa se notaba cierta perfidia.

Lia no lo veía: no veía nada. La conversacion del agente de bolsa con Esther pasaba al rededor de sus oídos como un vano murmullo.

Hablaba con su corazón y su corazón solo decía una palabra.

Una vez nos hemos detenido ya para ocuparnos de la hermosa joven. Si colocamos aquí su retrato, no es porque el lector no la conozca.

Pero en el Temple no hacía más que pasar, misteriosa y recelosa. Apenas tuvimos tiempo de verla.

Lia era la joven que encontramos en la tienda de Mad. Batailleur.

Tenia un secreto. Sara no la quería y Mad. Batailleur era hechura de Sara.

En medio del cuarto había una mesa de juego. El caballero Reignaud y el doctor Mira, estaban jugando al chaquete.

El joven Abel de Geldberg miraba la partida como si estuviera fastidiado.

Este joven era el hijo segundo de Mosses Geld. Acababa de cumplir veinte y siete años.

Era un soberbio joven dotado de un bigote que valía diez mil escudos de renta. Llevaba maravillosamente el traje de nuestros elegantes, que tan pocos saben llevarlo; su pañ-

lalon tenia un corte admirable; su chaleco bajaba lo necesario, abriendo las dos puntas y sesgando en el pecho de modo que se vieran los preciosos encárges de una camisa de millonario. El lazo de su corbata era una obra maestra; sus botas revelaban un zapatero de génio.

Se parecia un poco á la condesa Lampion; y facilmente se conocia que la parte brillante de su fisonomia no era la inteligencia; pero poseia en alto grado ese barniz mundano que da talento á los necios, y que vuelve necios á los hombres de talento.

Estaba identificado con las costumbres de que la sociedad que frecuentaba. El Jokeys-Club le dejaba reflejos de elegancia británica. Conservaba en la memoria algunos chistes del famoso conde de Mirchene, y Ficelle, autor de la *Botella de Champagne*, le proporcionaba graciosos equívocos. Pero no abusaba.

En este momento estaba de servicio. Una costumbre que nadie infrigia, imponia á los miembros de la casa de Geldberg dos ó tres horas de faccion, despues de comer, en el cuarto del anciano.

Abel bostezaba, pero permanecia quieto.

Se entretenia pensando en las piernas de alguna bailarina, ó bien en el trote de Victoria-Queen, su llegua de raza pura.

El caballero de Regnault y el doctor tenian al menos con qué matar el tiempo. No

tenemos necesidad de hablar del caballero cuyo amable porte y paletot blanco hemos descrito en uno de los capítulos anteriores.

En cuanto al doctor José Maria los últimos veinte años habían pasado por su persona sin producir ningún efecto. No había envejecido, ni rejuvenecido: era el mismo hombre delgado, amarillo y frío, cuya edad podía considerarse como un problema.

Meneaba el cubilete en que se agitaban los dados con aquel mismo aire grave y pedante con que echaba el famoso brevage de vida en el vaso de oro del pobre castellano de Bluthaupt.

De cuando en cuando se volvía con todo el cuerpo, y dirigía una mirada austera á Mad. de Laurens.

En estas ocasiones, Regnault se sonreía, y sus ojuelos tomaban una espresion de maliciosa burla: pero nada decia, porque á su lado estaba Abel bostezando.

Al cabo de tres cuartos de hora de lectura, la voz de Mad. de Laurens se apagó, ya fuese por estar fatigada, ya fuese por su propia voluntad.

El anciano Mosses puso su arrugada mano sobre los hermosos cabellos negros de su hija.

—Basta, *Niña*, basta, dijo cariñosamente: estás fatigada.... descansa.

Mad. Laurens cerró el libro, y besó la mano á su padre.

—Ahora te toca á ti Lia, dijo levantándose.

La jóven dejó al instante su labor, y fué á sentarse en los cogines á los pies del anciano.

Abel, aprovechando este movimiento, ocupó el puesto abandonado por Lia, y puso sus charoladas botas en los morillos.

Mad. de Laurens se acercó á la mesa de juego, adonde la siguió la inquieta mirada del agente de bolsa.

Sentóse al lado del caballero Regnavlt. Los hundidos ojos de Mira se clavaron en ella con una espresion que no puede esplicarse.

## CAPITULO IX.

### Un buen matrimonio.

**E**L caballero eligió para acoger á Mad. de Laurens el mas amable de sus saludos.

=Continuad vuestra partida, dijo Sara: no nos impide hablar.... Buenas tardes, doctor.

José Mira se inclinó con gravedad.

—Vamos á ver, caballero, añadió Sara; dadme noticia de vuestro casamiento.

Regnault dejó el cubilete en la mesa, y pasándose la mano por los rizos de su cabello, replicó:

—Va muy bien.... muy bien, muy bien!...

La señorita Audemer no ha aceptado aun de un modo definitivo mis obsequios, pero su madre....

—Jesus, caballero, exclamó Sara riendo: ¿es posible que un hombre como vos tenga necesidad de emprender esos caminos tan trillados por la antigua escuela?

—Je! je! je! dijo Regnault.

—Es decir que habeis puesto sitio á la madre para apoderaros de la hija?

—El medio podrá ser antiguo, hermosa señora, pero es infalible.

—Va!... un hombre como vos! Me hareis creer que temeis algun amorcillo....

—Oh! no: Dionisia es tan jóven!...

—Es tan bonita! caballero.... Pero recoged ese cubilete; no lo habia reparado.... mi esposo es capaz de venir á reclamar su contingente de caricias conyugales:

Regnault soltó una carcajada, cogió el cubilete y echó los dados.

Mira permaneció inmóvil y severo.

El agente de bolsa miraba sin cesar á su muger á hurtadillas: Abel bostezaba: Lia leía,

y la condesa Lampion parecia una hermosa estatua del fastidio.

—En resumidas cuentas, añadió Sara, os deseo buena suerte.... La señorita es muy rica, y será un excelente partido.

—Es cierto que nada habré perdido por haber esperado, dijo Regnault, pero ya es tiempo de que disfrute de las delicias del matrimonio.

Sara se sonrió, y se volvió. Sus ojos se encontraron con los de su marido, y con su hermosa cabeza le hizo un una seña cariñosa.

—¡Vaya! dijo Regnault; me dais envidia.

Los labios del doctor se hincharon, y su cara tomó una espresion diabólica.

—Teneis razon, replicó Sara, sin dejar de sonreirse; Mr. de Laurens es muy feliz, y miró á Regnault, y sus ojos despedían fuego.

—Os deseo igual felicidad, añadió.

El caballero no pudo menos de bajar los ojos, como hacen aquellos á quienes se suelta á quemarropa una brusca amenaza.

El doctor meneaba lentamente el cubilete y sus ojos no podían apartarse de Sara.

Esta acercó mas su silla á la mesa, y se puso junto á Regnault.

—¿Y nuestro jóven?.... dijo en voz baja; ¿se acabó?

—¿Qué jóven? preguntó el caballero.

—El hijo del Diabolo?

Regnault se estremeció, y miró al doctor que lingia estar entregado enteramente al juego.

—Vamos, dijo Mad. Laurens; ¿sois mudo?

—Hermosa señora, balbuceó Regnault, ignoraba que estuviéreis enterada.

—Lo estoy, caballero.... sé muchas cosas de vos y de otros.....

—Conozco, dijo con mucha galanteria el caballero, que es muy difícil guardar con vos un secreto; pero hay ciertas cosas que no deben decirse á las señoras.

Sara hizo un movimiento que manifestaba su impaciencia, y dijo:

—Eso me interesa tanto como á vos, y tanto como vos soy incapaz de cometer una imprudencia. Por otra parte, yo no conozco á ese jóven.. y eso prueba completamente el medio que habeis imaginado para enviarle á los dominios de su padre.

—¿Cómo? ¿su padre? repitió Regnault que no comprendia lo que acababa de oír.

—¡El diablo! dijo el doctor, satisfecho de esta chanza, siniestra.

Regnault estaba violento. Las palabras de Mad. de Laurens hacian referencia á Frantz y á la mision confiada á Verdier. El caballero habia avanzado en este negocio mas allá de los límites que les prescribia su habitual prudencia. Habia pagado con su persona, y se habia puesto en relaciones directas con el

espadachin encargado de provocar al jóven Frantz á una lucha desigual.

Si este paso llegase á divulgarse Dios sabe á donde le conduciría. Y su secreto en manos de una muger!

De una muger que de un momento á otro podia ser su enemigo.... que tal vez lo era ya... y que hábilmente cubierta con la capa de su digna reserva, estaba acostumbrada á atreverse á todo...

Pero ya no era tiempo de fingir. Sara lo sabia: era preciso aceptarle por confidente, y lo menos peligroso era confesarse sin rodeos.

—Creo que dispensareis mi franqueza, señora, dijo Regnault, y que no me conservareis rencor por haberme espresado sin rodeos.... repito que preferiria fuese este secreto esclusivamente mio... pero puesto que han creido oportuno revelároslo, añadió dirigiendo una mirada significativa al portugues, que permaneció inmóvil, voy á contestar en dos palabras á vuestra pregunta. La casa de Geldberg puede estar tranquila: ese jóven, sea quien fuere.... aunque fuera el hijo del diablo como le llamabais hace un momento.... nada podrá dentro de poco con nosotros.

—¿No está hecho todavia? dijo Mad. de Laurens.

—Estará hecho mañana por la mañana.

Sara apoyó su encantadora cabeza en el respaldo del sillón en que estaba sentada.

—Muy despacio vá! murmuró con cierto abandono: me parece que si yo me propusiera matar á un hombre no necesitaria de ausiliares.

—Seria muerte muy dulce, hermosa señora! Empezó Regnault, decidido á empeñarse en un cumplimiento peligroso.

Sara se levantó de pronto y le interrumpió diciendo:

—Esta partida no acaba nunca; disimulad, caballero, si os quito á vuestro adversario. Pero cómo habeis podido ver hace un momento, el doctor me es muy útil.

El portugues hizo atrás su sillón y se levantó. Regnault se retiró haciendo un gran saludo.

Sara apoyó su blanca mano en el brazo del doctor.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó.

—Nada, contestó Mira.

—Se teme todavía no poder cubrir el próximo vencimiento.

—Mucho.

—¿Ha escrito Van-Praet?

—Dos veces desde ayer acá.

—¿Y la casa de Londres?

—Yanos Georgy dice que se valdrá de su derecho por cuantos medios estén á su alcance si no se le paga el diez.

—Cuanto se le debe?

—Novecientos mil francos.

—Y á Van-Praet?

—Casi el doble.

—Y cuanto tenemos en caja?

—Algunos centenares de Luises.

Estas palabras eran pronunciadas rápidamente, y como si la conversacion girase sobre cosas indiferentes. Las respuestas seguian á las preguntas con una fria precision. Mira se mantenía en pié y tranquilo: Sara se apoyaba con abandono en su brazo.

Guardó silencio por espacio de dos ó tres segundos y luego continuó con mucha amabilidad.

—Quiero esos centenares de Luises que tenéis en caja.

—Mañana estarán en vuestro poder, contestó el doctor sin pestañear.

Sara no le dió las gracias.

—Soy con vos, querido, dijo tiernamente para contestar á las obstinadas miradas de su marido.

Pero en vez de dejar al doctor, le apretó el brazo con una fuerza imprevista.

—No os parece que Mr. de Laurens, está mejor?

—No; contestó Mira.

—Miradle bien.... miradle otra vez... ¿Podria decirme cuanto tiempo le queda aun de vida?

Mira se puso á mirar al agente de bolsa que estaba experimentando una especie de erisis, y cuyo pálido rostro sufría dolorosas contracciones.

Mira meneó la cabeza con aire doctoral.

—Un año tal vez, replicó: acaso un mes.

Sara dió un gran suspiro: frunció las cejas, y la sonrisa desapareció de sus labios.

El doctor la miraba fijamente. Su brazo temblaba. Su emoción; contenida hasta entonces y oculta debajo del velo inmóvil de su fisonomía, iba haciéndose visible.

—Con que tanto amais! pronunció con ronca y acongojada voz.

—Si, contestó Sara.

Un relámpago se encendió en los hundidos ojos del doctor, y sus descarnadas mejillas se pusieron muy pálidas.

Sara soltó su brazo y se alejó soltando una carcajada.

Era un ruido inusitado en el grave salon de Geldberg.

Abel cortó en dos un bostezo para ver de lo que se trataba; Esther se volvió medio dormida; Regnault se acercó, y el agente de bolsa se sonrió lleno de confianza.

El doctor se quedó de pié como un poste, sorprendido y cortado.

Sara continuaba riéndose con toda su alma.

—Ah!... ah!... ah!... exclamó al fin, tirándose en un sillón. El doctor está delicioso... A que no aciertas, Leon, lo que me ha dicho?

El agente de bolsa no trató de averiguarlo. Renunció.

Sara seguía riendo.

—El doctor, añadió cortando las palabras como si estuviese fatigada de tanto reir... el doctor quiere acompañarme al baile de máscaras!

Mira dió tres pasos atrás.

—Bravo! dijo Abel.

—Bravisimo! repitió Regnault.

—Y por qué no? dijo el agente de cambio.

El doctor habia recobrado su natural inmovilidad: tenia los ojos bajos y no se atrevia á moverse. Francamente no tenia facha de bailarín.

—Os estais divirtiendo conmigo, Mr. de Laurens, dijo meneando apenas sus cárdenos labios; pero no me incomodo, porque si de mí se burlan á vos os matan.

Estas últimas palabras se perdieron en un murmullo general.

Dieron las nueve.

La funcion concluia. Abel se restragó las manos. Ester despertó y Lia cerró el libro.

El anciano Mosses dió un beso en la frente á cada una de sus hijas, y dos en la hermosa cabellera á su querida Sara. El dichoso padre pasó á su habitacion y se durmió mecido por la tranquilidad de su conciencia. Entre sueño veia las cariñosas sonrisas de sus hijas adoradas.

Nada le faltaba en este mundo, y su ancianidad estaba rodeada de verdadera felicidad.

El jóven Bel marchó al club, al galope de

sus caballos ingleses.

En el momento de subir al coche, Sara se acercó á Ester y le dijo al oido.

—Vas á venir?

—Si, contestó Ester.

Pues hasta luego.

—Las dos hermanas se separaron y Sara se sentó al lado de su marido, sin desplegar sus labios desde la casa de Gedberg hasta la calle de Provence.

—Vais á alguna parte esta noche, Sara? preguntó Mr. de Laurens en el momento en que el coche paraba.

—No estoy decidida aun, contestó entre dientes.

Apeáronse y algunos minutos despues; marido y muger estaban sentados uno enfrente del otro al lado de la lumbre en el cuarto dormitorio de Mad. de Laurens.

Era esta una pieza muy graciosa, que Sara habia amueblado á su capricho. Sara era una muger de talento y de gusto, y en cuya imaginacion habia cierta poesia.

Cuanto la rodeaba era por lo tanto gracioso. Poseia en el mas alto grado ese arte femenino que consiste en saberse enjaular.

El silencio que habia empezado en el coche continuaba al lado de la lumbre. Mr. de Laurens experimentaba un momento de calma, y su cara tan frecuentemente atormentada por

los ataques de nervios, descansaba por algunos instantes.

Miraba á su mujer, á quien acababan de desnudar y que se habia puesto una bata. Hacia diez años que se habia casado, diez años que las conversaciones de los salones le designaba como al mas feliz de los maridos; y cada uno de esos diez años habia añadido para él una gracia á la hermosura de Sara. Todos los dias la encontraba mas bonita; todos los dias le parecia mas jóven. La amaba única y apasionadamente.

—En este momento en que su dolencia le daba treguas, su cara era hermosa. Su mirada, fija en Sara, revelaba su amor sin límites; en ella habia cierta sumision vencida y la timidez del esclavo.

Sara estaba recostada en el sillón y parecia que se habia olvidado enteramente de la presencia de su marido: tenía los ojos clavados en el techo y con el pié llevaba el compás sobre la alfombra.

Hacia ya rato que habian dado las diez. Sara miró el reloj y llamó á su doncella.

Mr. de Laurens esperó inquieto.

La doncella entró.

—Puedes acostarte, le dijo Sara.

Mr. de Laurens respiró como si hubiese salido de un gran peligro.

Sara volvió á mirar al techo y á llevar el compas con su pequeño pié.

Un poco antes de las once volvió á mirar el reloj, y dirigió la vista á Mr. de Laurens que seguía contemplándola.

Su mirada era tierna, casi cariñosa; y bajó como una gota de bálsamo hasta el fondo del corazon del agente de bolsa.

—¿En qué pensais, Leon? dijo Sara.

—En vos, contestó Mr. de Laurens.

—¡Siempre en mi! contestó la jóven sacando del fondo de su peeho un suspiro sentimental.

—Siempre en vos, repitió.... siempre!... Por mas que hagais, Sara, no podeis impedirme os ame.

La mirada de Sara era en aquel momento mas cariñosa.

—¡Pobre Leon! murmuró!.... ¡qué bueno sois y cuánto me alegraria de poder haceros feliz!

¡Os seria tan fácil, Sara!.... Una palabra, una mirada, una sonrisa!... todo lo que viene de vos me colma de felicidad.

Sara dejó caer su cabeza sobre el hombro de Mr. Laurens, y sus finos cabellos negros tocaban la megilla del agente de bolsa que se puso pálido da alegría.

—Sois hermoso, Leon, murmuró; sois bueno, noble y generoso...reunis todas las circunstancias para ser amado.

Mr. de Laurens se puso la mano sobre el corazon, que latia deliciosamente.

La voz de Sara tomó inflexiones mas tiernas.

=No sé, prosiguió; meneando la cabeza con lentitud, por qué no os amo.

El agente de bolsa se sobresaltó, y un horrible estremecimiento corrió por sus venas como si hubiese recibido una puñalada en el corazon.

Sara seguia teniendo fija en él su suave y tierna mirada.

Esta mirada era como el veneno, que queda en la herida despues del golpe.

Sois cruel! dijo M. de Laurens con profundo abatimiento, pero sin cólera. Sabeis que me matais, Sara. Compadeceos de mi una vez siquiera, y no volvais á decirme esas palabras que tanto me hacen padecer.

Las facciones un momento antes tan regulares, se contraian ahora á impulso de fuertes sacudidas. Sus párpados se abrian y cerraban con violencia, y su frente se cubria de arrugas.

Sara se sonreia amablemente.

Soy franca, dijo; siento que os enfadeis conmigo, por ser yo franca con vos....Pero no hablemos ya mas del particular, supuesto que os disgusta...hacedme el favor de abrir la ventana.

El agente de bolsa obedeció, sin preguntar por qué.

Mientras que iba á la ventana, Sara

le seguía con la vista.

M. de Laurens abrió la ventana, y una bocanada de aire frío atravesó la cálida atmósfera del cuarto, dormitorio de Sara.

—La calle de Provenza estaba, como siempre á la misma hora, desierta y silenciosa.

—¿Qué veis? preguntó Sara.

—No veo nada, contestó el agente de bolsa; como no sea un coche que está parado en la calle.

Bien, dijo Sara; hace frío... cerrad la ventana.

M. de Laurens obedeció otra vez.

Cuando se volvió para ir á ocupar su puesto al lado de la lumbre, vió á su muger que estaba de pie delante del espejo, arreglándose el pelo.

Greyó que aquella operacion le indicaba que se retirára, y no se atrevió á sentarse.

—Vais á descansar, Sara. Ya es hora de que me retire.

—¿Qué os parece este peinado? preguntó Sara en vez de contestar.

—Delicioso! como todo lo que os pertenece.

—Sin lisonja?

—Con justicia.

Sara le miró con coquetería.

—No os vayais; hacedme el favor de quedarnos.

M. de Laurens se sentó con mucha alegría.

Sara acabó de arreglarse el pelo y abrió un armario del que sacó un dominó de raso negro y una careta de terciopelo.

El pobre agente de la bolsa se puso á temblar.

== ¡Señora! ¡señora! tartamudeó: ¿qué vais á hacer con eso?

Sara estendió el dominó sobre una silla y procedió muy despacio á elegir un vestido, entre todos los que componian su numerosa coleccion.

== Qué se hace con los dominós y las caretas? replicó Sara con indiferencia. Ese coche que habeis visto, me está esperando.

Laurens frunció el entrecejo, y una palabra imperiosa jugueteó entre sus lábios. Su conciencia le gritaba que tenia derecho á mandar; pero le faltaba valor para hacerlo.

El amor habia ido rompiendo poco á poco su voluntad: la pasion habia empleado diez años en hacerle esclavo; diez años de crueles combates; ¡diez años que pesaban sobre su cabeza como medio siglo!

Habia resistido; habia sido fuerte: pero su fuerza se habia ido gastando con un roce continuo, y el ataque obstinado habia domado su resistencia.

No era mas que un corazon débil dentro de un cuerpo estenuado; y sus padecimientos fisicos, que tanta compasion causaban á cuantos le conocian, no eran mas que la se-

ñal exterior de su suplicio moral.

Laurens calló. Sara se quitó la bata y se fué al espejo á ponerse el corsé.

El agente sufría el martirio. Estaba horrosamente atacado de los nervios y hacia los visages mas horribles.

Los delicados dedos de Sara manejaban con una ligereza estraordinaria el cordon de seda de su corsé. Su talle se iba dibujando á cada momento mas delgado y mas esbelto. Cuando se hubo tendido el último ojete bajo la presion de su mano, se puso el vestido que habia elegido y trató de abrocharse los corchetes de la espalda.

Mr. de Laurens conoció que le habian abandonando las fuerzas. Se levantó, vacilando, y quiso huir de; aquella escena que le mataba.

=Quedaos, Leon, quedaos, dijo Sara: os necesito.

=Dejadme en paz, murmuró Laurens con apagada voz... ya veis cuanto sufro!

=Que tonteria! exclamó Sara con graciosa sonrisa; reflexionad, Leon!..los criados son habladores...si llamo á mi doncella, todo Paris sabrá mañana *nuestro secreto*.

Dijo la palabra *nuestro* con una afectacion desapiadada.

El agente de bolsa se detuvo indeciso.

—Venid á ayudarme, añadió Sara: no puedo abrocharme este maldito vestido, y me lastimo los dedos.

Laurens que estaba pálido como un cadáver se acercó á ella. El mundo le creia feliz, y esta creencia tenia para él un precio inestimable.

Esa felicidad de que le creian poseedor, hubiera sido tan grande si realmente hubiera existido!....Solo un simulacro de ella era mucho mas grato para el pobre Laurens que la misma vida.

Si hubiese podido concebir alguna sospecha, si hubiese sorprendido una de esas sonrisas cuya significacion se adivina, una de esas palabras que hieren como el dardo de una serpiente, habria sido el último golpe.

—Se acercó, cómplice en aquel momento de la audacia de Sara, y su temblona mano agarró convulsivamente los corchetes del vestido.

Trató de juntarlos, pero sus manos estaban dédiles y temblaban demasiado.

—No puedo, dijo, dando un suspiro... no puedo!

Sara se volvió y le animó con un gesto como hubiera hecho con un chico torpe.

La impaciencia coloreaba sus mejillas: sus ojos brillaban: nunca la habia visto Laurens tan hermosa.

—No puedo! repitió el agente de bolsa sin saber lo que decia.

Flaqueáronle las piernas y calló de rodillas.

—Probadlo otra vez, replicó Sara vamos, sed complaciente.

Laurens juntó las manos en ademan de desesperacion; y una lágrima ardiente salió de sus ojos.

—Escuchad, dijo: sé que puedo vivir poco... Concededme algunos meses, Sara!... algunas semanas! Cuando ya no exista sereis libre.

Sara se encogió de hombros sonriéndose graciosamente y diciendo:

—Vivireis cien años! Todo el mundo sabe que una neulragia es un privilegio de larga vida....Por Dios, no perdamos el tiempo de esta manera.

—Sara! Sara! replicó el infeliz que seguia suplicando: Ya sabeis que hago cuanto queréis...Teneis una pasion que el mundo hubiese juzgado con severidad: yo la he favorecido....yo la he ocultado!... muchas noches os he ayudado como ahora á abandonar nuestra casa....Pero saliais para ir á jugar.... Y que me importa un vicio cuando ese vicio os pertenece! Os amaba jugadora!....os amaria criminal...Pero hoy, Dios mio! no salís para jugar.

Sara hizo una mueca como los niños, y agarró de las manos á su marido para levantarle.

—Vamos, le dijo...se acabó?

Laurens se puso las manos en la frente

que se le ardia, y con voz robustecida por la indignacion dijo al tiempo de levantarse.

—No quiero que salgais.

Sara dió un salto hácia atrás y se cruzó de brazos. Su pecho latia, sus ojos quemaban: daba miedo verla.

—No quereis! repitió con una voz que vibró largo rato en el silencio del cuarto dormitorio.

Su marido nada contestó.

Por espacio de un segundo sostuvo la mirada fija y penetrante de su mujer. Despues sus ojos se bajaron fascinados.

La sonrisa asomó otra vez en los lábios de Sara que se acercó á Laurens jugueteando. Este le abrochó los corchetes del vestido.

Sara se echó el dominó, y tomó de encima de la chimenea una bujía que puso en la mano de su marido, diciéndole:

—Alumbradme.

En vez de tomar el camino de la escalera principal que conducia á la puerta cochera pasó al cuarto de Mr. de Laurens. En el gabinete de este habia una escalera de caracol que comunicaba con el escritorio, situado en el piso bajo. El escritorio tenia una puerta que daba á la calle.

Al pasar por el gabinete, cojió Sara una llave que habia encima de la mesa. Indudablemente no era esta la primera vez que lle-

vaba ese camino.

La llave le sirvió para abrir la puerta de la calle. Antes de salir dió la mano á su marido.

La de este la hizo estremecer de frio, como si hubiese tocado un pedazo de hielo.

—Hasta mañana, dijo alegremente saliendo á la calle.

Cuando se hubo marchado; permaneció largo rato Mr. de Laurens en el mismo sitio inmóvil y pálido como un espectro.

Si la seguiré! dijo al fin.

Pero no se movió, y añadió casi al mismo tiempo.

—No! no!...ver eso, seria morir.

Subió la escalera con mucho trabajo agarrándose al pasamanos.

En vez de quedarse en su cuarto, pasó al de su muger.

Dejóse caer en el sillón en que Sara habia estado sentada, y cuyo respaldo sostenia su bata.

Al cabo de algunos minutos, durante los cuales habia estado latiendo su corazón con una violencia asombrosa, cojió la bata y la llevó á su boca en un arrebató de locura.

—Todo me lo ha quitado, dijo.... todo... Mi fortuna, mi honor....y mi vida... pero yo la amo! Oh! si...la amo.

## CAPITULO X.

## La sala de armas de Grisier.

**F**RANZ tenia el corazon prisionero. Su amor á Mlle. d'Audemer era un sentimiento verdadero bajo frívolas apariencias. Pensando en Dionisia se hacia hombre: concentraba las petulancias de su alegría infantil: recogia en si mismo y saboreaba su felicidad.

Dionisia le habia revelado su secreto: Dionisia era suya; le amaba: todo desaparecia delante de esta idea: el desafio que le esperaba para la mañana siguiente, y los placeres que se prometia del acaso para él en la última noche de carnaval.

Esto duró una media hora; luego su carácter atolondrado se revolucionó contra esa inacción para él desconocida. Se avergonzó de sus suspiros, y sacudió con energía sus meditaciones.

—Para ella será mi último pensamiento, murmuró: si muero, su nombre será el úl-

timo que pronuncien mis labios....pero de aquí á mañana, vive Dios, hay que vivir y vivir alegremente.

Entregado á estas reflexiones, habia seguido la línea de los *boulevards*, donde la multitud se renueva incesantemente. Entró en la primera hostería que encontró á mano, y tomó un ligero refrigerio, porque á pesar de la fanfarrona rebelion; le seguia tiranizando el recuerdo de Dionisia, y tambien porque no queria desmembrar su tesoro.

Al comer los postres, se habia calmado ya en algun tanto su emocion. Dionisia solo ocupaba una parte de su imaginacion; ocupando el resto, espadas, un hermoso trage de máscaras, champagne que chisporroteaba en las copas, y rasgados ojos negros que le miraban amorosamente....

En esta amalgama habia cierta profanacion.

Dionisia, tan pura y tan amada, no podia permanecer mucho tiempo en la imaginacion de Franz en paralelo con semejantes pensamientos. Franz apartó á la fuerza el recuerdo de mademoiselle d'Audemer, é hizo como ciertos supersticiosos semi-devotos y semi-peccadores que cubren con un velo la santa efigie que tienen á la cabecera de la cama, á la hora de Venus.

Erguió la cabeza, sacudiendo los rubios bucles de su cabellera. Ya no conocia freno: se habia abandonado á su indómita juventud,

dispuesto á correr en pos de todo deleite, como á arrostrar toda clase de peligros.

Al salir de la hosteria, su primera diligencia fué ir á buscar un alquilador de trages de la calle de Vivienne, á fin de estar prevenido á la hora del baile.

Entre la infinidad de trages, dibujados segun la antigua tradicion del Carnaval, ó inventados por la inagotable imaginacion de Moreau, eligió Franz un vestido de page.

Era un gracioso traje en que confundian el terciopelo, la seda y el oro, sino con mucha exactitud histórica, al menos con maravilloso gusto. Para llevarle era preciso ser Franz, ó una muger bonita.

Franz se lo aprobó, y se miró en el gran espejo en que se miran en las noches de carnaval tantas cabezas trastornadas. El espejo le enseñó un talle delgado y elegante, una verdadera sonrisa de page y dos ojos capaces de condenar á medio ciento de castellanas.

El hermoso Narciso no veía nada seguramente mas bonito en el cristal de su fuente mitológica.

Pero Franz amaba demasiado á otra para adorarse á sí mismo.

La alquiladora de trages se echó á reir, y le presentó un billete de señora, diciéndole:

—Debeis tomar una careta, y entrareis de valde.

Franz compró una careta.

—Vendré á vestirme aqui á media noche, dijo, despues de ponerse el pantalon y el paletó.

La alquiladora de trages salió á la puerta de la calle para mirarle, y no se retiró hasta que el hermoso jóven hubo desaparecido.

Habia visto tantos entes ridiculos durante el dia, que experimentaba un verdadero placer en indemnizarse.

Franz atravesó la plaza de la Bolsa, y anduvo toda la calle de Notre-Dame-des-Victoires, que conduce al boulevard.

En la esquina del boulevard y del arrabal Mont-martre, hay un pasage estrecho, largo como una calle, y delante del cual hay siempre tres ó cuatro coches. Franz entró en él y dijo algunas palabras al conserge, quien le indicó el número tres en el patio.

Era de noche, y el gas no prodiga sus rayos en el paisaje. Franz, que no habia estado nunca en él, hubiera tardado mucho en dar con el número tres, si el tabique de tablas que reemplazaba las ventanas de un cuarto bajo no hubiese dejado escapar un ruido característico.

Franz se puso á escuchar y percibió facilmente el rechinar de los floretes que se cruzaban.

Llamó, y como tardaban en contestarle, á causa del ruido que habia dentro, pasó ade-

lante. Encontróse en una sala bastante capaz, llena hasta los rincones de personas con grandes petos de cuero. Muy pocos conservaban el traje propio, y estos representaban el papel de espectadores.

Franz estaba en la sala de Grisier, el maestro de armas literario que ha puesto espadas en manos de los hijos predilectos de Apolo; el maestro feliz, cuyos discípulos son poetas ó principes; el maestro sábio, que ha dado al florete un pensamiento y que ha colocado la esgrima entre las artes de la inteligencia.

Franz se habia detenido tímidamente á la entrada del corredorcito que procede á la puerta. En el primer momento la sala le presentaba un aspecto de confuso desórden incomprendible para él.

Era un ruido atronador, conversaciones que se cruzaban, hierros que chocaban, sandalias que aturdian, y el grito vencedor de los campeones.

En medio de tres parejas de caballeros, con corazas que le llegaban á la barba, y una careta de alambre delante de la cara se prodigaban golpes con una liberalidad digna de elogio.

Ninguno de ellos era flojo. Los floretes se doblaban como las delgadas ballenas de un corsé, ó se quebraban como el vidrio; los cabellos relucian con el sudor, y oíase debajo de la careta la agitada respiracion de los

combatientes.

Al rededor de la batalla habia un doble circulo. Los unos vestidos para la fiesta con el florete en la mano y la careta levantada como la visera de un casco antiguo; esperaban impacientes á que le llegára su vez: los otros, meros jueces del campo, llevaban paletó ó frak negro.

Generalmente se cree que una sala de armas es un sitio en que reina la independenciam y las conversaciones algo libres del *Staminct*; pero en casa de Grisier, menos el lujo que no se conoce, se está en un salon. Las palabras se miden; son corteses y escogidas, el cigarro está proscri to, y si alguna señora tiene el capricho de ver batirse á los hombres, puede dejar el frasquito de esencia en su tocador, y sentarse sin reparo en las austeras banquetas del sucesor de S. Jorge.

Haciendo esto, en nada de rebaja, porque las personas que la rodean forman un público escogido. Esos dos jóvenes, de los cuales uno sacude su larga cabellera y tira estocadas furiosas, y el otro maneja la espada con cierta graciosa coquetería, son sobrinos de un primer ministro de Rusia; ese otro que dá tan agudos gritos, y cuyos movimientos son rápidos como el rayo, es hijo de un grande de España. Aquí tenemos un irlandés de familia ducal, que no es católico ni amigo de O'Connell. Ese es el marqués de L..., el elegante

diputado, que se deja vencer por el conde su hermano; aquel es baron de... *Sportman* digno de aprecio, cuya raza es casi tan pura como la sangre de su caballo. Ahora encontramos á dos ó tres miembros de la aristocracia inglesa, á un pariente del presidente Polk, y á un primo del general Lambruschini. Mas allá está Alejandro Dumas, el talento poderoso, que hace salir de su cabeza tomos enteros, sin mas que rascarse la frente; Roger de Beauvoir, el elegante cronista; Hipólito Castille, el cuentista encantador: mirad á Grimm el resultado, á Grimm que nos vuelve á dar la crítica brillante, ingeniosa y escéntrica, á Grimm que tambien es uno de los mejores novelistas.

Aquí están en fin, como en todas partes, Mircleme y Ficelle, los dos con el lente en los ojos, el uno alegre, triste el otro, y dando gratis el espectáculo de su generosa amistad.

El hidalgo palnotea en la mano del autor dramático, quien le bosteza en las mismas narices, elaborando una preciosa cancion.

En el momento en que Franz entraba, la sala estaba enteramente llena, porque Eugenia Grisier, el sobrino del profesor acababa de sostener un asalto con un maestro de armas de regimiento á quien habia dividido en seis partes iguales, en medio de los aplausos de la galeria.

Franz preguntó por Grisier á sus vecinos. Le señalaron á un hombre con frac azul que atendia á los asaltos de sus discipulos, al mismo tiempo que sostenia otro de *calamborgs* con el conde de Mircleme.

Franz se colocó por entre los justadores y el vestuario á fin de acercarse al profesor.

Le dijo dos ó tres palabras al oido. Grisier le ecsaminó de pies á cabeza.

—Caballero, contestó, estoy á vuestra disposicion.

Mircleme señaló con el dedo al recién llegado á Le Pollux Ficelle. Este quiso hacer un epigrama acerca del jóven, pero no pudo.

Lo que falta en la sala de Grisier es sitio. Fué preciso esperar á que dos combatientes se retirasen. Franz miraba á todos aquellos combatientes manejar la espada con desemboltura; miraba á Eugenio, firme sobre sus piernas de acero, con el ojo en acecho, la mano rápida como el rayo, y no podia menos de experimentar una secreta envidia.

Despues de esperar algunos minutos, Grisier se plantó en guardia sólidamente y le puso un florete en la mano.

—Luego hablaremos, le dijo... ahora hay mucha gente..... Prestadme atencion.

Bajo la hábil demostracion del profesor, aprendió Franz en un abrir y cerrar de ojos la lógica de las dos guardias, de las marchas y

retiradas. Esta primera lección duró un cuarto de hora.

—Estais cansado? preguntó Grisier.

—No, contestó Franz.

Y efectivamente su amañada cara apenas estaba ligeramente sonrosada. No se veía sudar en sus hermosos bucles, y su brazo conservaba la misma firmeza que al principio de la lección técnica.

Grisier se sonreía.

—Teneis sangre fría, le dijo; y no os creia tan fuerte... Se me figura que vuestro adversario se ha de tentar un poco la ropa con vos.

—Lo mismo me parece á mí, contestó Franz; pienso poner de mi parte todo lo posible para salir airoso... Os suplico que continuemos.

Grisier le volvió á poner en guardia y cogió su espada por la punta á fin de hacer descubrir un círculo completo.

—Esto se llama la contra de cuarta, dijo... y para todas las estocadas.... Marchad y parad.

Franz obedeció, con torpeza la primera vez, luego con mas exactitud, hasta que de una docena de ensayos Grisier le dijo que estaba bien.

—Ahora enseñadme á atacar, replicó Franz.

—Espacio! Espacio! dijo Grisier sin quitarse la careta: eso vendrá á su tiempo.

Se iba haciendo tarde; Gorisse, el buen preboste, que seria el mejor tirador de Paris,

si Eugenio Grisier no existiese, habia dado la ultima leccion. El estrecho vestuario se llenaba de gentes que iban á cambiar el peto por el frac. En la sala se habia escitado cierta curiosidad, cuando vieron que el profesor se ponia el peto y la careta á una hora tan abanzada. Habia reparado en aquel jóven tan hermoso y de aspecto tan delicado que tocaba al parecer por primera vez un florete: todos habian adivinado que se trataba de una leccion de desafio. Pero las lecciones de desafio son bastantes frecuentes y ninguno se habia atrevido á hacer una pregunta imprudente.

No hubo mas que un *calambury* compuesto á media por Mircleme y Cicelle.

La sala se iba desocupando despacio, y si se hacian algunas suposiciones era en vos baja o en la calle.

La mayor parte de los concurrentes se habian retirado ya cuando se abrió la puerta y entró un nuevo personaje.

Entró resueltamente y como hombre que conocia el terreno. Dió la vuelta al salir del corredorcillo, pasó por detrás de Franz sin llamarle la atencion y desapareció detrás de las cortinas del vestuario.

Este hombre estaba embozado en una gran capa cuyo cuello levantado le tapaba la cara. Cuando estuvo en el vestuario, se sentó en un taburete y se quedó inmóvil.

A través de las aberturas de las cortinas, se clavaron sus ojos en el joven Franz que continuaba dando lección.

—Etais cansado? preguntó otra vez Grisier en aquel momento.

—No, contestó Franz, cuyo pecho parecía que se había vuelto de hierro.

En la sala, sin embargo, hacia un calor abrasador y detrás de las cortinas este calor era mayor porque la chimenea estaba encendida.

El nuevo recién venido se bajó el cuello de la capa para respirar con desahogo. Eugenio que se vestía en aquel momento á su lado, le dió la mano como á un antiguo conocido, y le saludó con el nombre de baron de Rodach.

—Mucho tiempo hacia que no habiais venido, le dijo.

—He estado viajando, contestó el baron.

—Y en seguida se puso á observar á Franz por entre las cortinas.

Franz empezó ya á sentir el cansancio. Bajó el florete y sacudió su mano dolorida.

—Me vais á cansar antes de enseñarme á atacar, dijo.

—Paciencia! replicó Grisier: tenemos tiempo hasta mañana.

—No por cierto, le contestó el joven con viveza; tengo que hacer otras muchas cosas esta noche.

No había ya mas que dos ó tres rezagados en

la sala, y otros tantos detras de las cortinas.

Grisier hizo sentar á Franz en el divan no elástico, y le dijo:

—Hablemos un rato, mientras descansais. ¿Teneis muchos deseos de matar á vuestro adversario?

—¿Qué sé yo?... contestó... me es indiferente.

—No sois el insultado?

—Si tal; pero tambien soy el insultante. Me dijeron: ¡Haceis trampas! Y yo le tiré un vaso á la cara al insolente.

—¿En el café?

—En el café.

Grisier hizo un gesto: al ver la cara animada de Franz, se habia figurado que el desalio de que se trataba seria ocasionado por alguna tontería insignificante: y Grisier es el mejor mediador de París para cortar lances.

—Y vuestro adversario, continuó, conservando todavía un poco de esperanza, ¿será algun amigo vuestro?

—No, contestó Franz, es uno de esos truhanes, cuya cara se vé de cuando en cuando en los sitios en que se bebe ó se juega. No supe su nombre hasta que me dió su tarjeta.

—¿Y puedo saber como se llama?

—Verdier, contestó Franz.

Grisier se estremeció. El baron de Rodach,

que se habia adelantado muy despacio hasta el ángulo del vestuario, se estremeció aun mucho mas que Grisier.

—Verdier! murmuró... ¿Dónde he oido ese nombre?

Su frente se arrugaba, bajo el esfuerzo que hacia para iluminar su memoria.

De pronto dejó caer los brazos, y levantándose dijo:

—Ya me acuerdo! ya me acuerdo! Es el hombre de la calle de Fontaines!... Algun presentimiento tenia de que sus palabras me interesaban... Ah! ah! su cara está aquí grabada, añadió llevándose la mano á la frente... no me costará trabajo conocerle.

—Verdier! esclamo á su vez Grisier con cierto disgusto: es uno de los mejores tiradores... Lo sabiais?

—Creia que era el mejor, contestó Franz.

—Qué ventajas os prometeis de batiros con él?

—Ninguna... pero tampoco temo. Dijo estas palabras sonriéndose y clavando en Grisier sus grandes y hermosos ojos azules.

El maestro de armas bajó la cabeza.  
—Caballero, dijo, en mi opinion semejante desafio es un asesinato, y no quiero contribuir á él.

—Caballero, contestó Franz con decision:

ese desafío, me acomoda tal como es.... No teneis ningun medio de impedirlo, porque vuestro honor está comprometido á guardarme el secreto... Negarme vuestros consejos, es, pues, arrebatarme pura y sencillamente la única esperanza de librarme del peligro.

Grisier se quedó un momento pensativo.

—Reflexionad, añadió Franz; si os negais, no me tomaré el trabajo de ir á buscar otras lecciones. Mañana por la mañana iré al campo, y allí veremos!

Grisier tampoco contestó.

Franz se levantó.

—Debo retirarme? dijo.

Grisier miró á su alrededor, la sala estaba vacía, y en el vestuario solo se hallaba el baron de Rodach, escondido detras de las cortinas.

Grisier dijo á Franz que se quedára. Atravesó con paso lento la sala y cogió dos espadas desenvainadas que estaban colgadas en la pared.

Franz dejó el florete y tomó una de las espadas, en cuya punta habia un boton.

La que tenia Grisier era al contrario puntiaguda y estaba afilada.

Franz iba á ponerse el guante.

—Dejad ese guante! le dijo Grisier, y la careta tambien, mañana no tendreis esas cosas, y la punta de una espada brillará á vuestros ojos. Conozco que sois valiente: pero esas

primeras pruebas del hierro imponen á los mas osados, y es preciso habituarse á ellas.

Franz se puso en guardia y la leccion siguió. Grisier ponía con toda intencion la punta de su espada delante de los ojos del jóven; quien marchaba y paraba con sorprendente precision.

La ejercitada mano del profesor se cansaba antes que la del discipulo.

Cuando pasaron de las paradas á los ataques, se conoció el valor de Franz. Era imposible contenerle. No tenia limites su ardor, y Grisier tenia que recurrir á toda su proverbial destreza á fin de no herirle.

—Si atacais asi, dijo al fin, vuestra muerte es inevitable.

Franz se habia calentado insensiblemente: sus ojos tan dulces por lo regular, despedían brillante fuego. Habia en su cerebro cierta embriaguéz.

—Al contrario, exclamó echándose atrás los húmedos rizos de sus rubios cabellos; al contrario, mataré á mi adversario. Mañana, os respondo de que tendré sangre fria!... Pasaré como un hombre de sesenta años: pero ahora aprendo á herir... Atencion, tratad de parar mis estocadas sin consideracion de ninguna especie.

Cruzó el hierro, y poniendo en práctica las lecciones que le habia dado, lanzó su espada derecha como una bala de mosquete.

Grisier quiso parar, pero la espada se rompió en su pecho.

Una exclamacion asomó á los labios de Rodach, que se agitaba impaciente detrás de las cortinas.

Su cabeza estaba ardiendo, y su mano comprimia los latidos de su corazon.

—Que hermoso es! pensó, y qué valiente! Cómo brilla en sus miradas el corazon de sus padres... Oh! es él á no dudarlo!

Durante un segundo estuvo admirado Grisier de la soberbia estocada que acababa de herir... despues se echó á reir.

—Me habeis tocado, dijo inclinándose: tomad otra espada y continuemos.

Franz tiró el pedazo de espada que le habia quedado en la mano. Se colocó y miró el reloj.

—Tal vez no sabré aun lo bastante, contestó; pero se hace tarde y no puedo detenerme mas. Tambien me canso, y si continuásemos, no tendria luego fuerzas para bailar.

Grisier le miró como si no hubiese comprendido lo que acababa de oir. Franz se puso el chaleco y el paletó.

—Bailar! dijo Grisier escandalizado.

—Son las once y media, prosiguió Franz: y mañana á las siete he de estar en el bosquecillo que hay á la derecha de la puerta Maillot.... Dicen que es un buen sitio.... Bien

conocereis, mi querido maestro, que debe regatear el tiempo, el que como yo, solo puede disponer de siete horas, y no estrañareis por lo tanto que me separe de vos de un modo tan brusco.

Y conforme hablaba se iba abrochando el paletó.

Rodach esuchaba con la mayor atencion, y anotaba en su memoria todas las palabras de Franz.

—No se olvide nada, dijo Grisier, reasumiendo la leccion: poneos en guardia á distancia. de modo que la punta de vuestra espada toque apenas la de vuestro adversario.... marchad, parad marchando, contestad y romped en seguida!

—Lo sé, contestó Franz, procuraré olvidarlo esta noche, para acordarme mejor al amanecer.

—Mejor seria que no lo olvidárais.

—No, no, replicó Franz: quiero disponer de toda la noche.... y si no tuviera que hacer, tampoco me ocuparia de eso.

El recuerdo de Mlle. d'Audemmer amortiguó su sonrisa.

Ahogó un gran suspiro y dió la mano á Grisier.

—Adios, y muchas gracias! mi querido profesor: si me favorece la suerte mañana por la mañana, vendré á contaros la aventura.... Si no viniese.....

Su frase incompleta se puntuó con un gesto lleno de indiferencia.

Dirigióse á la puerta. Grisier le siguió sin saber lo que hacia.

—Grisier! el antiguo maestro de armas, que habia visto la muerte suspendida sobre tantas cabezas, sentia que los ojos se le humedecian y que la voz le temblaba.

—Acordaos de lo que os he dicho, repetia maquinalmente: variad las contras.... no marcheis sin tener una parada dispuesta.

Franz habia salido ya.

—Gracias! gracias! dijo.... y adios!

—Escuchad! exclamó Grisier: yo no puedo dejaros marchar asi. ¿Teneis padrinos?

Franz se hallaba ya en medio del pasage y su contestacion llegó como un eco lejano.

—Los encontraré en el baile de máscaras, dijo.

Grisier entró en la sala, enternecido y sonriéndose al mismo tiempo.

—Qué gupoa muchacho! decia, que buen tirador saldria! qué corazon! y qué brazo.

El baron de Rodach estaba de pie en medio de la sala, y Grisier no habia reparado en él.

—Podré equivocarme, añadió quitándose el peto, pero se me figura que ha de salir airoso.

—Yo os lo aseguro, bajo palabra de ho-

nor, dijo Rodach con voz grave y varonil.

Grisier dió un salto de sorpresa y se volvió.

Vió un pedazo de capa que flotaba fuera del corredor, y oyó el ruido metálico de unas espuelas.

Lanzóse otra vez fuera. El baron se confundió ya con la oscuridad de la bóveda que termina el pasage.

## CAPITULO XI.

### El hombre de los tres trajes.

**E**ran las tres de la mañana. Las polkas desenfrenadas hacian temblar el salon Favart. Todo ese gentio variado y pintarrajado que se reune en los bailes de máscaras, que se confunde, que corre, que grita y que se afana, estaba en inmensa mayoria, y se tomaba un trabajo infernal para divertirse.

Las gentes del bronce, como son horteras, modistillas, estudiantes, señoritas sin madres,

y madres sin hijas bailaban hasta echar los boses. Las gentes bien educadas, los oficinistas, los periodistas mimados por toda clase de triunfos dudosos, y los criados de confianza, poseedores de la llave del guarda-ropa de sus amos, se paseaban gravemente de frac negro.

Se entiende que el conde de Mircleme y el Amable Ficelle, autor de *la botella de Champagne* no faltaban á la fiesta. Ficelle daba tormento á su vano cerebro, y Mircleme embromaba.

Es decir, rasgaba dominós á fuerza de tiros, y deslizaba debajo de los capuchones de raso estas palabras de triunfo:

—Te conozco!

Ficelle llevaba una nariz de carton chata, sobre la suya que era puntiaguda, y Mircleme la llevaba puntiaguda tambien de carton, sobre la suya que era chata.

Parecian que habian hecho un cambio y que los dos habian perdido en él.

Los dos estaban en su centro. Las mugeres despreocupadas los llamaban por su nombre, y esto los llenaba de orgullo. Fascinaban á los horterillas, disfrazados de señores de la época de Luis XIII.

El baile estaba en toda su fuerza.

Los encogidos de genio hacian el oso: los temerarios ofrecian su corazon y su cena á la primera máscara del sexo débil que se les presentaba; los señoritos de provincia metian

ruido y tentaban la barba á las mugeres feas, esto es, tambien *embromaban*: los espertos veian debajo de la máscara y escogian.

El amor era el tema de todas las conversaciones cortas ó largas; los corazones andaban entre manos; todo hombre era conquistador y toda muger amada. Se iba á necesitar un rio de Champagne para apagar aquel incendio.

Lo mejor que tienen los bailes de nuestros teatros principales, es que en ellos hay de todo. Las clases elegantes, como todos sabemos, están muy ampliamente representadas; las clases medias envian numerosos diputados; los tenderos se pavonean por los salones, y mas de un billete cae desde la altura de los salones al fondo del cuarto del portero, que se aprovecha de él.

Tal duquesa, estraviada en ese paraiso comun, se vé eclipsada por la hija de su lacayo, y sorprende al duque embromando con mucho calor á su misma camarista, que es una muger libre.

Despues de tantos siglos, no ha desmentido el carnaval su origen. Es y será siempre la antigua saturnal que convierte á los criados en amos, y los amos en criados.

En la noche de que hablamos, la ópera cómica no tenia rival. La academia real de música descansaba de la fiesta del dia anterior. Para encontrar otro baile los aficionados á

la mazurka habrían tenido que bajar hasta las latitudes ultra-plebeyas del ambigú. El salón estaba lleno: en la puerta andaban á puñetazos para entrar. No se había visto nunca tanto gentío. Para encontrar un punto de comparación era preciso remontarse hasta aquellas noches mágicas en que el teatro de la *Renaissance*, cubierto de terciopelo y de oro amontonaba á todo París en su sala y amenazaba ruina bajo la fanática galop de tres mil parejas.

Apenas se podía andar. La muchedumbre ondulaba compacta y apretada, y arrojaba en la pesada atmósfera su confuso murmullo, formado de cuchicheos, de gritos y de carcajadas.

En medio de aquella confusión había una pareja que luchaba por abrirse paso, y que parecía iba en busca de los compañeros perdidos. Era un joven alto de regulares facciones, que llevaba sobre un pantalón de húsar el frac de oficial de marina. Podía tener de 25 á 26 años.

Su cara animada por el placer, expresaba la franqueza, pero también cierta debilidad, no precisamente esa debilidad que tiene miedo, sino la que se deja arrastrar por do quiera, que cree demasiado pronto y á quien le engaña.

Era hermoso: en su sonrisa había nobleza y gracia; su corazón dispuesto á amar, se retra-

taba sincero y demasiado fácil en la dulzura de sus miradas.

Era el jóven vizconde Julian d'Audemmer, oficial de marina, que solo hacia algunas horas habia llegado á Paris con real licencia; y que habia cenado.

Daba el brazo á un page que parecia demasiado alto para muger, y demasiado gracioso para hombre.

—Está corriente, decia el vizconde mirando por encima de las cabezas de sus vecinos. Seré vuestro padrino, Franz, ya que os empeñais en no dejarme escarmentar á ese tunante. ¿Pero donde se han metido esas señoras?

—Las estaba viendo, hace un rato, cuando ese máscara vestido de alemán se interpuso entre ellas y nosotros.

¿Habeis reparado como me miraba, Julian?

—He notado que estrechaba á mi dominó azul, contestó el marino. Apostaria cualquier cosa á que te conocen..... Pero yo olfateo las mugeres bonitas..... Esa es encantadora y se la birlaria al mismo rey!

Se dice generalmente que los oficiales de marina son algo fátuos. Julian al apearse de la diligencia, habia pasado una hora en la fonda y se sentia con fuerzas para amar á todos los dominós del baile.

Franz bajaba la cabeza distraido.

—Su mirada me sigue! murmuró hablan-

do consigo mismo. Me parece que todavía le estoy viendo... Es un arrogante caballero! Cuando yo llegue á su edad quisiera tener una cabeza como la suya!

—Bah! dijo Julian. Desde que habeis visto al aleman, pareceis un héroe de teatro!... Ahora que me acuerdo, Franz, mi madre está cada vez mas relacionada con la casa de Geldberg, y aun yo mismo, como sabeis, tengo algun influjo para con uno de los miembros de la familia.

—Seguis en la idea de casaros con la condesa Ester? preguntó Franz.

—Mucho que si, replicó Julian: los marinos no solo somos constantes sino fieles. Ester es la muger mas hermosa de Paris. Pero no se trata de esto: queria decir que se podria dar algun paso para reconciliaros con la familia de Geldberg.

—No, contestó Franz.

—Con todo, acabais de confesarme....

—Que nada tengo... Nada quiero tampoco.

A vuestro gusto!... Esa firmeza de carácter es lo que me hizo amaros, querido Franz, Erais un niño cuando os encontré por primera vez en los salones de Geldberg; pero ya deciais: Quiero.... Y yo que no sé querer...

Franz le interrumpió apretándole el brazo.

—Mirad, dijo, señalando el otro extremo del salon de descanso.

—Es nuestro aleman, exclamó Julian, cuyos ojos habian seguido la direccion indica-

da: solo que ha cambiado de trage.

=Y está hablando con ellas, dijo Franz.

Julian se puso la mano delante de los ojos para ver sin que le ofendiera la luz.

El personage que acababa de indicar Franz, estaba hablando con dos señoras con dominós de raso, uno azul y otro negro. Era joven todavia, de muy bella presencia y alegre fisonomía. Llevaba un brillante trage de majo con botonadura de plata, faja de seda, y la indispensable redecilla.

Las señoras que habia detenido, y con quienes estaba hablando con el mayor interés, como podia inferirse, eran fáciles de conocer, no solo por los colores de sus dominós, sino tambien por la diferencia de su estatura.

La del dominó negro era bajita y sumamente graciosa: la del dominó azul tenia una figura imponente; los pliegues indiscretos del raso marcaban un talle rico é inmejorable.

=Ellas son, dijo Franz; ¡un esfuerzo! Esa muger me tiene loco, y ese hombre me incomoda... es preciso reunirnos á ellos.

Julian no deseaba otra cosa.

=Yo tambien estoy loco, Franz: es la reina del baile. Ya verás como nos reimos, si es á ella á quien el majo obsequia.

Abriéronse paso á viva fuerza. Al revés de lo que hubiera sucedido en el puente de un buque, el marino remaba, y Franz manejaba el timon.

A fuerza de fuerzas iban avanzando. A medio del camino vieron á las dos máscaras agarrarse del brazo del majó, y desaparecer en el corredor que conduce al salón.

Paráronse desconcertados.

—Estamos pegados! dijo Julian que sabia jugar al villar.

—Se puede apostar diez contra uno á que no las alcanzamos en toda la noche, añadió Franz, si nos empeñamos en seguirlas.... mas acertado seria subir por la puerta opuesta y salirles al encuentro.

—Me parece bien, replicó el marino. Estoy seguro de que la mia es hermosa como un ángel.

—Y la mia! exclamó Franz; figuraos, Julian añadió ruborizándose ligeramente, que estoy enamorado, enamorado perdidamente y por toda la vida.....

—Hola! dijo el vizconde; ¿del dominó negro?

—No por cierto.... de una jóven que es tan pura como bonita.

—Y tan santa como linda! exclamó Julian.

—Tan santa como linda! lo habeis acertado Julian.... y sin embargo ese maldito dominó negro me tiene embrujado.

—Y está en el baile la santa? preguntó el marino.

—No tal! respondió Franz. Os digo que es una niña inocente: un corazon de ángel tal

cual podeis representaros á vuestra hermana, ó á vuestra madre cuando era soltera.

La parte del rostro de Franz, que se veia debajo de su careta, estaba encendida como el fuego. Volvió la cabeza, y por espacio de algunos segundos se manifestó receloso de haber hablado demasiado.

Pero Julian d'Audemmer nada habia comprendido, y no reparó en su turbacion.

—Sin querer habeis renovado todos mis remordimientos, dijo; parezco un estudiante, Franz!.... Al tiempo de apearne de la diligencia ví en las esquinas el anuncio de este maldito baile, y en vez de ir á abrazar á mi madre que me espera, me he venido aqui... Decidme, Franz, Dionisia será tan bonita como antes?

—Mucho mas, contestó Franz á media voz.

—Y mi madre sigue en la idea de casarla con el caballero Regnault.

Franz bajó aun mas la voz.

—He oido hablar de eso, replicó; pero no lo he creido. Vuestra hermana es tan bonita, y el caballero tan viejo!

—No por cierto, dijo Julian: no tiene una cana....

—En la peluca!

—No le falta un diente.

—Los tiene todos postizos!....

—Es fresco como una rosa....

—Gracias al colorete!

—Tiene muy buen talle....

—Con ayuda de las estopas que le pone el sastre en la ropa.

—Es millonario.

Contra eso nada tengo que decir: desde que salí de la casa de Geldberg, vivo retirado y no sé lo que pasa.... Pero decidme, Julian: estais enteramente decidido á casaros con la condesa?

—Mi madre, querido mio, se ha empeñado en ello... y creo que estoy enamorado de Esther.

Franz contuvo una palabra que empujaba sus lábios. Guardó silencio.

Llegaban cerca de la puerta opuesta á aquella por la que ya las dos damas, y el majo habian salido.

Franz se volvió para dirigir una mirada al salon de descanso.

—Por vida de...! estoy loco! exclamó deteniéndose bruscamente. Mirad, Julian mirad.

El marino dió un grito de sorpresa.

En el mismo sitio que acababa de dejar el hermoso majo, estaba de pié el caballero alemán mirando tranquilamente aquella confusion.

—Habrá cambiado de trage! dijo Julian admirado.

—Apenas ha tenido tiempo, replicó Franz. Y no habeis reparado?... Mirad, parece que es tanta ahora su tristeza, cuanta era hace

un rato su alegría.

—Es cierto.

—Y no hay duda que es el mismo... no cabe equivocacion.

—Yo lo creo!

--Apostaria á que hay en todo eso alguna rara historia... y quisiera...

Franz se detuvo, y añadió por lo bajo meneando su rubia cabeza.

--Pero qué importa? No tengo tiempo para perder en aclarar enigmas... Prosigamos nuestra caza, Julian; nuestras damas deben estar libres y tal vez nos andan buscando.

Bajaron la escalera, cuyas gradas invisibles desaparecen debajo de la multitud. Julian se volvía con frecuencia, para ver si los seguía el majo vestido de caballero alemán. Franz reflexionaba.

--Vos sois noble, Julian, le dijo al tiempo de entrar en el salón del baile, y debeis tener ideas mas severas que los que como yo son hijos de la casualidad... Si amaseis á una muger rica, bonita y noble como vos, y aconteciera que la encontraseis en uno de estos sitios en que toda virtud recibe un golpe al pasar, ¿daríais voluntariamente el nombre de vuestro padre á esa muger?

—De qué sitio hablais?

—Hay veinte... Un baile de máscaras por ejemplo.

El marino se puso sério.

—Y porqué me lo preguntais? dijo.

—Por saberlo.

Julian reflexionó un momento.

—No he amado mas que á una muger en la vida, contestó al cabo; esa muger es Esther de Geldberg, á quien conocí de soltera, cuando mi familia estaba pobre, y yo era compañero vuestro en las oficinas de la calle de La-Ville-l'Evegne... es una pasion muy antigua, en la cual pienso siempre y de la que hablo raras veces. Si viese á Esther en el baile, mañana mismo volveria á marchar; y me embarcaria otra vez, dejando aqui todas mis esperanzas de ser feliz. Si alguien me dijese que la habia visto, le contestaria que mentia, y le mataria.

La voz de Julian d'Audemer era grave, y sus ojos espresaban una resolucion inesperada y firme.

Franz retiró enérgicamente una palabra que luchaba por salir de sus lábios.

—¿Y si el que os lo dijera fuera amigo vuestro? murmuró.

El marino guardó silencio por un momento, y se quedó mirando á su compañero.

—¿La habeis visto? dijo muy bajito y casi sin desplegar los lábios.

Franz vaciló un momento, y como tenia la careta puesta, no pudo hablar su cara á falta de su vos.

El resultado de sus reflexiones fué una car-

cajada algo comprimida.

--¿Qué locura! exclamó: la condesa duerme muy tranquilamente en su casa; y yo moriré á vuestras manos, señor vizconde.

El marino se serenó. Solo deseaba creer.

--Me habiais asustado, dijo sonriéndose. Y en castigo vais á darme algunos pormenores acerca de nuestros dos dominós... porque estoy seguro de que los conoceis.

--Tal vez los conozca, replicó Franz; pero nada puedo decir.

--¡Bravo! sois reservado.

--Son dos señoras de alto rango.

--Tal me figuré.. ¿Qué mas?

--Nada mas. El secreto de la del dominó negro me pertenece á medias, y por eso le guardo... El secreto de la del dominó azul nada tiene que ver conmigo: ¿por qué lo he de descubrir?

--Es bonita?

--Encantadora.

--Estais seguro?

--Segurísimo.

--¡Eso me basta! exclamó el marino que habia recobrado toda su alegría. Lo demas, bien mirado, poco me importa... ¿Pero es una de ellas la que veo allá bajo... sobre la derecha... en el fondo del teatro?

--La del dominó azul! dijo Franz; da el brazo... por vida mia! añadió; es el majó otra vez.

—Y la del dominó negro va agarrada de otro brazo! contestó Julian: si estaremos viendo visiones... Franz, vamos á emprender un movimiento estratégico... vos tomareis por la izquierda y yo por la derecha, no la perderemos de vista, y por mas que hagan, uno de los dos las ha de encontrar.

—Aprobado, dijo Franz: buena suerte.

Separáronse y atravesaron por entre la multitud en opuestas direcciones. Pero apenas habian andado un corto trecho, era tal la confusion; que perdieron la brújula, y se guiaron únicamente por la configuracion de la sala.

No solo habian perdido de vista á las dos damas, sino que tampoco se veian uno á otro.

Mientras que Franz luchaba para abrirse paso, sintió que se agarraban de su brazo.

—¿Quieres mi corazon, hermoso page? dijo á su lado una voz algo descompuesta.

Franz no podia divorciarse enteramente de su caracter travieso y alegre. Sin prever demasiado el desenlace de la aventura, guardó silencio y volvió la cabeza como una muger que anda á caza de aventuras, y que quiere clavar bien el anzuelo.

El otro no era hombre que se detuviera delante de esos obstáculos harto conocidos.

—Hermoso page, añadió, hace una hora que te voy á los alcances; ese marino que te dá el brazo es un necio, pues te ha abandonado. Mírame, soy mejor mozo que él.

Franz no podia contener la risa y volvía la cabeza obstinadamente.

Conocia que su galanteador estaba á medios pelos, tanto por el eco de su voz, cuanto por los traspies que daba.

Apretábale el brazo muy cariñosamente y le hacia al oido declaraciones estrepitosas. Animado por el silencio de Franz, se emancipó, le cojió por el talle y le plantó un beso en la mejilla.

Franz le contestó al beso con un puñetazo; con uno de esos gloriosos puñetazos que se improvisan en el baile en la metrópoli de las naciones civilizadas, y que derribarian un toro.

—Sino hubiese habido tanta gente, habria caido irremisiblemente el desdichado galan: pero en medio de aquel gentío un muerto se habria tenido de pie. En vez de caer, aplastó el galan las narices del conde de Mircleme, y magulló al pobre Ficelle, quien perdió el chiste de su estrofa.

Reíase á carcajadas.

—Vive Dios! dijo.... Quanto siento que seais un hombre.... Daria cien escudos por encontrar una muger capaz de aplicarme un puñetazo igual al que acabo de recibir.

Franz permanecia inmóvil delante de él con la careta levantada, la boca abierta y los brazos caidos. Su cara espresaba la sorpresa mas completa. Aquel hombre embriagado, que acababa de tomarle por una muger, era el

mismo caballero alemán.

Y el caballero alemán había mudado otra vez de traje. Llevaba un vestido encarnado de armenio, estaba despechugado, y enseñaba una camisa de rica bastista. Franz volvió la vista á su alrededor, como si buscara á alguno á quien preguntar la causa de aquel extraño misterio. No había mas que una triple fila de espectadores conocidos que miraban riendo aquella escena, muy comun en los bailes de máscaras; pero siempre de gran efecto.

Púsose en seguida á mirar al armenio para ver si podia descubrir en su cara una diferencia, una señal cualquiera que le distinguiera del caballero y del majo. Pero la evidencia saltaba á los ojos. Era el mismo hombre pacífico y grave con el traje alemán; ligero, brillante y risueño con el gracioso vestido de majo; y ahora, borracho como una cuba, revelando en su rostro la apatia y riéndose con aquella estupidez propia de los hombres dominados por el vino.

## CAPITULO XII.

**Dos dominós.**

**L** armenio seguia riéndose á carcajadas, mirando á nuestro hermoso paje. Este no pensaba en enfadarse; su profunda sorpresa dominaba todos sus pensamientos. No cesaba de contemplar aquel hombre original que se trasformaba como Proteo, y que parecia se multiplicaba delante de él.

Y aun cuando tenia resuelto firmemente dedicar al placer las horas de aquella noche suprema, se olvidaba del baile y de la sirena que atraia, para dar tormento á su imaginacion, y preguntarse á si mismo donde estaba la clave de aquel misterio.

¿Para qué tanta metamórfosis?... Será alguna apuesta!... Se tomará tanto trabajo ese extraño personaje por el mero gusto de divertirse?

O se llevará alguna mira formal?... y que mira puede ser esa?

Los curiosos que se habían agolpado al redor del armenio entablaron con él una lucha de palabras sumamente divertidas. El conde de Mircleme pedía una indemnización para su aplastada nariz. Ficelle, el melancólico, buscaba cosas muy chistosas y solo encontraba los antiguos equívocos de la *botella de Champagne*, vaudeville en un acto, representado por la primera vez en el teatro de Novedades, el 2 de abril de 1827. El armenio, por el contrario, hablaba como un desconocido. Franz media la distancia que existía entre aquella alegre cara de bebedor, y la gravedad del alemán... En aquel momento se oyó un grito penetrante y extraño.

La fisonomía del armenio cambió como por magia; su tosca sonrisa desapareció, y sus ojos brillaron debajo de sus arqueadas cejas.

Al mismo tiempo se enderezó su encogido y vacilante cuerpo.

Este cambio repentino borró toda diferencia entre el tosco armenio y el austero caballero bávaro. Si Franz hubiese podido conservar alguna duda, habría desaparecido con este movimiento.

El armenio escuchaba con la mayor atención. Su embriaguéz parecía que había hecho treguas, sus músculos habían recobrado su resorte, y un rayo de inteligencia disipa-

ba la niebla que un momento antes cubria sus ojos.

No contestaba á las chanzas de sus vecinos.

Al cabo de dos ó tres segundos se oyó otro grito igual al primero.

El armenio se lanzó donde mas apretada estaba la gente, y atravesó por en medio de ella en línea recta, dirigiéndose al sitio de donde habian salido los gritos.

Era un seña: Franz lo conocia. Quiso seguir al armenio, porque ese misterio escitaban estraordinariamente su curiosidad: pero la gente se apretaba con mas fuerza. Apretaba sus filas abierta violentamente por el irresistible empuje del armenio, y presentaba una especie de muralla casi imposible de atravesar.

Dos ó tres minutos empleó Franz en inútiles tentativas. Durante este tiempo habia desaparecido el hombre que trataba de perseguir; Franz ya no podia verle.

Cansado de luchar, volvió atrás, y se dirigió hácia el sitio en que habia creído ver á los dos dominós en compañía del majó. No se habia engañado: las dos mugeres estahan en medio del salon y se paseaban de braceró; pero no las acompañaba ningun hombre.

Si el majó les habia servido un momento de caballero, le habian olvidado ya, ó al menos, por un convenio tácito, no se ocupaban de él.

Hablaban de Julian y de Franz.

—¿Qué imprudencia! decía la del dominó azul inclinándose para poner su boca al oído de su compañera. ¿Si Julian me conociera!

—¿Bah! dijo la del dominó negro. El vizconde d'Audemmer no es brujo... y este ligero preligro da interes á nuestra escapatoria... á no ser así, me fastidiaria completamente.

Estas escelentes razones no hacian, al parecer, gran impresion en la del dominó azul, que contestó meneando la cabeza:

—Tú puedes ser valiente, hermana... porque Franz te conoce únicamente por el nombre que te ha acomodado elegir... Eres Mad. Luisa de Ligny, y las gentes no te harán responsable de los pecadillos de esa señora... pero á mí me conoce Julian, y bastaria una mirada indiscreta para perderme.

—Le amas? preguntó la del dominó negro.

—Es buen mozo.

—Le amas?

—Es vizconde.

—Le amas?

—Es rico y no me disgusta el uniforme de marino.

Estaban en un rincon. Un grupo de paseantes vestidos de negro formaban á su alrededor una especie de muralla. El calor era irresistible, y las caretas las sofocaban. Sentáronse en la banqueta inmediata y se quitaron las carántulas de terciopelo, guarneci-

das de encages.

Entre sus caras y las miradas de los curiosos no habia mas que el raso de sus capuchones.

A pesar de este obstáculo, los vivos rayos de las arañas se deslizaban hasta sus rostros.

Bajo el dominó azul habriamos reconocido á la hermosa condesa Esther; bajo el dominó negro, se ocultaba el delgado talle y las animadas facciones de Mad. Laurens.

Sara clavó en aquel momento en Esther una mirada burlona.

—Ya no te pregunto si le amas Esther, añadió; conozco que te han trastornado la cabeza su figura, su nombre, su título, su fortuna y su uniforme de marino....se han visto pasiones menos motivadas que esas!....Sin ir mas lejos, yo misma estaba ciega por Franz, como sabes...

—Es muy guapo!

—Es un chiquillo!... esas cosas pasan luego....pasando esta noche, cuento con no volver á verle.

—El caso es que te buscará.

Sara hizo un gesto desdeñoso.

—Sé que tienes recursos, añadió Sara; pero basta una casualidad para que M. de Laurens...

Sara la interrumpió con otro gesto mas desdeñoso aun que el anterior.

—Franz solo conoce á Mad. de Ligny, contestó, y Mad. de Ligny es viuda.

Sara se equivocaba completamente. Franz que habia sido dependiente de la casa de Geldberge, no podia dejar de conocer á las hijas del anciano banquero. Sara era la que no conocia á Franz.

Cuando servia en las oficinas de la opulenta casa habia penetrado mas de una vez en los salones de Geldberg; pero era un niño de muy poca importancia; Sara la muger brillante, la reina de las soberbias fiestas, bien pudo dejar sin reparar en aquel oscuro dependiente, perdido entre la multitud.

Hay un proverbio que dice que el sol no vé á todos los que le miran.

Respecto á Franz. Sara era el sol.

Mad. de Laurens habia encontrado en otra parte á Franz, no en los salones de su padre. Era hermoso, y Sara le habia amado, llevada de un capricho arrebatado, fogoso y corto.

Y Franz la habia pagado con la misma moneda. A un capricho de coqueta experimentada y conocedora, habia contestado con el capricho de un niño, con la fantasía de un corazon inesperto y que se lanza aturdidamente en busca del encuentro de cualquiera pasion.

La única diferencia que hubo fué que el capricho de Franz duraba todavia, cuando el de la judia moria ya de fastidio.

Sara era tan encantadora y poseia en tan alto grado la coquetería, que seduce. El ni-

no seguia fascinado: queria beber hasta la ultima gota del filtro embriagador en que sus virginales labios se habian empapado.

La ventaja estaba de parte de Mad. de Laurens, como no podia menos de suceder en una lucha empeñada entre un adolescente novato y una coqueta de treinta años, maestra en toda clase de secretos de la diplomacia femenina. Pero esta ventaja no era mas que aparente, porque la coqueta tenia que guardar un secreto, y el adolescente sabia, por casualidad ese mismo secreto.

Se creia al abrigo de todo ataque, y era mas vulnerable que nunca: se parecia á aquel caballero de los poetas heróicos de la Italia, que se presenta al combate con una armadura á toda prueba, pero cuyas piezas divididas, se sueltan una á una en el momento del peligro.

Las dos hermanas guardaron un momento de silencio: la condesa volvió á tomar la palabra con un tono ligero é indiferente que emplean las mugeres para decir las cosas que precisamente mas les interesan.

—Sin duda tiene Franz un rival mas feliz, dijo.

—Puede ser muy bien; contestó Mad. de Laurens.

—Conoceis mucho á ese baron de Rodach, Sara?

—Así, así... y tú?

—Bastante....Dónde le conociste?

—En Hamburgo, hace dos veranos; y tú?

—En Baden, hace también dos veranos.

Las dos hermanas se miraron por debajo del encage de sus capuchones.

Se me ha figurado una cosa, añadió Esther...Tendrá la culpa el señor baron de Rodach de esa repentina crueldad que manifiestas respecto al pobre Franz?

Sara no había visto nunca á su hermana tan perspicaz.

Y no es el señor baron de Rodach, replicó, el que te hace ser hoy tan curiosa, Esther.

La linda viuda se ruborizó y se puso la careta. Sara se sonrió maliciosamente.

Abria la boca para continuar la conversacion, cuando vió á algunos pasos de ella al vizconde d' Audemer, que examinaba escrupulosamente todos los dominós.

Púsose precipitadamente la careta.

—Ah! ah! exclamó el marino al divisarlas; os encontré por fin, lindas máscaras, y ahora sí que no os escapareis!

En semejantes ocasiones es de rigor echarse á reir. El baile de máscaras es una cosa tan alegre.

Julian, la del dominó negro, y la del dominó azul se echaron á reir á la vez.

—Y dónde anda vuestro elegante majo, señora? preguntó el marino; es un máscara muy travieso que cambia de traje de pies á

cabeza en menos tiempo que el que yo necesitaria para hacerme el lazo de la corbata.

—Qué quereis decir con eso? preguntó la del dominó negro.

—Que he de querer decir, que desde que nos abandonasteis le hemos visto Franz y yo tan pronto vestido de aleman, como de español. No desespero de verle vestido de turco antes de que el baile acabe.

—Y haceis bien, dijo Franz que acababa de llegar; acabo de verle vestido de armenio, mas borracho que un polaco.

—Cómo! dijo Julian.

—Y he visto tambien otras muchas cosas! añadió Franz; pero en la mesa os contaré mi historia. Señoras, continuó, dirigiéndose á las dos hermanas, tenemos tal miedo de perderos otra vez que vamos á sacaros de aqui.

Sara ya no se divertia: dió su brazo á Franz. Esther estaba acostumbrada hacia mucho tiempo á seguir el ejemplo de su hermana que le habia enseñado el camino por donde marchaba ahora tan decididamente. Dió su brazo al marino.

El temor de ser conocida la hacia temblar ligeramente. Julian sentia en su brazo un dulce estremecimiento que le trasportaba de gozo.

Las dos parejas echaron á andar por entre la multitud y se dirigieron á la puerta de salida.

Franz y Julian dirigian la vista á todas par-

tes, pero en ninguna vieron al fantástico personaje que se les habia aparecido bajo una triple forma. No habia en el baile ni aleman, ni majo, ni armenio.

En el pórtico habia tanto gentio como en el salon. La infinidad de máscaras que subian obstruian el paso á los que bajaban; Franz y Julian d' Audemer se vieron muy apurados para llegar á la calle, y aun así no pudieron elegir el sitio de la plaza que les convenia. La multitud tiene corrientes como el mar; fueron empujados irresistiblemente hácia la calle Favart y tuvieron que pasar por ese estrecho peristilo, lleno de perfumes impuros y cuyo uso han declarado *Shoking* los gentlemen y las ladis.

Este corredor conduce al boulevard, pasando por delante de la entrada de los artistas.

Estaba atestado de gente como todo lo demas. Nuestras dos parejas seguian el flujo, y no pensaban en volver la vista atras.

Franz se habia quitado la careta para llenar cumplidamente su oficio de caballero. Seguia al marino, quien protegia lo mejor posible á su linda compañera contra los codazos y empujones de toda clase.

En aquel sitio reinaba una oscuridad que debia parecer tinieblas, comparada con la deslumbradora claridad del baile.

Detras de Franz y Sara seguian tres hombres embozados hasta las narices. Hacia frio,

y esos hombres no se distinguian en nada de la multitud.

Franz no los habia visto: si hubiese reparado en ellos, probablemente habrian llamado su atencion.

Al llegar al extremo del corredor, delante de la entrada de los artistas, Franz, que no hablaba en aquel momento, cogió algunas palabras que en voz baja pronunciaban detrás de él.

—Perece que lo hace aposta!...decian...No se vuelve; aun no he podido verle la cara.

—Silencio! dijo otra voz, va á oiros...Tened cuidado, y cuando pase por delante del farol, adelantáos y le vereis.

▲ Franz no se le ocurrió que estas palabras pudiesen tener relacion alguna con él. Sin embargo se le figuró que el eco de la primera voz no le era desconocido.

Volvióse para ver quien habia hablado.

Los tres hombres se pararon al mismo tiempo, y dos de ellos dejaron escapar un grito de sorpresa.

—¡Es su vivo retrato! dijeron á la vez.

Uno añadió.

—Es mi pagecillo!

—Y acompaña á mis dos adoradas! murmuró otro.

Franz solo veia sus ojos negros y brillantes por encima del embozo de sus capas.

No podia ya dudar del sentido de las pala-

bras. Se ocupaban de él. Hizo un movimiento para soltar el brazo de Sara y acercarse á los tres embozados; pero estos le volvieron la espalda, y la ola que habian separado se volvió á cerrar detras de ellos.

—Qué teneis? preguntó Mad. Laurens: vamos á perder á vuestro amigo.... Venid.

Franz no sabia que contestar. Durante toda la noche se habia estado representando una especie de comedia misteriosa, cuyo enigma ignoraba.

Se dejó arrastrar y alcanzó á Julian d' Audemer que le esperaba á la entrada del boulevard.

Los tres desconocidos habian salido del pasage y hablaban en la calle bajando la voz, como si temieran ser sorprendidos.

—Hacia mucho tiempo que no habia llorado, dijo uno de ellos bastante conmovido.

—Me ha parecido ver á su madre! añadió otro, á su pobre madre, cuando se sonreia y era feliz.

—Que guapo es!

—Y qué fuerte! si hubierais visto el puñetazo que me sacudió.

—Es preciso que sea rico!

—Rico y noble!

—Rico, noble y feliz!... Es preciso que disfrute en esta vida de todos los gozes de que careció su madre!

El tercer desconocido, que hasta entonces

nada habia dicho, cogió la mano á los otros dos individuos y le colocó en medio de ellos.

—Ante todo es preciso salvarle, dijo al cabo; sus enemigos son poderosos y su existencia es para ellos una amenaza continua... Agradecemos á Dios haber llegado á tiempo; mañana hubiera sido demasiado tarde!

Volvióse al que tenia á su derecha.

—Seguidle, añadió, entrad en la fonda en que él entre. Pedid de cenar en un cuarto inmediato al suyo, y no os separeis de él ni un solo minuto. Vos, añadió dirigiéndose al otro, os quedareis de centinela delante de la puerta de la fonda. La cita es para las siete en el bosque de Bolonia...Necesito media hora para acabar mi tarea...Marchad.

Se dieron la mano en silencio y se separaron.

## CAPÍTULO XII.

### El armenio.

**E**ran las cinco y media de la mañana. En un gabinetito del café inglés habia un hombre que tenia delante tres ó cuatro botellas vacías.

En el gabinete inmediato, reían, gritaban y cantaban.

El hombre del gabinetito tenía los ojos encandilados y la sonrisa en los labios. Su aspecto decía francamente que las cuatro botellas habían encontrado hospedage en su espacioso estómago.

A su lado estaba estendida en unas sillas una gran capa; y detrás de él, colgado de una percha, un sombrero de ala ancha.

Iba vestido de armenio, y su traje que estaba abierto por el pecho dejaba ver una camisa de fina batista, sumamente arrugada y hecha una torcida.

El tirador de una campanilla que tenía al lado, hacía poco que se había agitado y se mecía contra la pared.

Un mozo apareció.

—Otra botella de Burdeos, dijo el hombre.

El mozo pasó la vista por las cuatro que estaban vacías y dirigió una mirada de admiración al solitario convidado.

—Vaya una cuba! pensó....no necesita de compañero que le anime...Apostaría dos francos á que es inglés.

Marchó á buscar el Burdeos.

—Mozo! dijo el pretendido inglés vestido de armenio.

—Señor!

—Eres listo?

—Por qué me lo preguntais?

—Porque tengo ganas de satisfacer un capricho y de tirar media docena de luises por la ventana.

—Es un ruso! pensó el mozo.

—Como te llamas!

—Pedro, señor.

El armenio buscó en la faltriquera de su larga túnica y sacó un bolsillo de seda.

Pedro creyó que era un americano.

—Estoy á vuestra disposicion, dijo el mozo decidido á ganar los luises.

El desconocido abrió el bolsillo y puso sobre la mesa seis monedas de oro.

—Teneis ahí dos compañeros muy alegres, amigo Pedro.

—Son dos caballeros que vienen con dos señoras.

—Eso es.... Los conozco un poco y quisiera.

El armenio vaciló.

Pedro le miró de reojo.

—¡Qué animal soy! dijo para si, es francés y está casado.

—¿Me entiendes? prosiguió el hombre de las cuatro botellas: se trata de una chanza... de una apuesta.

—Si, sí, dijo Pedro: conozco esas intriguillas.

—¡Ah! con que comprendes? dijo el armenio.

—Perfectamente.

—¿De qué se trata?

La sonrisa de Pedro que era maliciosa se convirtió en estúpida.

—No sé, dijo.

El armenio sacó el reloj.

—Voy á esplicártelo, prosiguió: ahí dentro tienes un reloj escelente, que oigo, cuando da las horas, lo mismo que si estuviese á mi lado. Son las cinco y media en punto; si dentro de treinta minutos oigo dar las cinco en vez de las seis, este dinero es tuyo.

El mozo se rascó la cabeza.

—No sería difícil contestó; con tal de que fuera hacedero: pero no se puede retrasar un reloj sin dar toda la vuelta á el cuadrante... Con todo si os empeñais haré que dé todas las horas sucesivamente y...

—No por cierto: dijo el armenio interrumpiéndole, es preciso que no se note, que pase la cosa desapercibida.

—En ese caso, contestó Pedro, lo mas acertado es parar la péndola.

El armenio cruzó las manos sobre la mesa.

—Eres hombre de recursos, amigo Pedro. Para la péndola, y si el reloj no suena antes de una hora, tuyos son los luises. Traeme la botella de Burdeos.

El mozo salió.

El armenio fué á abrir la ventana.

En el *voulevard* habia un hombre embozado en una gran capa, que daba paseos de arriba abajo.

El armenio se echó de bruses sobre la ventana y le estuvo mirando por espacio de algunos segundos con sincera compasion.

—Firme en su puesto! dijo; si pudiese al menos darle un vaso de Burdeos... A mí me ha tocado buen papel en el reparto: estoy aquí perfectamente.

El frio que entraba por la ventana, le obligó á cerrarla precipitadamente.

—Cada uno trabaja segun las facultades, añadió. Ha hecho tantas veces centinela debajo de los balcones, que para él es un verdadero placer pisar escarchas... Yo valgo mucho mas dentro de las casas, y para los casos en que se trata de cenar.

El mozo volvió con una botella en la mano. Se acercó al armenio de puntillas y le dijo al oido, con un gesto aprendido en el teatro de la puerta de San Martín:

—Está hecho!

El armenio llenó un vaso de Burdeos con aire trágico, y acercándose al mozo le dijo tambien al oido.

—Está bien! vete, y sé callado como un sepulero.

El mozo dirigió una mirada cariñosa á los seis lises y se fué.

El armenio se quedó solo con la quinta

botella . . . . .

En el gabinete inmediato estaban cenando Franzt, Julian d'Audemer y los dos dominós. El Champagne había circulado con profusión, las palabras eran vivas, y las acciones no cedían á las palabras.

Julian tenía sentada á su lado en un diván á la del dominó azul: la del dominó negro pasaba sus afilados dedos por los rubios cabellos de Franzt. Se hablaba con esa elocuencia amorosa, que á la hora inspirada de los postres, se desliza por los sonrosados y risueños labios. Chocaban unas contra otras las copas coronadas de fugitiva espuma; las manos se buscaban; y brillaban los ojos encendidos.

Todo presentaba un cuadro bastante animado; raso negro sobre blancos cutis en que el entusiasmo del Champagne colocaba ardientes reflejos, actitudes abandonadas, y el terciopelo de las caretas, aumentando el diamantino resplandor de las miradas.

Porque nuestras dos lindas damas habían conservado sus antifaces, y no hay nada más delicioso que esa sombría cubierta que dá frescura á las mejillas de toda muger.

Lo que se ve de la frente respira pureza, la barba parece fina como el terciopelo, la garganta deslumbra, y detrás de la sombría

boca se suponen perlas engastadas en la púrpura de las encias.

Hay pintores que no son Rafaeles, pero que sobresalen en trasladar todas esas lindas cosas en lienzos, que rejuvenecen, lo menos cuarenta años, los patriarcas del jurado de pintura. Estos lienzos siempre son admitidos en el salon; y es maravilloso el efecto que producen en las galerías del Louvre.

Los estudiantes hablan de ellos en los cafes: el portero los describe á su mujer que le escucha con la boca abierta; la madre se los enseña á su inocente hija, y los niños de los guardias nacionales de caballería, lloran porque no les lleva á verlos.

Tom-Pouce no tuvo tanta boga: los monos sábios no son tan buscados.

Habia media hora que Julian d'Audemmer insistia para que la del dominó azul se quitara la careta; pero Esther no estaba de este parecer. El almuerzo habia sido fuerte; y se le conocia á la hermosa condesa. Estaba agitada; su seno latía, y sus ojos no cesaban de pestañear. No hubiera sido fácil reconocer en ella á la estatua inmóvil que en la noche anterior se dormia en los salones de Gedberg.

No se veian sus facciones; pero en su actitud, en su mirada, se adivinaba su naturaleza sensible. Estaba enteramente entregada el placer: se abandonaba sin reserva á los goces

del momento, y su embotada imaginacion se exaltaba en una especie de embriaguez voluntaria.

Pero en medio de este arrebató conservaba una prudencia instintiva. Se parecia á Margarita de Borgoña dando á sus amantes casuales todos los derechos, menos el de leer su nombre en su casa.

Y Julian d'Audemér no era tan perspicaz como Buridan. Su cabeza estaba ardiendo: los vapores del vino ofuscaban su imaginacion: y entre sus miradas y la cara de la condesa habia dos velos: la careta de terciopelo no era el mas tupido.

Sara conservaba igualmente la careta, pero Franz no trataba de quitársela. Existia entre los dos un convenio tácito. Frantz no tenia necesidad de levantar velo alguno.

## FIN DEL TOMO SEGUNDO.



*Como habiamos ofrecido, contiene este tomo doble lectura que los que se publican en Madrid; los demas llevarán las mismas páginas.*